



When war is all you've ever known,

the promise of peace

is more terrifying than any battle.

TOUCHSTONE

(PIEDRA de TOQUE)

A NOVEL BY
LETITIA COYNE

Créditos

Piedra de Toque

(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Copyright © 2021 de **Letitia Coney**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA)

Traducción y Edición: Artifacts, febrero 2021.

Diseño de Portada: MCM

Publicada en [Artifacts Libros](#)

__oOo__

Obra Original: **Touchstone**

Copyright © 2012 de **Letitia Coney**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA). medialetitiacoyne.blogspot.com.au/

Publicada en [Smashwords](#)

Licencia Creative Commons

Piedra de Toque se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre la Autora

Letitia Coney vive en Australia. Escribe, pinta, cose, juega con muebles de madera antigua, restaura joyería y canta muy alto. Cuando no está haciendo nada de lo anterior, ve películas interminables, alimenta multitudes de mascotas, gorriones silvestres y adolescentes errantes. O duerme.

Puedes saber más sobre ella en:

- [Web \(medialetitiacoyne.blogspot.com.au\)](http://medialetitiacoyne.blogspot.com.au)
- [Smashwords \(smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne\)](http://smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne)
- [Twitter \(@LetitiaCoyne\)](https://twitter.com/LetitiaCoyne)
- [Facebook](#)
- [Wattpad \(LCoyne999\)](#)
- [LinkedIn](#)

Obras de Letitia

Todas estas obras son gratuitas y puedes encontrarlas en inglés en Smashwords o en castellano en Artifacts Libros.

__oOo__

- [Piedra de Toque](#) (Touchstone, 2012)
 - Serie de Roma 1: [Britania](#) (Britannia, 2013)
 - Serie de Roma 2: [Hispania](#) (2013)
 - Serie de Roma 3: [Caledonia](#) (2013)
 - Serie de Roma 4: [Petra](#) (2013)
-

Dedicatoria

Dedicado a **Copia Tyche** y **Fortuna Obsequens**, con agradecimiento a aquellos que saben cómo hacer cosas con las que yo nunca he soñado.

Piedra de Toque

por

Letitia Coney

1. Llamada a Filas

Un frío cabalgaba la brisa que se elevaba con el sol, arrastrando jirones de niebla a través de la laguna de montaña y hacia los altos pórticos de piedra de la fortaleza.

Freya se estiró, bostezó y se apretó las pieles más cerca de la barbilla mientras observaba cómo se vestía el joven soldado. Era fuerte, confiado y estaba descaradamente desnudo; la juventud no le daba motivo para esconderse. Su piel era de oro perfecto, sin marcas, moviéndose suavemente sobre un músculo liso y limpio mientras él recogía la ropa. El duro entrenamiento de los últimos meses había acabado con cualquier dulzura adolescente, mostrando al hombre en el que se había convertido y la forma física que lo dejaba tenso y ansioso para la acción.

Como amante, había sido exactamente como ella esperaba: dispuesto, atlético, persistente. Lo que le había faltado en delicadeza, lo había compensado con entusiasmo, y el recuerdo le trajo una pequeña sonrisa mientras ella lo estudiaba bajo la luz creciente. Ella no recordaba su nombre.

Al verla despierta, sonrió y se movió para arrodillarse junto a su jergón. "Buenos días," dijo, y se inclinó para besarla. "¿Vamos a bajar a comer?"

"Ve tú." Ella se estiró de nuevo, bostezando mientras hablaba, "Yo bajaré en breve, hay tiempo."

"Pero yo pensé que...." Él vaciló, pareció inseguro, como un niño por primera vez. No necesitaba poner los pensamientos en palabras, estaban escritos en líneas de petulancia. Mientras ella miraba, él sopesó esperanzas frustradas con sus opciones y preguntó con dureza: "¿Te volveré a ver?"

Freya le acarició la mejilla y los suaves y carnosos labios. Era un chico inteligente, solo necesitaba una ración de realidad. "Esta campaña será larga, fría y sangrienta. Estaremos apiñados en tiendas húmedas, durmiendo encima de las rocas y abriéndonos

camino durante meses a través de carne y hueso. Si los dioses son amables y me ves en alguna parte, lo más seguro es que sea muy lejos y que tú, como yo, estés luchando para permanecer vivo." Se inclinó para besarle en la mejilla. "No me esperes. Vive y vive bien, pues ninguno de nosotros sabe si viviremos mucho tiempo."

Él la miró severamente, un ceño fruncido le arruinaba la suave frente y ella respondió a la súplica de esos ojos con una calmada sonrisa. Por fin se puso él en pie, recogió sus pertenencias y salió de la habitación sin mirar atrás. Los corazones jóvenes se doblaban mucho antes de romperse, de lo contrario el amor y la lujuria habrían causado más carnicería que las guerras.

El frío le dolía a Freya en la cicatriz del hombro, apuñalando y ardiendo profundamente dentro de la articulación donde los tejidos se habían fusionado toscamente. Girando sobre el suelo, torció la columna despacio y dejando que los crujidos y los chasquidos aliviasen algo de la rigidez en la espalda. Las mañanas frías y húmedas no eran tan fáciles de ignorar como antaño. Expulsando con un suspiro cualquier maldición que pudiera haber pronunciado, puso los pies sobre el enlosado y tiró hacia atrás de la maraña de cabello. Necesitaba un corte de pelo.

Tras la mampostería de la chimenea había un cuartito de aseo con la cisterna llena de agua calentada por el fuego durante la noche. El agua se había enfriado al apagarse el fuego y Freya accionó la bomba manual, sacando agua lo bastante caliente como para bañarse en un estrecho pilón de piedra. Se acomodó con cuidado, recostándose de modo que el escaso calor le cubriera el hombro y trabajara en los tensiones de la nervuda carne.

Al final se sentó derecha apartándose el cabello y el agua de la cara. Luego se apretó el hombro con la mano izquierda mientras trataba de mover el brazo de la espada en todo su rango de movimiento. Ni todo el calor del mundo iba a liberar el desgarró y el crujido del cartílago en cada rotación. Tampoco el linimento vertido en la mano para untar la cicatriz, pero ella lo hizo de todos modos, frotando hasta que un rugiente altercado en el pasillo exterior la sacó de la bañera.

Freya se puso una suave túnica de franela y abrió la puerta,

buscando en la oscuridad la fuente del ruido. Dragan estaba sentado en la mampostería con las rodillas levantadas y la cabeza gacha descansando sobre los brazos cruzados. Él alzó la vista cuando ella se acercó, y luego volvió a poner su dolorida cabeza entre las manos.

"¿Alguien tropezó contigo?"

Él gruñó, levantó la cara y se frotó la frente, pero no respondió.

"Tu aspecto es espantoso." Freya casi sonrió. Todo el rojo de la jarra de vino a su lado se había acumulado en sus ojos, y toda su frente se estremeció cuando él entornó los ojos entre la tenue luz. "Y hueles a muerto. Será mejor que entres y te laves."

Él giró despacio apoyándose en la pared mientras se levantaba, se inclinó y luego se obligó a enderezar la entumecida espalda. En toda su altura parecía llenar el antiguo pasadizo. Apoyando una mano en el hombro de Freya, él entró renqueando en la sala, maldiciendo el resplandor y buscando un lugar sombreado para sentarse.

"Por los dioses, ¿qué hiciste anoche?" Esta vez Freya sonrió. En todos los años que lo conocía, nunca había visto al grandullón en tal estado de devastación.

"No lo recuerdo. Empecé en la fiesta de graduación de los reclutas. Pensé que tú estabas allí." Se frotó los enrojecidos párpados, para aclararse la vista o borrar recuerdos.

"Sí, estuve allí un rato." Freya regresó al baño, usando la privacidad primero para ponerse los suaves pantalones de gamuza, luego se ajustó el cinturón sobre la túnica. Exclamó: "Veré cuánta agua caliente puedo sacarte." El agua usada del baño había quedado tibia y, al mover la bomba arriba y abajo, llegó para poco más que la mitad de una tina de agua poco caliente, pero eso tendría que bastar. Freya agarró un puñado de sales y las echó al agua, luego pensó de nuevo y vació dentro el resto del tarro también.

"El agua no está muy caliente. Yo me metería ahora si fuera tú." Arrodillándose junto al fuego, Freya avivó las brasas hasta que

prendieron y bajó la tetera al fuego. "Iré a tu habitación y te traeré ropa limpia. ¿Quieres que también te suba la armadura? Bien podríamos bajar desde aquí."

Dragan asintió, murmuró algo ininteligible y avanzó tambaleante hacia el baño.

Abriéndose paso a través de la madriguera de conejo de la ciudadela, Freya pasó a algunos rezagados, pero la mayoría de la compañía ya estaba desayunando. Cruzó el vestíbulo abierto de guardia principal, pasó las puertas de los vastos dormitorios y puso marcha ascendente de nuevo hasta entrar en la segunda ala, siguiendo los familiares escalones hasta las habitaciones de su compañero.

En el interior, la ropa de cama estaba enredada y deshecha, pero aparte de algunas prendas dobladas en los estantes, no había nada en la habitación que indicara que estaba habitada. Moviéndose rápidamente, extendió una capa sobre el jergón y echó encima la ropa (un jubón y pantalones, cota de malla, media corazas, los guanteletes y las grebas) en una pila y luego revisó la sala de baño.

En la pila junto a la bañera había una jarra de vino vacía y los restos de una comida de pan y queso. Allí también había una cajita de madera, que ella recogió y llevó a la sala principal, agitándola y escuchando el traqueteo mientras lo hacía. Juntando las esquinas de la capa y colgándosela fácilmente al hombro sano, Freya llevó la suma total de la vida de este soldado a sus propias habitaciones.

Desde la puerta del baño, balanceando su fardo hasta el suelo y sosteniendo la cajita a un costado, Freya dijo: "Si quieres comer, tendremos que bajar allí pronto."

"No quiero comer."

Ella sonrió. "¿Quieres un poco de té? Eso te aclarará la cabeza. Y, si te sientes como yo, aliviará el cuello, los hombros, las caderas y las rodillas."

Él resopló, la risa fue un poco demasiado cercana a la autocompasión, y respondió: "Sí. Fuerte."

Sentado en la empalizada del balcón, dándole la espalda a la fría belleza de la laguna de montaña de la madrugada, Dragan bebió un sorbo de la taza. Frunció el ceño cuando el té amargo le pinchó en el estómago, pero en unos momentos el efecto calmante de los opiáceos se filtró a través de sus músculos entumecidos y enfrió el dolor tras los ojos. La única concesión que él hizo al frío fue sostener la taza cerca de la cara para que el vapor se rizara suavemente bajo la barbilla y por la mejilla. Con el torso desnudo estaba él sentado, con la áspera tela de su capa atada y ceñida a las caderas, ofreciendo la ancha espalda como una única defensa contra los elementos.

Freya se detuvo en las sombras. Después de doce años de trabajo en equipo, la formidable presencia física de su compañero aún podía frenar su paso. Ella lo observó allí sentado, silencioso y quieto, como parte de la mampostería sobre la que se balanceaba, tan sólido e impermeable como una roca.

No había nada en él pequeño o mezquino, el espíritu del hombre era lo que veías. Era, en todas las cosas, constante. Estable. Inamovible.

Ella sonrió. En todos esos años ella había dependido de esa fuerza demasiadas veces para recordarlas todas, o se había burlado de la terquedad de su compañero, o agradecido a los inconstantes dioses su paciencia. Él era todo lo que sabía que ella no podía ser y eso era bueno. Eso les servía bien. Siempre lo había hecho. Él no cambiaba, o cambiaba tan lentamente que las pequeñas erosiones pasaban desapercibidas. En un mundo donde el azar lo era todo, donde no había nada a lo que ella pudiera agarrarse que permanecería para siempre, él era su única cosa segura. En este mundo, él era el único, lo único en lo que ella confiaba sin cuestionar.

Su cabello, como el de ella, tendría que cortarse. Le caía hacia adelante como una oxidada corona de trigo anudaba alrededor de las orejas y formaba rizos sobre los hombros. Cuando ambos se

conocieron, el pelo era largo, colgaba hasta la mitad de la espalda en una espesa franja blanqueada por el sol sobre densos rizos castaños. Eso había sido lo primero que ella había notado, el hermoso cabello. Luego los hombros. Luego las nalgas envueltas en negro cuero con fácilmente cinco kilos de tachuelas y hebillas. Gasto innecesario; peso innecesario en la batalla. Incluso ahora ella sonreía ante la vanidad. Por aquel entonces la vanidad no parecía importar siempre que quedara bien.

Sacudiendo la cabeza ante la estupidez de ambos, ella deseó días como aquellos de nuevo. Días en los que no le crujían las rodillas al inclinarse y sus articulaciones se movían sin quejarse. Su cabello también había sido más largo entonces, y el té de amapola que bebía mientras caminaba no causaba tantos estragos en el estómago.

"Necesitas un corte de pelo." Ella echó una piel de oveja sobre el banco. Se sentó y se la ajustó subiéndola por detrás del hombro, esa era su pequeña concesión propia al frío de la piedra. Él no respondió, ni siquiera abrió los ojos, y ella continuó. "¿Vas a decirme por qué estás sentado aquí como un náufrago, bebiendo droga en lugar de comer en el jaleo y preparándote para la Llamada a Filas?"

Él colocó la taza entre las rodillas, levantó la cara lo suficiente para mirarla fijamente y dijo: "No voy a ir."

2. Memorias

Súbitos temores fríos le colmaron el pecho, se alborotaron en el estómago y le empujaron el corazón hacia la garganta. ¿No voy a ir? Forzando un susurro ronco entre la congestión, Freya preguntó: "¿Y hay una razón?"

"Unas cuantas." Él le sostuvo la mirada un momento, luego miró a la taza de té, llevándola arriba para beber, necesitando algo diferente que palabras en la boca.

"Cierto. Unas cuantas razones. ¿Unas cuantas razones que se te ocurrieron esta mañana? ¿Nada que me pudieras haber dicho la semana pasada, el mes pasado o la última maldita temporada?" A Freya le temblaba la mano, se salpicó un poco de té caliente sobre los nudillos y maldijo de nuevo, colocando la taza en el respaldo plano del banco. Se le secó la garganta y una fría erupción de miedo creció ante la revelación. Esta se le extendió por el cuello y las mejillas mientras la sangre abandonaba su rostro.

"He estado pensando." Él se observó intensamente la mano mientras dejaba la taza sobre la mesa con deliberado cuidado. "No solo sobre volver al frente esta temporada, sino sobre todo. Sobre por qué estamos aquí. Por qué estamos luchando. Sobre si tenemos alguna esperanza de volver a casa esta vez." Aún estudiándose las manos, se frotó las cicatrices que le cruzaban los nudillos. Suavemente, dijo: "Quiero saber qué vas a hacer si yo no voy."

¿Si? Ella no podía confiar en que no se le quebrara la voz por la sequedad, así que se aclaró la garganta. "Yo voy a ir. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Pasar mis últimos meses encerrada, convertir mi vida hasta ahora en una desgracia, cada maldita cosa que he hecho en un desperdicio, y luego morirme de hambre en una zanja pidiendo cobres? Por supuesto que voy a ir."

"¿Y te irías sin mí?"

"¿Me estás ofreciendo una opción? No puedo verla. Si tú vas, yo voy. Si no vas, tengo que irme sola. Nuevo compañero y no un

montón de esperanzas." Se le tensó la garganta y se le llenaron de lágrimas los ojos. "Puede que consiga volver. Solo me quedan tres meses de servicio."

"Aunque no te enviarán de vuelta en tres meses y tú lo sabes. Si sales allí fuera, luchas hasta que termine la temporada. Además de eso, te pondrán en las filas del frente. Retendrán a los críos inmaduros y enviarán a los veteranos al frente." Habló en voz baja, tenía los ojos cerrados de nuevo y las manos quietas, los dedos entrelazados como una oración o la promesa de inacción.

"¿Lo dices para hacerme sentir mejor?" Ella se habría puesto de pie para caminar, pero sus rodillas estaban débiles. Se sentía mareada. En algún lugar profundo de su interior, ella estaba gritando. "¿Por qué no me avisaste de esto? Por todos los dioses, Dragan, es mi vida de la que estamos hablando. ¿No me merecía una pista?"

Él se impulsó para levantarse, reluctante, como si el precio de su decisión fuese tan pesado como el de ella, y Freya se deslizó hasta el borde del asiento. Si él la dejaba ahora, si salía por la puerta, ella nunca lo volvería a ver y él se iría con mucho más que sus respuestas y el peso del mundo sobre los hombros.

A la roja luz del fuego, Dragan llenó una segunda taza de té, vertió miel desmedida en el oscuro líquido y la removió viscosamente. Cuando se dio la vuelta, llevaba la cajita de madera en la mano libre y se la tendió al acercarse. "Empuja hacia arriba," dijo, y ella hizo espacio en el banco a su lado.

Temblando, mirando la caja entre sus manos, Freya vio a Dragan dar un golpecito en la tapa con un calloso dedo. "¿Quieres revisar mis cosas?"

"Tu cosa. Es esto. ¿Dónde están todo lo tuyo?" La conmoción profundizó más en la carne. "Oh, demonios, Dragan, ya lo has empacado todo, ¿verdad? Lo enviaste a casa." La revelación estaba tomando forma a través de las brumas de la incredulidad y acercando las náuseas. Acercando todo lo que significaría su partida y las posibilidades que ella nunca había considerado. ¿Por qué no lo había visto ella venir? La roca sólida se estaba doblando, resbalando debajo de ella, y la sensación de colapso traía consigo el pánico.

Había hielo en la boca del estómago.

"No. Ábrela, "dijo él, incitándola con un codazo.

La cajita ofreció humildemente sus tesoros. De poco más de cuatro palmos de largo y completamente sin adornos, su madera pálida había sido tallada por una mano inexperta. Freya levantó una amplia hebilla de latón y una pluma de cola de gallo de entre una serie de cositas: una rota punta de lanza, guijarros, algunos cuadrados de tela manchada de sangre. Algunos eran familiares, otros no. "¿Por qué estoy mirando esto?" le preguntó ella. "Aún tengo que prepararme."

"No, no tienes que hacerlo. Ellos no se irán sin ti. Estarán aporreando la puerta mucho antes. ¿Reconoces estas cosas?"

La hueca y enfermiza distancia en la cabeza de Freya le dificultaba concentrarse. Aquello era irritante y esta caja de pedazos no respondía ninguna de las preguntas que ella necesitaba hacer. "¿Por qué estoy mirando esto?" Su pregunta fue más urgente esta vez, más fuerte que el batido del pulso. "¿Es esto un paquetito de recuerdos para que no te olvide? ¿O para ti? ¿Una cajita de «Recuerdo una vez que...»? La ira estaba despejando la niebla, pero el mareo permanecía, el terror.

Dragan dio una carcajada, si Freya hubiera tenido las manos vacías, le habría golpeado. "Esa es mi vida, o la nuestra. Lo mismo." Gentilmente, tomó la pluma de entre los dedos de Freya, curvando su sedosa longitud sobre los labios. "Esto es lo único que guardé, todo lo demás lo quemé."

Él le deslizó la pluma por la boca de Freya, tal como había hecho con la suya. "¿Recuerdas el año en que las llevaste? Todas cosidas por los hombros y alrededor del cuello como un collar." Su media sonrisa aún estaba allí, y ella miró desde la pluma hacia la insensatez de su juventud.

"Sí, lo recuerdo." El tacto de la pluma evocó el pasado apiñándose a su alrededor como los fantasmas de otra persona. "Estúpido. Vano. ¿Cómo es que sobrevivimos siquiera?"

Ella había tenido veinte años, recién cumplidos después de dos años en la caballería ligera cuando se rediseñaron las filas. Alguien en alguna parte había decidido que hubiera una fuerza de Díadas: parejas luchando como una sola unidad de guerrilla, y ella había sido la primera en la cola para alistarse para el cambio. La caballería había sido rápida y valiente; una hermandad de guerreras que contenían las líneas en el frente, todo velocidad, habilidad y euforia, y que meneaban sus colas de sabelotodo hacia los chicos en el suelo. Pero todos estos años después, ella aún soñaba con los gritos de los caballos chocando a la carrera contra las picas.

Así que hizo el cambio y conoció al compañero con quien viviría o moriría.

Freya sacó un perno de latón de la caja y lo sostuvo al lado de la hebilla. "Yo tenía que hacer algo espectacular. Tú llevabas una tonelada de cuero negro y bronce. El pelo todo largo y el pecho desnudo."

"Y mira." Él levantó un mechoncito de pelo de Freya, más oscuro que el suyo, atado con un largo hilo plateado y abalorios de cristal.

"¿De dónde sacaste eso?" Ella lo miró directamente por primera vez desde que él se había sentado, pero él no quiso mirarla a los ojos. Freya lo encaró de frente y trató de imaginarse al hombre que conocía desde hacía tanto tiempo coleccionando todos aquellos pequeños recuerdos. Este era un lado de él que ella nunca había visto.

Él se encogió de hombros. "Lo recogí cuando te lo cortaste, ¿recuerdas?"

Ella hizo memoria. Las imágenes y los olores de un campo de batalla le colmaron la cabeza; Duras campañas, frías y pegajosas de sudor y sangre antigua. El cabello se le había enmarañado en la cara y enganchado en la cruz de la espada una vez, y con demasiada frecuencia cuando un instante era demasiado largo para pausarse, no había habido vanidad que hubiese querido discutir.

"Estabas harta y huraña como el infierno y, así sin máa, tomaste el cuchillo y te lo cortaste todo."

Freya asintió. "Tuve que hacerlo." Toda su vida había tenido el pelo largo y, sin embargo, nunca había pensado en cortárselo. Ahora no podía recordar el año. Cosas así se volvían borrosas después de un tiempo. "¿Cuándo comienza el sentido común a cortar la euforia y el valor?" preguntó ella.

"Cuando empieza a doler." La respuesta fue una simple verdad: edad, experiencia, mortalidad; y con ellos, el conocimiento de cuántas formas había para fallar.

Ella siguió mirándolo a la cara y, con la misma atención, estudió el contenido de la caja. "¿Por qué no me miras?" Freya movió una mano hacia la áspera barba incipiente, girándole el rostro hacia ella, pero él mantuvo la mirada baja. Sus espesas pestañas eran claras; sus ojos profundos y abiertos bajo las cejas fruncidas. Su nariz era demasiado grande y los iris verdes, aunque ella no podía verlos, estaban salpicados de dorados y marrones como guijarros en un arroyo.

Él cerró la caja, suspiró y alzó la mirada. "No quiero que te vayas."

"No tengo otra opción." Hubo una súplica en su propia voz que a Freya no le gustó, pero las opciones eran demasiado horribles para tener orgullo. "Siempre has dicho que terminarías conmigo," le recordó ella. "Me prometiste una temporada más. Ojalá me hubieras dicho cuándo y por qué cambiaste de opinión."

"Cambié de opinión cuando te traje en volandas desde el frente el año pasado. Porque pensé que ibas a morir. Y después de todos estos meses de curación y de verte entrenar de nuevo en forma..." Hizo una pausa en medio de un nada familiar torrente de palabras.

La mirada de Dragan era demasiado intensa para mantenerla, lívida, con los restos del exceso y la emoción. Sangre caliente en Freya le recorría las mejillas en fuegos de humillación mientras se preparaba para oírle decir que ya no era lo bastante buena. El pulso le latía con fuerza en los oídos. No suficiente buena. Deseó de pronto no haber pedido respuestas.

Cuando él volvió a hablar, fue apenas un susurro. "Eres, sin menor duda, la mejor, la más segura," él sonrió, "la soldado más intrépida

que he conocido. Nunca tenía que adivinar dónde estabas, siempre sabía que me cubrías la espalda. Nunca pensé que fueses a resultar herida. Yo hacía lo que tenía que hacer y sabía que tú estarías detrás de mí." Dragan se detuvo de nuevo, frotando despacio la palma sobre la superficie de su caja de tesoros. Si bien él había pensado mucho tiempo en esto, no había podido encontrar todas las palabras que iba a necesitar.

Cabalgando el auge de obstinadas náuseas, segura de las siguientes palabras de su compañero, Freya lo apresuró. "Y ahora tengo el hombro jodido y te dejo la espalda al descubierto. ¿Ahora soy un inconveniente?"

"No, no es eso." Dragan le tomó la mano, bronceada por el sol y callosa, marcada en los nudillos con cicatrices como las suyas. Era una mano fuerte, esbelta y segura. "Es lo que dije antes: uno solo se detiene a contar el coste una vez que comienza a doler. Yo pensé que ibas a morir y nunca había considerado lo que hacer si no estabas ahí fuera conmigo."

Dragan suspiró y se movió incómodamente en el asiento. "Doce años. Doce duras temporadas juntos. Hubo años que me encantaba, no puedo negarlo. En los primeros días, me encantaba. No había nada que temer porque no teníamos nada que perder. Yo luchaba duro y me mantenía con vida porque no consideraba la posibilidad de que pudieras resultar herida. Ahora, ya no puedo pensar en otra cosa. Y no quiero volver allí fuera."

Ella frunció el ceño, le dolía el rostro mientras se esforzaba por leer las complejas arrugas de la expresión de su compañero. Había demasiadas implicaciones ocultas en esas palabras, demasiados terrores, y a ella le latía el corazón con fuerza en el pulso hasta la sien y le pateaba el estómago. Abalanzándose de pie, se acercó en un paso a la balaustrada y se lanzó doblada sobre esta entre arcadas de bilis, esforzándose contra la fría barandilla de piedra. Convulsiones la recorrieron una y otra vez hasta que cedieron las piernas y ella cayó, plegada y temblando, de rodillas.

Descansó la frente sobre las muñecas mientras trataba de alejar el miedo respirando. Manos fuertes tiraron de ella hacia atrás, haciéndola girar con facilidad. Sacudiendo la cabeza hacia él

mientras Dragan se sentaba en cuclillas frente a ella, Freya se pasó una mano temblorosa por la boca y dijo: "A ver si tengo esto claro. No quieres realístate para esta campaña porque crees que no puedes estar a la altura, pero me enviarías allí fuera a confiar en mi suerte con un nuevo compañero, sola."

"No tienes por qué ir." Esos ojos eran ahora suplicantes, pero su lógica, si acaso la había, era demasiado ilusoria para que Freya la entendiera.

Cerrando los ojos, ella apoyó la cabeza en la piedra tallada del balcón y tosió para quitarse el sabor amargo de la garganta. "¿No tengo que ir? De acuerdo, pues dime cómo rompo mi contrato tres meses antes, me libro del calabozo, vivo como una civil sin la paga y con la humillación de fracasar en lo único que sé hacer." Abrió los ojos y estos se le llenaron de lágrimas de rabia. "Y dímelo rápido porque tengo que ir a la Llamada a Filas, para ayer."

"Haz que te den de baja. Baja médica. Usa el hombro. Solo demóralos, esquívalos. Demonios, quédate para entrenar a los nuevos si tienes que hacerlo también. Son sólo noventa días. En el peor de los casos, te mantendrán aquí mientras discutes el asunto. De ese modo consigues la paga igual que todos los demás." Su explicación se había vuelto urgente; sus manos estaban abiertas, o bien suplicando o midiendo un lugar para ella entre la vida y la muerte.

Ella le miró las manos como para calibrar su capacidad y negó con la cabeza. "No puedo. No puedo escapar ahora. No puedo hacer una mentira de toda mi vida. No puedo elegir fracasar."

"Puedes elegir vivir. Respecto a fracasar, o a la desgracia, esto no es lo único que sabes hacer, solo es lo único que has conocido. Conoces las formas en que puedes perder, pero no tienes idea de cuántas vidas hay por vivir. Cada fin de temporada, mientras te quedas aquí entrenando, celebrándolo con las chicas y jugando con los chicos," él retrocedió un paso de las palabras, girándose para pasear, "yo vuelvo a las montañas. Observo las vides, me siento en las laderas con las ovejas y pienso en la forma en que funciona todo este imperio."

"No eres el único que sabe pensar," intervino ella. "Pero yo decidí hace mucho tiempo no hacerlo. Si piensas demasiado, te congelas. Es mejor hacer lo que hacemos y no pensar en ello." Apoyó la cabeza hacia atrás de nuevo, cerrando los ojos a la agitación de Dragan. Se le estaba asentando el estómago, el cuerpo estaba anulando el cóctel de pavor, reduciéndolo con un baño de resignación.

Ignorándola, él siguió su hilo; no había terminado y su argumento era demasiado importante. "¿Cuánto tiempo llevamos en guerra? ¿Doscientos años? ¿Trescientos? Cada año hay una nueva amenaza. Necesitamos tomar más tierra. Necesitamos defender la tierra en otra parte. Cada año pasa por aquí otro grupo de críos, como hicimos nosotros: pobres, hambrientos, nunca pensaron en hacer otra cosa porque eso es lo que hacen los hijos de los pobres. Van a la guerra. Entretanto, los mercaderes engordan. El comercio continúa y cruza las líneas del frente, las economías crecen. Los ricos se hacen más ricos, los pobres crían progenie para ir a luchar. Qué bonito sistema de desgaste. ¿Y qué obtenemos nosotros? Mierda para seguir viviendo, para intentar llegar hasta día en que nos pagan. Quince años, ¿para qué? ¿Y cuántos de nosotros llegamos allí? ¿Cuántas de las chicas de caballería con las que entrenaste siguen vivas?"

Él paseó por su estrecho circuito y regresó para plantarse frente a ella. "Freya, ¿cuántos hombres hemos matado?"

No había respuesta para eso. Ella no tenía intención de aferrarse a los sangrientos recibos del precio de su profesión. Respuestas como esa creaban pesadillas. "Ya no quiero escucharte." Levantó una temblorosa mano para que él la ayudara a ponerse de pie, agarrándole la muñeca mientras él tiraba y gritando involuntariamente cuando el peso le desgarró las desalineaciones de su hombro.

La mano izquierda voló hacia la cicatriz y ella trató de darse la vuelta, pero él rehusó soltarle la mano derecha y dio un paso a un lado para conservar su atención. "Puedes hacer esto. Funcionará. Es una solución que significa tu vida."

Rodeándole, recuperando la mano de un brusco tirón, ella espetó,

“¡Esta es mi vida! Esto es lo único que yo tengo. Tú tienes una familia, algún rocoso montón de mierda de granja y alguna fea granjera culona esperándote. Mira a tu alrededor. Esto es lo que yo tengo. Tienes razón. Yo no podía esperar para alistarme. No tenía familia ni comida. En aquel entonces mi elección era esto o la prostitución. Y aún lo es. No puedes hacer una mentira de esta vida y de todo lo que he hecho. Lo que hago es importante y se me da bien. Me he convertido en alguien aquí y tú no puedes arrebatarme eso. No tienes derecho a hacer eso, a mí no, no después de todo por lo que hemos pasado juntos.” Ella trató de alejarse andando, pero el balcón era pequeño y el miedo y la ira en sus entrañas eran demasiado grandes para que ardieran en silencio.

Su voz se elevó mientras caminaba hacia atrás para encararlo. “Tú te pasas fuera los fines de temporada. Vuelves a las colinas y te follas a tus ovejas. Este es mi hogar. Es el único hogar que he tenido.”

Él no habló, no tenía respuesta, así que ella se apretó contra él y le siseó en la cara: "Esta es mi vida. Es la única forma en que sé vivir."

Él quedó un momento en suplicante silencio ante el paso de la indignación de Freya. Luego dio medio vuelta para avanzar pesadamente hacia la sala de baño mientras sonaba el cuerno de la Llamada a Filas.

Freya se dejó caer sobre su camastro, enderezándose y reatándose las botas con dedos temblorosos. De los estantes, tomó las grebas y las abrochó fuertemente alrededor de las pantorrillas, apretando las hebillas más de lo que pretendía, reconociendo el dolor como el primero de muchos. Arrojó los guanteletes a su lado, rebuscó en su pila de ropa en busca de un broche para la capa, luego regresó andando hasta la caja de madera y sacó la hebilla de latón. Eso serviría.

Cuando levantó la vista, Dragan estaba en las sombras del umbral de la puerta, vestido, encorvado, brazos en jarras. Piezas de su uniforme yacían a sus pies. Un último suspiro sopló sobre la incipiente perilla.

"No hay ninguna granjera culona," dijo en voz baja.

Se dejó caer rígidamente en cuclillas, se puso las botas y se las amarró con fuerza. Levantó las grebas del montón a su lado y las abrochó en su sitio. Ella quiso detenerlo, mantenerlo quieto y hacer que se explicara, pero estaba paralizada por la esperanza y el miedo.

"Mi padre es viejo. Yo vuelvo todos los años y trato de sacar trabajando suficiente comida de su rocoso montón de mierda de granja para que puedan ir tirando hasta que yo pueda volver. Eso no es suficiente, lo sé. Pero siempre les prometo que volveré para siempre. Cada año se lo digo de nuevo, que las cosas mejorarán pronto."

Se puso de pie, se puso la cota de malla sobre la túnica y se ajustó la coraza sobre esta, abrochándola en los hombros y los costados. "Ellos se quedan mi paga. Eso no es suficiente para vivir de todos modos." Esta era una explicación que no le decía a Freya nada que ella quisiera escuchar. Ella quiso detenerlo; quiso caer a sus pies y darle las gracias. Estaba demasiado avergonzada para moverse.

Él enderezó la capa sobre un brazo, debajo del otro, empujó el broche de la capa a través de la áspera tela y se detuvo para mirarla directamente. "Tú pensabas morir allí fuera, de todos modos, ¿no es así? Simplemente no querías hacerlo sola."

Las lágrimas ardían en los ojos de Freya, bajaban por las mejillas como él si hubiera abierto una vena. No había forma de restregarlas esta vez y no había forma de responder a esa franqueza. Ella no quería morir. No quería. Negó con la cabeza hacia él de nuevo, deseando que ambos pudieran empezar de nuevo, desde el principio. Él le había arrebatado lo único en lo que ella podía confiar, y ahora se lo estaba devolviendo roto. Ella no tenía otra vida.

Estas eran las cosas que ella había rehusado reconocer incluso a sí misma, y él se las había presentado como una acusación. Él no podía hacerle esto. Era injusto. "Pero no tenía miedo. No tenía miedo." La voz se le quebró. "Hasta ahora."

Si ella volvía al frente, él iría también.

Eso era lo único que ella había querido. Él estaba dispuesto a vivir o morir a su lado y; ahora, despojada de agallas y gloria, frío y sin tacto; eso era demasiado pedir. Nunca había considerado la necesidad de pedirlo. Eso siempre había estado ahí. Las náuseas retomaron su roer, pero ahora no había espacio en su conciencia para ellas. Simplemente era demasiado injusto. El temblor se había apoderado de su cuerpo. Ella tenía frío y calor, y el estómago se abalanzaba y amenazaba. Tenía las manos demasiado débiles para apretarlas y la respiración se convirtió en sollozos. "Esto es demasiado duro," susurró ella. "¿Por qué no me diste tiempo para pensar?"

"Lo decidí anoche. Tú estabas ocupada, así que me emborraché."

Un puño golpeó la puerta detrás de él, y una voz exigió: "Asamblea, soldado. ¡A filas, ya!" No era así como se suponía que debía ser. Nada era como debería ser. No quedaba nada en lo que confiar.

"De un modo u otro," dijo él, "salimos juntos por esta puerta ahora. Te estoy pidiendo que confíes en mí. No tenemos por qué morir ahí fuera. Por última vez, ven a casa conmigo. Ven a ser una fea granjera culona." Él sonrió de nuevo y la habitación se deslizó hacia los lados mientras ella luchaba por respirar. Todo había cambiado.

Tragando con fuerza entre polvo y ácido, ella susurró: "No sonrías. No sabes lo aterrorizada que estoy." Si ella hubiese movido los pies, habría sido para seguir la vida que ella conocía. Eso era lo único que sabía y la única felicidad que había conocido. Pero ninguna parte de ella quiso moverse; ni siquiera las manos eran ya las suyas.

"Lo sé." Dragan caminó hasta donde ella estaba, débil y congelada por demasiadas carga de opciones. "Pero me asusta cualquier vida sin ti y no quiero seguir tu obstinado culo sabiendo que vamos a morir por nada. Si esto fuera un combate, sabrías qué camino tomar."

Él estaba demasiado cerca, demasiado próximo del fuego; el sudor le perlaba a Freya el labio y le empapaba las palmas de las manos. Su corazón iba a detenerse o la iba a ahogar en su euforia.

"Está bien." El estómago le dio un vuelco de nuevo, haciendo eco de

su propia voz

"¿Si?" Las manos de él estaban sobre sus hombros, los ojos buscaron los de ella.

"No sé qué otra cosa hacer. Yo no...." Las lágrimas seguían bajando por las mejillas y ella trató de secarlas con la mano. Se sentía tan condenadamente pequeña a su lado, siempre se había sentido así. Algunas cosas, al menos, no querían cambiar. "No sé cómo ser, Dragan. No sé qué ser."

"Lo harás bien."

"Pero...." ¿Cómo podía ella expresar con palabras temores que ni siquiera podía nombrar? En el campo, podía llegar la muerte. Esta estaba allí como siempre, en los lugares que ella conocía y entendía. Un final. Pero esto, esta elección que él mencionaba era una gran incógnita y no tenía fin. "No sé cómo ser una granjera. No sabré qué hacer."

"Aprenderás." Él agachó la cabeza, acercándose para que ella no pudiera apartar la mirada. No había forma de evitar esos ojos ni la pregunta de la que ella estaba huyendo. "¿Lo harás? ¿Lo intentarás?"

"De acuerdo. Sí."

"¿Si?"

"Sí." Sintió un leve mareo, la cabeza le daba vueltas y ella se tambaleó hacia adelante. Si cayó contra él, no estaba segura, pero él la agarró y la mantuvo firme. Ella apretó la mejilla contra el duro y frío cuero de su pecho, cerró los ojos y dejó que el pánico, negro y aullante, se precipitara como un tornado hasta que por fin se agotó a sí mismo y a ella, antes se desparecer. Este dejó atrás debilidad; lastimosa y desalmanente debilidad, y ella se apoyó en la fuerza de Dragan.

Esta no era forma de empezar una nueva vida.

"De acuerdo, hagámoslo. ¿Si?"

Ella asintió tratando de respirar más profundamente. No tenía idea

de lo que iba a hacer. No tenía pensamientos que pudiera llamar propios.

"¿Quieres sentarte?"

Ella asintió de nuevo y dio un paso atrás, abriendo los ojos para encontrar la cama unos pasos atrás. Se sentó mirando el fuego, sin verlo, y él se sentó a su lado.

"No hay prisa ahora," dijo él en voz baja. "Cuando estés preparada. El mundo esperará."

3. Rango

El brillo del latón pulido siempre reflejaba cierta arrogancia y fue inmediatamente evidente en Paske, el oficial sentado detrás de su escritorio, esperando.

Cabello corto y rubio, cara cuadrada y bronceada, ojos fríos. Era una actitud que Freya encontraba irritante, pero no una a la que ella soliera prestar mucha atención; solo era la actitud de rango y ella estaba acostumbrada a ella. Esta no le facilitaba la tarea. Aquellos ojos la estaban llamando inútil.

"Baja." No fue una pregunta, más bien una acusación. "Ahora. Cuando nos estamos movilizándolo. ¿Ahora mientras hablamos?"

"No pude venir antes, señor. Fue una decisión difícil y la tomé hoy." Ella quiso ponerse en cuclillas y abrazarse las rodillas, cualquier cosa para evitar que la fría vergüenza y el miedo se extendieran por su carne. Pero estaba aquí ahora, el acercamiento ya se había hecho. "Ahora," agregó ella, encogiéndose de hombros en señal de disculpa. "Esta mañana. Señor."

"Esta mañana." Otra acusación burlona, y ella asintió aceptando tácitamente la acusación de cobardía. Él tenía pergaminos en la mano y extendió el borde rizado de uno, luego el otro borde, para ver mejor los informes escritos allí. Sacó uno del paquete, arrojó los demás a un lado y usó un bastón con capa plateada para extender por la mesa el documento elegido. "Me parece que has pasado todas tus evaluaciones de aptitud física. Ya veo que has recuperado un rango de movimiento aceptable. Aquí hay una nota del médico que realizó tu última batería de pruebas, elogiando específicamente tus niveles de fuerza y resistencia. «Tenacidad notable» está escrito aquí."

Usando la pesada espuela plateada de su bastón como puntero, él se inclinó y abrió el documento para su evaluación, esperando una respuesta a una pregunta que no había hecho. Freya se inclinó más cerca apretando las manos en puños y conteniendo la respiración para evitar que le temblaran. Las marcas en la página no tenían

sentido para ella, si no hubieran estado al revés, no habrían tenido más sentido, pero ella las examinó con urgencia en busca de una pista o una excusa.

El estudio hizo que le subiera sangre hirviendo a los oídos. "Yo, ah..." La humillación se le escapó de los labios con el intento de hablar y ella aspiró hondo, estirando sus apretados pulmones. "Hice lo mejor que pude. Eso es todo. Intenté pasar y estar en forma para luchar. Pero...."

"Eso es lo único que pedimos. Y mira," dio unos golpecitos en una marca roja que atravesaba las entintadas líneas del texto, "fue suficiente. ¡Mira!" Volvió a golpear el pergamino como quien repriende a una cría estúpida. "¿Ves ahí? ¿Qué dice ahí?"

Sostuvo el bastón sobre las marcas rojas, golpeándolas con impaciencia mientras ella se levantaba para mirar en silencio los símbolos ininteligibles que iban a decidir su destino. Ella lo miró a la cara y leyó al instante el desprecio en esos rasgos, pero la página que tenía ante ella no ofrecía ninguna revelación. Nada.

Él dio unos golpecitos en otro bloque de escritura, también emborronado por cortes carmesí. "Aquí entonces, ¿qué dice aquí? ¿No te lo imaginas? Dice: «Recomendación: baja médica inmediata»." Sus palabras eran cada vez más fuertes y agudas, provocando una vergüenza desgarradora.

En ese momento ella podría haberse retirado. Era demasiado estar tan avergonzada y permanecer como una tonta con sus debilidades puestas en ridículo mientras suplicaba que se le permitiera tomar la senda de los cobardes.

Si no fuera por el hecho de que Dragan esperaba en el patio de abajo con el peso de su vida arrojado sobre ella, Freya podría haberse dignificado con un asentimiento de deferencia y regresar al campo. Podría haber arriesgado en el patio de armas con el reparto del lote.

No había espacio para moverse aquí dentro y no había respuesta para su humillación, excepto por la ira que se alimentaba del hielo en la mirada de su torturador. "Por eso estoy aquí," consiguió ella

decir. "Quiero mi baja médica."

"¡No puedes tenerla!" Paske se levantó hacia adelante de repente, empujando su rostro hacia ella, obligándola a parpadear y ceder terreno. "¡Has pasado en forma!" gritó empujándole el informe. "¡Repetidamente!"

"Señor," respondió ella automáticamente, poniéndose erguida, enderezando columna y hombros.

"¡Léelo!" Le agitó en la cara la página inútil. "¡Aprobada! Y otra vez, Recomiendo evaluación. ¡Aprobado! ¿No sabes leer?"

"No, señor."

"No, pues confía en mi palabra. Cuatro, no, cinco veces has tenido la oportunidad de aceptar una baja médica y la has rechazado. Ahora has sido marcada como apta. ¿Lo entiendes?"

"Sí, señor. No soy estúpida, señor."

"¿No lo eres? Deja que yo juzgue eso." Dio un paso atrás, cogió el bastón del escritorio y se golpeó pensativamente en el muslo. En los gruesos pliegues de lana de su cuerpo, la barra hacía un ruido sordo, sugiriendo suficiente violencia para hacer que Freya se estremeciera. Violencia a la que ella podía responder. Eso sí que lo entendía. "¿Porqué ahora?" preguntó él al aire.

"¿Por qué, Señor?" Ella estabilizó su respiración. "No creo que pueda luchar. Quiero hacerlo. Quiero creer que he podido entrenar lo suficiente para ser tan buena como era, pero no es así. No puedo."

"Los médicos creen que puedes. Fuiste inflexible en que deberían aprobarte como apta. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión esta mañana?" Volvió a golpearse con el bastón, el gancho de plata adornado se le enredó en la tela y traqueteó contra una bota tachonada. Él respiró hondo y se volvió de repente, levantando el bastón para señalarle el pecho. "Yo te conozco, ¿verdad?"

En mejores circunstancias, Freya habría especulado en voz alta que todos la conocían. En el comedor o en el patio de armas, ella habría

apostado sangre por ello. Ella se habría arrancado de la garganta el amargo sabor de la certeza y lo habría escupido a los pies del oficial. Aquí, sin embargo, ella decidió enfrentar con silencio esa mirada interrogativa.

"Sí." Él soltó una risita asintiendo levemente con la cabeza. "Te conozco."

Retrocedió junto a su escritorio, metiendo el bastón debajo del brazo, en lugar de deleitarse con su agarre, mientras liberaba las manos para enderezar los documentos que había descartado anteriormente. Leía ahora asintiendo y chasqueando para sí mismo, haciendo un ocasional ruidito de sorpresa o admiración. "¿Algo heroína? Todo un récord y previamente ilesa. Favorecida por los dioses, ¿verdad?" Él levantó la vista, "¿O simplemente suerte?"

La frustración quemaba. Le rodaba por los músculos de la espalda y el cuello, tensando los puños y estrangulando el aliento en la garganta, pero ella no dijo nada, solo miró desafiante a la pared y deseó el daño que ella no podía moverse para infligir. Todo en él despedía hedor a sapo.

El bronce de su peto brillaba donde ningún verdín había tenido motivos para florecer. La piel de su rostro era suave, aunque había algo de plata en su sien. No había marcas de sol, viento o nieve en la suavidad de sus ojos. El oficial se sentó en la silla, enrolló sus papeles y juzgó que su lectura era más útil que la equitación. Manejaba un bastón donde no había espada para que él blandiera y tenía una mueca de desprecio que afilaba sus palabras donde las palabras eran lo único que él tenía en abundancia.

"Y aquí estás, casi al final de tu contrato." Los labios torcidos se convirtieron en una sonrisa. "Y ya veo que su compañero ha terminado. ¿También él tiene suerte?"

"No, señor, él es bueno. Muy bueno." Palabras que se habría otorgado a sí misma si pudiera, si no hubieran equivalido a una admisión de aptitud para el servicio.

"¿Lo es? Y supongo que después de tantas temporadas juntos, se podría haber confiado en él para que te cargara a ti y a tu lesión.

No hay posibilidad de que él traiga injuria a tu gran nombre, ¿verdad? Pero un nuevo compañero, esa sería una historia diferente, ¿no? Ahí no hay certeza. Ninguna en absoluto. Dime," se acercó más, "¿Cómo sopesas el riesgo de muerte en la batalla frente a la amenaza de la gloria empañada? ¿Como un fracaso en el campo o una cobarde abandonada?"

"No hay riesgo que sopesar, señor." Ella robó lo que pudo de la pasión de Dragan, usando sus argumentos como si fueran propios. Con toda la calma que pudo, dijo: "Solo hay certezas. Si fracaso en el campo, y fracasaré, no habrá ningún compañero que traiga historias. Estará muerto a mi lado. No hay duda. Es imposible que yo vaya a regresar en desgracia. Seré un cadáver entre los cadáveres, y quienquiera que asigne como mi compañero dejará esta ciudadela como un hombre muerto."

"¿Noble, entonces? Prefieres la vergüenza de ser reconocida como cobarde que arriesgar la vida de un compañero. El nombre, el rostro que ha inspirado lo mejor en nuestros jóvenes guerreros durante años, recordado al final como aquel que se escabulló entre las brumas para esconderse." Su sonrisa se ensanchó.

"Un baja médica, señor. No hay vergüenza en ello." La mentira rasgó algo por dentro, algo caliente que palpitaba.

"No puedes obtener una baja médica. Estás en forma y tengo los informes para demostrarlo. Yo lo sé. Tú lo sabes." Se dio la vuelta y caminó lentamente hacia un amplio tapiz obrado en verdes y marrones que cubrían la mayor parte de la pared de la cámara. "Todo el mundo lo sabe," sonrió.

El oficial tenía las manos rosadas, las uñas inmaculadas y las yemas de los dedos suaves y redondeadas. El grueso tejido de su túnica de Maharashtra no mostraba signos de formación de bolitas o desatendidos hilos sueltos. Incluso el laminado de cuero segmentado que pendía de sus muslos caía de las bandas de un cinturón dorado. Nunca la sangre o el grasiciento tuétano se habían secado y manchado su piel. La mugre de la batalla y la mierda del miedo nunca se le habían encostrado bajo las uñas y, sin embargo, tenía el descaro de llamarla cobarde.

Ella era apta. Lo suficiente apta.

Desde abajo, las llamadas a asamblea de los hombres cayendo en columnas de marcha, riendo, viviendo, aplaudiendo y jurando su sangre, unos por otros, se elevaron como el perfume de tiempos mejores. Allí afuera, en alguna parte debajo de este sapo en su limpia torre de piedra, estaba la vida que ella conocía, y su llamada era más fuerte de lo que podía soportar con facilidad.

Los hombres morían en la batalla. Todos sabían eso y, sin embargo, permanecían juntos, listos para salir caminando hacia el miedo, la sangre y la gloria. Esta no era la elección de Dragan. Él no podía obligarla a ir a este lugar humillante. Allá afuera ellos la conocían. Si uno de ellos vivía o moría a su lado....

"¿Sabes leer un mapa de campaña?"

"Sí, señor." Los mapas eran el pilar de cualquier plan de batalla. Arañados en el polvo o quemados en el cuero, compartían la visión de uno con muchos. Un mapa de campaña no podía ser diferente.

"De esto es de lo que estás huyendo." De pie ante el vasto tapiz, el oficial dio un bastonazo en la rígida piel y Freya dio un paso al frente para mirar frunciendo el ceño en el caos de color. Las palabras y los símbolos se enfocaron; líneas de puntos trazaban un camino sobre la superficie, algunas negras y otras rojas; las flechas indicaban círculos grandes y pequeños. No era como ninguno de los mapas que ella había visto antes.

El burlón sapo la miró.

Los mapas que ella conocía mostraban puntos de referencia: picos, vías fluviales, encrucijadas, y destacaban por su semejanza. Aquí las cosas marcadas se conocían por sus palabras, y ella no podía encontrarle sentido. Un río serpenteaba a través de él; eso era lo único que ella podía reconocer fácilmente.

"Nosotros estamos aquí." Golpeó el mapa con la espuela plateada y, donde esta descansó, ella vio la imagen de la ciudadela de Orlik, unos cuadraditos se curvaban alrededor del pálido círculo de la laguna de montaña. Su visión se amplió al instante. Ella no estaba

mirando un mapa de barro ni el cuadrado de un campo donde el vadeo de un río iba a ser más fácil, sino una vasta área más amplia que los valles y picos, un área que se extendía más allá de las ciudades hacia el oeste.

Y ahí estaban ellos. Ella no necesitaba las palabras para ellos; podía ver las nítidas cuadrículas de las calles que una vez había conocido. Era un fácil viaje de cinco días hacia el oeste hasta la ciudad de Talsiga, por lo que el área mostrada al este de la ciudadela era al menos igual a eso.

Detrás de su antigua fortaleza, la tierra se elevaba abruptamente hacia los vastos pasos sembrados de rocas de las Montañas Delianas. Ahí era donde los imperios, como dos enormes bóvidos, trababan cuernos y embestían hasta que los cimientos de sus tierras se elevaban hacia el cielo. Y donde las cordilleras resultantes recorrían el norte y el sur, allí en el mapa estaban los campos de nieve y las caras de los acantilados, las estrechas sendas y las anchas y ricas ensenadas entre estos.

Era extraordinario. Las caminatas que llevarían a una tropa una semana de trabajo asesino por cada legua que ganaran se mostraban aquí en la longitud de un dedo. Partes de las montañas donde incluso las cabras podían resbalar hacia la muerte, estaban aquí en planos beige y grises. Ella extendió la mano para trazar con el dedo un trayecto, partiendo de las murallas de la fortaleza, a través de los densos bosques al pie de las colinas y hacia arriba, hacia las activas líneas del frente, agitándose con el deshielo primaveral y preparadas para extraer sangre.

Un mes o más podría ella haber estudiado este mapa y aún asombrarse de su magnificencia.

Paske, el sapo, sonreía de nuevo. "No, no puedo darte la baja médica. No quiero hacerlo."

Freya volvió a centrar su atención en la discusión que tenía entre manos, lista para ceder. Esta no era elección de Draga, ella no podía dejarlo estar. Ella podía volver a su vida en el frente. Algunas opciones cuestan más que la vida.

"Pero creo que tengo otra solución." Deslizándolo el pulido bastón entre la mano como la resbaladiza extensión de un falo, sonrió y envió hielo a través del estómago de Freya.

4. Necesitada

Dragan se mordía el nudillo del pulgar, pellizcando con los dientes la suave piel dentro del labio, maldiciendo ante el agudo pinchazo. Ella estaba tardando demasiado.

Él no tenía una confianza total, cuando se trataba de un examen, de que Freya pudiera enfrentarse a preguntas difíciles y mantener la determinación de marcharse. Sabía que, mientras él estuviera con ella, Freya podría apoyarse en la certeza de su compañero, pero Dragan había dejado la decisión demasiado tiempo. Al dudar de sí mismo y de su compañera, había dejado que sus posibilidades de supervivencia se deslizaran hacia el inevitable fracaso. Freya temía al fracaso más que a la muerte. Para él, eran uno y lo mismo.

Tras él, el patio de armas se estaba despejando. Los jóvenes se habían reunido en unidades y salido marchando a la guerra. El proceso era rápido y ordenado, pero aún así tomaba horas y ahora esas horas habían pasado. El mediodía estaba más cerca de lo que a él le hubiera gustado. El comedor llevaba vacío mucho tiempo, pero ahora la marea estaba cambiando a medida que los miembros restantes del destacamento de defensa, los que permanecían en la seguridad de la piedra, regresaban hacia su almuerzo.

Él no tenía ningún interés en su progreso, pero revisaba la puerta con cada nueva llegada, ansioso por el regreso de Freya. No fue poca sorpresa, entonces, cuando la cara que vio entrar no fue la que había esperado.

Un joven mozo, no más que un niño, nervioso y desgarbado en sus movimientos, se dirigía directamente hacia donde estaba sentado Dragan, y una joven lo seguía. Ella iba modestamente tapada con una pesada capa azul ceñida sobre sus hombros y una capucha encima del pelo que le sombreaba el rostro. Ella alzó la vista y el alivio se apoderó de los rasgos al encontrarlo.

El mozo asintió una vez en silencioso reconocimiento y se volvió para atender otras tareas urgentes.

Dragan se puso de pie y su invitada le tomó las manos entre las suyas mientras ella se apresuraba a sentarse en el caballete opuesto. "Lenka. ¿Por qué estás...? ¿Viajaste hasta aquí sola?"

"Sí, sola, y no fue fácil, Dragan. Estuve muy asustada." Respiraba temblorosamente, mirando a los hombres sentados en las mesas cercanas y juzgando a cada uno como una amenaza. "Monté en la vieja yegua, achacosa como está, pero no había elección. Hemos sido probados, muy probados, y tengo que traer tristes noticias."

Dragan liberó las manos, adivinando las noticias que podían impulsar tan inusual viaje. "¿Mi padre?" Sabía la respuesta, sintió la sacudida de la certeza golpearle profundamente en el pecho antes de poder leer la confirmación en el azul pálido de esos ojos.

Ella asintió, su capucha se deslizó hacia atrás sobre la seda platino. Ella agarró la capucha, tirándola apresuradamente de regreso a su lugar, escondiéndose de estas multitudes de extraños dentro de sombras prestadas. Ella se inclinó para susurrar: "Lleva tumbado muchas noches ya, y tú no viniste. Tienes que venir ahora; tu madre ha estado en un estado terrible. Te ha estado esperando semanas."

Dragan había dejado todas las cosas demasiado tiempo, había esperado cuando debería haber actuado. Una vez más, el destino le ponía sus acusaciones a los pies. Demasiadas cosas se habían movido más allá de su control.

"Ella dice que has terminado de luchar. Dice que vas a volver a casa para administrarla por ella. Semanas ahora, Dragan, lleva esperando."

"No pude ir cuando terminó la temporada. Hay cosas aquí que tenía que terminar. Pero hoy lo sabré, espero. Pronto. Lenka, puede que yo no haya terminado con el ejército aún. Puede que tenga que volver a salir."

El viento helado había rozado el rubor de las rosas en esas llenas mejillas, pero alrededor del rosa, la piel se había drenado tan pálida como la leche. Ella negó con la cabeza, rehusando tal posibilidad. "No," suspiró. "Debes venir. No hay nadie más."

Aquí estaba el peso que había refrenado sus decisiones; el conocimiento de que esto debía suceder y la responsabilidad que conllevaba. No había ningún otro para cuidar de la granja. Lenka era la hija en una granja vecina, un huerto con ricos campos que se extendían a lo largo del río Iultea, pero a pesar de toda su fuerza y habilidad, el mundo que ella conocía necesitaba hombres.

"No digas que no vas a venir. Te necesitan."

Y lo necesitaba su madre, sobre todo. Él lo sabía. Ella no tenía necesidad de echarle más culpa, sabía exactamente el precio de sus elecciones. O de las elecciones de Freya. Él necesitaba verla, saber qué había decidido. La espera que había llevado hacía sólo unos momentos pesaba en su conciencia ahora como una piedra de molino.

"Pronto, lo sabré pronto." Miró esperanzado hacia la puerta, pero no apareció nadie. Por mucho tiempo que Freya hubiera necesitado para defender su caso, estaba tardando mucho más de lo debido. Demasiado tiempo. Las alarmas comenzaron a sonar en el fondo de su mente, sin forma y sin sentido.

"¿Ya comiste?" De pronto, las necesidades de esta mujer aquí sola para hacerle volver porque no había nadie más que interrumpiera su ensueño. Las costumbres de una vida de la que había estado demasiado tiempo alejado lo acusaron de nuevo.

Él llevaba uniforme, por lo que todos a su alrededor sabían que seguía de servicio. Con todo lo que había tomado, el ejército podía ofrecer cierta pequeña hospitalidad a su invitada. Dragan se puso de pie, miró una vez más la puerta y luego fue a buscar una bandeja de comida y sidra caliente.

"¿Adónde vas?" Lenka le agarró la mano, medio de pie en su prisa por evitar que la dejara sola. "Este no es un lugar en el que me gustaría quedarme sola."

"No voy a dejarte sola. Voy a traerte algo de comida y una taza de sidra caliente. No voy más lejos que allí." Dirigió su atención hacia la pared cercana y el variado bufé.

"Preferiría que te quedaras," dijo ella nerviosamente, pero la idea de la comida hizo que su mano volviera a su regazo y se acomodó lentamente en su asiento. "No estoy acostumbrada a tantos hombres. Extraños."

Dragan sonrió, "No tantos ahora. Este lío puede llenarse tres veces más de hombres cuando están reunidos. Todos los guerreros se han ido."

Las palabras cayeron de las labios, apagadas por el peso de la comprensión, "Oh, no. No." Miró a su alrededor, pero no había nada para refutar el miedo que corría a través de su cuerpo. Cuántas horas de espera desperdiciadas. No tenía sentido moverse ahora o buscar. Si ella había ido con ellos, se había ido. Estaba hecho.

Mirando la expresión interrogante de Lenka, Dragan dejó que el ardiente hielo de la frustración, la ira y el dolor lo invadiera, dejando un sudor frío en el labio y una quemadura seca en el fondo de la garganta. Por el momento estaba demasiado conmocionado y consternado para pensar. Había cosas que podía hacer, decisiones que podía tomar, pero en ese instante no sentía nada más que la convicción de que Freya había elegido la brutal realidad de la muerte sobre la menos brutal, pensaba él, realidad de la vida.

"Dragan," dijo ella en voz baja, "comería si fueras a buscar algo de comida."

"Sí." Asintió, arrastró los pies hacia el mostrador y cargó mecánicamente una fuente con comida y bebida calientes.

Su padre había muerto y Lenka había viajado todo este camino solo para traerle la noticia. Ella nunca debería haber tenido que correr ese riesgo, él debería haber estado allí. Podía haber estado allí al terminar la última temporada y expirar su contrato. Tenía que haber estado. Debería.

Su padre había muerto y él era la única esperanza de su madre, y ella había esperado a que él volviera a casa. Vigilando y esperando. Ahora Freya, la única razón por la que él había dejado en espera todo lo importante en su vida y le había dado la espalda a sus primeras y mayores responsabilidades, había desaparecido. Dejó la

frente frente a Lenka y se deslizó hacia el caballete opuesto.

"¿Cuándo lo sabrás?" Las palabras se arrastraron entre un ansioso bocado, pero fueron lo bastante claras.

Él apoyó la frente en las manos y se frotó los ojos, aún irritados de la noche anterior, preguntándose cómo responder a eso. Podía decir: «Ahora lo sé». Pero luego agregaría, «Vámonos a casa», o «Me voy a intentar encontrar a la mujer que he amado...» ¿Cuánto tiempo? Ni siquiera sabía la respuesta a eso.

"Pronto," dijo él. "¿Qué le pasó a mi padre?"

"Se cayó de una escalera al injertar ramas de manzano. Estaba cansado; con la llegada de los corderos y los cursos de barro seco que necesitan calzos, y el campo para remover y purines para las vides. Poderosamente cansado. Y tu madre encima de él todo el tiempo, y vigilando todos los días por si venías."

Dragan asintió echándose más culpa a la espalda.

"Ella está en mal estado, Dragan. Gimiendo sola, no se levanta, no come. Me dejó a cargo de los corderos y demás. No estoy lloriqueando por eso, pero no es mi lugar."

"No."

"No me digas que no vendrás."

"No." La observó comer un rato, empujando la comida al vacío mientras lo miraba debajo de sus cejas. No podía negarse, pero la imagen de su madre llorando en su cama le trajo una esperanza vacilante. Había un lugar que podía comprobar, una pequeña celda de piedra en todo el mundo que afirmaría sus miedos, de una forma u otra. "Vamos, termina. Iré ahora en busca de mi respuesta."

Lenka se puso en pie, tomando un tenedor de despedida y sorbiendo la taza de sidra de golpe antes de seguirlo fuera del comedor y cruzar el laberinto de altos pasillos de piedra. Las pesadas faldas que llevaba ralentizaban su progreso y Dragan se detenía con impaciencia mientras ella resoplaba y se afanaba por subir gastadas escaleras y avanzar por pasillos oscuros. Su incomodidad lo

obligaba a reducir la velocidad o él podría haber ido corriendo.

Más cerca de la habitación de Freya, su paso desaceleró y su ritmo cardíaco aumentó. Podía estar vacía. Ella podría estar dentro. Ambas posibilidades le llenaban el pecho de peso aire y dejaban poco espacio para respirar.

La puerta estaba cerrada y él se detuvo en seco. Si había una forma de prepararse para lo que había al otro lado, estaba más allá de su comprensión, por lo que llamó, quedamente al principio, luego con el lado del puño, y exclamó, "Freya."

No hubo respuesta. Empujó. La puerta se mantuvo firme, el cerrojo estaba echado desde dentro y él se acercó a una carcajada de puro alivio. Lenka le acercó las implicaciones de su presencia en la penumbra, y la marea de alivio menguó tan repentinamente como había aumentado. "Freya," golpeó la puerta de nuevo, decidido a que ella iba a hablar y que esas palabras iban a resolver las tensiones que estaban tirando de él en direcciones opuestas. "Abre, chica."

Cuando el cerrojo se deslizó y la puerta cedió lentamente bajo su presión, Dragan levantó un dedo hacia Lenka, pidiéndole que esperara mientras él se movía con cautela hacia adentro, apoyándose en el pesado roble. La luz del balcón abierto llenaba la habitación y un pequeño fuego ardía con desesperada insuficiencia para calentar el sólido bloque de aire que salía precipitado desde el agua. Freya estaba sentada en su jergón frente al fuego como si las llamas retuvieran una fascinación mayor que la que él podría tener.

"¿Y bien?" preguntó él mientras se movía lentamente hacia ella.

"Bueno," respondió ella llana, y se encogió de hombros. Cuando volvió la cara, vio restos de lágrimas, pero estas se habían secado y le habían dejado ojos vacíos. No había expresión en sus finos rasgos; las manos estaban abiertas, ahuecadas y laxas sobre el regazo como si a ella no le quedara nada a lo que sostenerse.

Dragan se sintió como un patán, torpe y sin gracia. No podía estar de pie junto a ella, no podía sentarse en el estrecho catre militar a su lado y no podía tocarla; sus manos no estaban hechas para un

contacto tan delicado. Necesitaba que ella se moviera y hablara. Necesitaba su fuerza, su gracia y su humor, pero no veía nada de ello.

Ella asintió, como si entendiera todo lo que él no podía decir, y miraba hacia el fuego. "No hay baja," dijo y él cerró los ojos. Ella se movió una fracción, deslizándose por el catre como si el pequeño espacio que hizo fuese la diferencia entre tener a alguien a su lado o no, y él se movió para sentarse a su lado. "Pero no pasa nada, tienen planes para mí. Ninguno para ti; tú eres libre de marcharte."

Dragan sintió un temblor en los dedos y calor en el aliento cuando habló. "¿Qué tipo de planes?"

"Planes," ella se encogió de hombros de nuevo y juntó las manos entrelazando los dedos y apretando como tratando de ahogar el aire de alguna garganta invisible. "Yo estaré aquí, sobre todo. Tienen mapas, mapas de campaña y yo tengo que revisarlos. Tengo que aprender la escala de los campos de batalla y asesorar a los oficiales sobre las condiciones en el terreno. Ellos no saben, no salen a la nieve y al barro. Se quedan aquí con sus papeles." Ella se volvió para mirarlo de nuevo. "Y yo tendré que quedarme aquí con ellos."

Él miró fijamente sus palabras, tratando de encontrar el horror que ella veía en ellas. "Eso va a estar bien, ¿no? Es un trabajo honesto, útil. Y solo te quedan tres meses."

Ella dio una súbita carcajada y los sollozos latentes de su llanto burbujearon. Pasándose una mano por la nariz con descuido, dijo: "Tres meses de palabras y papeles, y hombres que saben más sobre palabras que sobre guerras. Tres meses como uno de ellos: como los que dices que tienen la culpa de la lucha, los que se enriquecen mientras envían pobres a defender su oro."

Él le pasó un brazo por los hombros y ella se apoyó en su pecho y susurró: "No creo que pueda perdonarte por esto."

5. Mapas

Los días a solas en las salas de cartas eran soportables. Era raro que alguien interrumpiera sus estudios, y Freya encontraba las imágenes infinitamente fascinantes. Conocía algunos lugares mejor que otros; algunos sitios de batalla eran más notables o más recientes, y los recuerdos siempre volvían como una inundación.

Sangre y muerte. Y éxtasis.

Vida; y sangre empantanadas con luz y calor. Cuando el corazón te empujaba tan fuerte que se hinchaba y se volvía enorme e irrompible, no había nada que uno no pudiera hacer, ver o creer. Un brazo de espada era fuego líquido; las piernas, bandas de hierro; los hombros eran alas y los pulmones estallaban con la necesidad de reír y gritar. En la batalla fulgurabas desde dentro. En el fragor de una lucha eras un dios.

Ella miró el mapa y encendió la llama para iluminar la fría penumbra de piedra. No había vida aquí.

El gran tapiz de la cámara de Paske era un compuesto y no uno que ella pudiera estudiar a menudo. Sección por sección, cuadrado por cuadrado, este se había producido y reproducido, y ella trabajaba en la plantilla para cada área separada. Tenía una pequeña clave con la que trabajar, solo un puñado de semejanzas y con estas, sus palabras. La mayoría de ellas ya había aprendido a reconocerlas.

Cuando encontraba que faltaba un hito, sabía marcarlo con cuidado. Pero cuando recordaba un hecho importante que necesitaba una anotación, o cuando las diminutas imágenes que transcribía necesitaban palabras de explicación, tenía que llevarlo por el pasillo hasta donde una camarilla de oficiales se apiñaba bajo una luz parpadeante, rascando pergaminos. La arrogancia de un oficial debía ser soportada; la presunción en estas luciérnagas era irritante.

Ante ella ahora, los enormes acantilados de Rodo Vendre se mostraban pálidos y anchos sobre el fondo verde y Freya se mordió

el labio moviendo el dedo en lentos círculos sobre un área de una hora de marcha hacia el sur. Varias temporadas atrás, su grupo de exploradores había quedado inmovilizado frente el abrigo de un denso montículo forestal, emboscado desde la cubierta de árboles y atrapado cuando su intento de retirada los llevó a un profundo valle pantanoso. Fue la muerte para los hombres a caballo. Marismas heladas y sedimentadas llenas de borde a borde de verde césped, pero negro ácido por debajo. Aunque un soldado se salvara de ahogarse, el agua oscura le envenenaba los pulmones, y en el aire de la montaña, empaparse y no tener fuego era igual de mortal.

Ese día habían perdido a tres de sus ocho hombres. Urte, montada y con herida de flechas, había llegado al pantano a todo galope. Se había desvanecido bajo el manto en una explosión de patadas y chillidos. Otra, que no tenía un nombre que Freya pudiera recordar, se había caído mientras la compañía se detenía, se desplegaba y daba media vuelta en una agachada carrera para protegerse de los árboles. De vuelta hacia el enemigo.

Freya sonrió, ya no veía el gráfico en sus dedos. Ella era ligera, rápida y segura. Con Dragan unos pasos atrás, se había deslizado entre los cuerpos de los sabinos que seguían el rastro dentro de la sombra del bosque, ajena a los rasguños y arañazos. Una parte de su mente contó vuelos desde arriba, anotó orígenes, evaluó su oposición. Otra parte se avanzó furtiva recogiendo sombra de una sombra más profunda, un refugio del peligro, en el camino hacia el nido enemigo. Sin pensarlo, se quitó el carcaj y el arco ligero del hombro; entre espinas y ramas era sólo un estorbo, y sacó la hoja corta que llevaba a la espalda. Estaba en su mano, donde pertenecía, mientras ella cazaba.

Los caballos atados en el camino por delante la obligaron a moverse desde el flanco. El campamento de los arqueros estaba bien escondido, pero protegido por un afloramiento de roca solo desde el frente. Ella se puso a correr antes de que los aterrorizados caballos pudieran hacer sonar la alarma, salió de las sombras, saltó sobre un banco de helechos y gritó cuando la luz dorada de su espada brilló en rojo.

Escuchó sin ver el chirrido y el choque de espadas detrás de su cabeza, se agachó y giró. Abriendo el espacio para el alcance y

rango de Dragan, ella se dio la vuelta detrás de él mientras él se abría paso entre la confusión de los defensores. Otros se estaban uniendo a ellos, saltando al medio de la refriega desde todos los puntos.

Si el enemigo hubiera sido más inteligente o mayor, si hubiera tenido más experiencia, es posible que hubiera tenido vigías en posición sobre el campamento, listos para moverse como apoyo bajo ataque. Pero estos hombres eran jóvenes; sus tajos, defensivos y frenéticos; sus vidas, perdidas desde el principio.

Así habían caído, todos ellos, muertos. Y todo ello en el tiempo que habría requerido levantar los brazos y gritar gracias por la victoria y las maldiciones de los dioses en un despejado cielo de montaña.

Freya acaricó gentilmente la pintura. El pantano debería estar anotado, podría costarle a los hombres sus vidas. Lentamente, trazó el bajo perfil del mapa, colores cuidadosamente aplicados que formaban capas de revisión.

Ella podía hacerlo, por supuesto que podía. ¿Qué eran ellos si no gusanos?

Ellos Aazaron la vista como uno cuando ella se plantó a su puerta, siete caras de pálida masa que reflejaban la luz de la lámpara, ojos oscuros, agujeros miopes. Algunos volvieron al rascado, otros sonrieron. Kulle, el menos ofensivo de ellos, movió silenciosamente su documento a un lado para dejar paso al mapa que necesitaba anotaciones. "Toma," dijo Freya en voz baja. "Estas colinas se muestran correctamente, pero debe tenerse en cuenta lo densamente boscosas que están. Están justo delante del frente; deben ser vigiladas. Esta área es un barranco pantanoso, lo bastante profundo como para ahogar caballos." Movié el dedo sobre el mapa, pero captó suspicaces miradas de los hombres que la rodeaban.

Se encontró con una cara sonriente mientras esta postuló: "¿Ahí donde escondiste los cuerpos de tu familia?"

Una pequeña risita se extendió por la habitación y un segundo oficial, más valiente, bromeó: "No, ahí es donde ella nos hizo ganar la guerra. Y con una sola mano. Allí ahogó a todo un batallón, ¿no

es así, Oernen?"

Oernen era el nombre que Dragan le había puesto al saber que ella no tenía apellido. Y más, él le había enseñado a firmarlo con una mano amplia y suelta. El águila, gran depredadora de las alturas, como ella, y este insecto no tenía espacio para la palabra en esa lengua.

En el banco frente a él, una pequeña hoja afilada para recortar los estiletes brillaba a la quebrada luz. En un momento ella podía hacer que al oficial se le cayera la lengua en la mano, donde él podría aprender a sujetarla mejor. Pero el derramamiento de sangre aquí costaría demasiado; podría costar más de lo que ella podía imaginar. Antes de que ella pudiera retroceder, él agregó: "Venga, cuéntenos historias de tus glorias. ¿A quién mataste allí, a un monstruo? ¿A un demonio? ¿A un millar?"

Freya se acercó y él no tuvo el buen sentido de retroceder. "No," sonrió ella cerca. "Fueron niños. Solo niños." Si ella le hubiera cortado una astilla de la mejilla o le hubiera cortado la articulación de un dedo, la expresión de su rostro no podría haber sido más satisfactoria. Extendiendo su fajo de pergaminos sobre el escritorio, ella levantó el tintero y vació lenta y cuidadosamente el lavado marrón rojizo sobre todas sus preciosas palabras.

Paske estaba sentado detrás de su escritorio, dándose golpecitos en la mano con el bastón. Tap, tap, tap, en una irritante imitación de una perdedor de tiempo mientras Freya miraba los tapices más allá de él. Ella dejó vagar sus pensamientos a lo largo de la curva que marcaba el trayecto hacia la ciudad de Koldem. Ella tenía tiempo que perder. Aún le quedaban cincuenta y cinco días.

Ahora podía ver errores en la semejanza. En realidad, la ciudad que recordaba no estaba tan ordenada y los símbolos del palacio y el templo se mostraban erróneamente juntos junto a la muralla norte. Sacudió la cabeza, el más mínimo movimiento, reconociendo lo poco que importaba que las partes occidentales del mapa estuvieran equivocadas.

El día que las tropas necesitaran información precisa sobre el diseño de sus ciudades, la línea del frente se habría movido a través de las fronteras montañosas, extendido por la ciudadela y su hermana en el extremo norte, pasado por los grandes bosques de las llanuras centrales y todas las amplias extensiones de tierras de cultivo. De hecho, si la guerra se hubiera trasladado a las puertas de las ciudades, no quedaría nada del imperio que salvar excepto el palacio.

Tap, tap, tap.

Freya observó el reflejo deslizarse arriba y abajo a lo largo del bastón mientras este subía y bajaba. La madera estaba pálida, su veta abierta. Madera blanda. Una sonrisa se dibujó en el labio, lo mordió y enderezó los hombros. Era apropiado, pensó ella, que se pareciera tanto a su polla. Y él realmente lo amaba, nunca lo soltaba de la mano.

Al menos no era una porra y él no era un guardia. Cuando tenía cuatro años, se había escondido durante semanas con el hueso del brazo roto por el %%kosh%# del guardia. Acurrucada en las sombras, había esperado en silencio, con moretones a un lado de la cabeza, un ojo cerrado y un labio partido. Los pequeños siempre eran los más fáciles de atrapar, e incluso los más rápidos como ella podían ser derribados y abrochados antes de que pudieran volver a ponerse de pie. Mierda callejera; mejor apalizarla hasta la muerte.

Tap, tap, tap.

"Nada te complace, ¿verdad?"

Ella cerró los ojos, escuchó su propia respiración, escuchó el pulso y luego volvió a abrirlos. "Señor." No había vida aquí.

"Te dejé esconderte en la seguridad de mis paredes. Incluso te mantuve alejada de las burlas de los hombres." Hizo una pausa, tal vez para aceptar gratitud, tal vez para escuchar ecos muriendo en los fríos y duros rincones. "No creo que haya muchos entre los otros rangos que sepan que estás escondida aquí."

No. Los otros rangos estaban lejos de la seguridad de la piedra al

otro lado de las montañas. A estas alturas estarían completamente comprometidos en el frente, dando sus vidas por la gloria y la prosperidad del imperio. "No, señor."

"Y, sin embargo, me haces perder el tiempo. Pierdes el tiempo de todos. Tomará un mes transcribir los documentos que has destruido. ¿Debo agregar un mes a su contrato militar?"

Las palabras la alcanzaron como un golpe y ella luchó por mantener un rostro tranquilo. El miedo le ardió en el pecho y se le erizó la piel del cuello y las mejillas. Si él hubiera pensado por un momento que la había asustado, habría obtenido una victoria mayor que la suma de todos los esfuerzos del imperio. "No, señor."

"No." Él se levantó y rodeó el escritorio como un depredador. Los latidos en Freya se lanzaron al galope. La pisada del oficial caía lenta, pesada, y a Freya se le puso la piel de gallina por todo el brazo, el costado y la nuca. Podía sentirlo detrás de ella con tanta seguridad como si él fuese una llama desnuda.

"No," repitió él de cerca detrás de ella. "Dime, ¿para qué te estás reservandp?" Él le rozó el cabello con las yemas de los dedos, el toque fue tan ligero que ella no estaba segura de haberlo sentido de verdad o solo imaginaba más que esa respiración en su hombro.

Ella enderezó lentamente la espalda, los duros músculos de la parte superior de sus brazos se tensaron y alzaron los puños. Sobre el escritorio, frente a ella, había un cuchillo adornado, muy parecido al del secretario, pero hecho de plata y con mango de hueso en relieve. Estaba al alcance de la mano y ella se giró levemente, acercando su hombro izquierdo al oficial y su mano derecha un poco más cerca del cuchillo.

"¿Señor?" siseó ella dejando que su tono hablara advertencias que su rango prohibía.

"Cuando te liberen, ¿qué? Estarás a salvo, vida salvada." Él se movió de nuevo hacia su derecha, labios y palabras calientes le rozaron el oído. "Pero ¿de qué posible uso podrías ser?"

Paske dio un brusco paso atrás cuando el codo izquierdo de Freya

golpeó el aire donde había estado antes el oficial. El bastón se estrelló con fuerza contra su hombro herido y el cuchillo, que ella ya sostenía, se le resbaló de los entumecidos dedos.

Freya gritó de dolor y furia cuando él bajó de nuevo el largo de su bastón, obligandola a doblar las piernas. El oficial le clavó la rodilla en los riñones lo bastante fuerte como para sacar otro gruñido de dolor. Se inclinó sobre ella para sonreír y susurró: "Nada te complace. Necesitas aprender algunos modales. Llevas viviendo ahí fuera como un animal demasiado tiempo."

Él se alejó con largas zancadas de regreso a su silla, y Freya se dobló para agarrarse la herida que le rugía como fuego en el pecho. Su brazo derecho estaba entumecido, los dedos de su mano derecha ardían con alfileres y agujas. Utilizando el borde de su escritorio, se empujó hacia atrás para ponerse de pie, montada en oleadas de dolor y mareos que amenazaban con dejarla caer en la oscuridad.

"A partir de mañana, tienes nuevas funciones." Sonrió, fresco, como si no hubieran tenido más que un tête-à-tête matutino. "Fregarás el suelo del comedor, de punta a punta, entre cada servicio de comida. A partir de mañana, por supuesto, llegará nuestra nueva incorporación. Entonces tendrás más que suficiente para mantenerte ocupada, ¿no es así? Oh, pero espera. Tengo una cosa más para ti. Una sorpresa."

Mientras ella se estabilizaba en el borde del escritorio, él hojeó una pila de documentos.

"Toma." Le entregó un cuadrado de pergamino pulcramente inscrito con pequeñas palabras intrincadamente entrelazadas, pintadas en oro. A ella le temblaba la mano y no fingió estar estudiando la escritura. "Es cierto, qué insensible de mi parte; no sabes leerlo, ¿verdad? Es una invitación. Para nuestra gran heroína de guerra. Hay invitados que salen de Talsiga para ver la nueva incorporación y quieren ver a la leyenda. Esa eres tú." Él no pudo contener su alegría por más tiempo y dio una carcajada, recostándose en su asiento y cruzando los tobillos encima del escritorio mientras sus ojos brillaban con alegría. "Asegúrate de llevar algo elegante, ¿quieres?"

6. Volando

Dragan trabajaba en los campos desde el amanecer hasta el anochecer. Cuando se iba el sol, se sentaba junto a su mesa para arreglar arneses a la luz de una lámpara y afilar las hojas de las tijeras y las guadañas. Dormía porque su cuerpo no podía hacer otra cosa y se despertaba cuando cantaban los gallos. Salía al amanecer para traer heno fresco para las vacas y ovejas, y sacar del calor de la casa al pasto a los primeros corderos.

Cuando la fatiga o la frustración le ralentizaban los pasos, se daba la vuelta para poder ver en todas direcciones e imaginar la escena a través de los ojos de Freya. Este era su «rocoso montón de mierda de granja», y eso era realmente lo que era. Pero era suyo y estaba a salvo, y en muy pocas semanas también sería de ella. En muy poco tiempo, tenía que adaptarlo para que ella lo viera.

Los lobos y los zorros habían diezmado sus ovejas y gallinas, sus corrales y pastos se habían arruinado desde la última vez que él había estado en casa. Por todas partes, los setos de peñasco seco se desmoronaban, pero a cada pasada el arado sacaba piedra nueva a la superficie de los campos, por lo que no había fin para el amurallado. Y nada hacía sudar o endurecer los músculos como cargar piedras.

Se pasó la túnica arrugada por la cara y la usó para secarse el sudor por la mitad del pecho desnudo mientras veía a Lenka cruzar el campo alto hacia él. El sol estaba en lo alto y ella le traía carne y sidra para la cena. A buena hora ambos. Él subió andando un poco de cuesta y se volvió para sentarse en la espesa hierba primaveral.

"Nos has sido de ayuda, Lenka," dijo mientras ella se arrodillaba y dejaba plana la tela.

Ella asintió una vez y esbozó una tímida y rápida sonrisa. Una densa hogaza de pan de centeno, un queso blando y una porción de anguila ahumada se posaban en el bloque de corte. Junto a ellos estaban los cazos vidriados que ella había ensartado: uno rebosante de sidra y el otro mitad lleno de un bocado de caldo de res.

Mientras él comía echando algunos trozos de pan de centeno en la sopa para mojar y untando queso y rebanadas de anguila en otros, ella se sentaba sobre los talones lejos del banquete. Quedamente, deslizó las esquinas de su chal de debajo del cinturón y se levantó la tela oscura de los hombros. También el pañuelo rojo atado sobre el cabello, lo soltó y lo dejó a un lado.

La atención de Dragan estaba en la comida y sus pensamientos se adelantaban, como siempre, sobre el trabajo que quedaba por hacer, pero él giró cuando ese cabello estalló en un fuego plateado bajo el sol de la mañana. La mirada se bloqueó en esa longitud enrollada en una suelta trenza platino que caía hacia adelante sobre aquel hombro. La larga y cremosa línea del cuello de Lenka terminaba abruptamente donde su apretado corpiño de encaje le presionaba los pechos hacia arriba, al encuentro de un labio inferior fruncido. Suaves lomas de pálida carne que se hinchaban y decaían a cada respiración.

Con cierta dificultad, él cambió la vista hacia aquel rostro. Ella tenía los ojos bajados, pero sus mejillas se ruborizaron ligeramente. Lenka levantó la barbilla hacia un lado, estirando el cuello y acercándose casi imperceptiblemente, de modo que la luz del sol se deslizara sobre los contornos de su escote. Una sonrisa tocó de nuevo esos labios carnosos y esa respiración se acertó.

Dragan se llevó la vasija de sidra a la boca y dijo: "¿Está bien mi madre hoy?" Miró hacia el arroyo de abajo, pero hacia Lenka de nuevo cuando ella suspiró.

"Mejor." Enderezó aun más los hombros, arqueó un poco la espalda, levantó la trenza despacio y la dejó caer hacia atrás. Llevó los dedos vacíos a una posición con las puntas siguiendo el escote hasta donde estaban atadas las cintas brillantes que le ataban el corpiño. Despacio, giró un dedo y los cordones en lentos círculos, sus ojos ahora en los de él, sus labios formando un suave puchero.

Aun cuando él reconocía la danza, permitió que su mirada vagara por toda la suave extensión de aquel torso, esos hombros, cuello y pechos. Toda la razón le decía que debía apartar la mirada, como había hecho con cada visita sucesiva de sus vecinas y sus hijas. Ahora era más difícil oír la voz de la razón cuando el sol levantaba

el perfume de esa piel y las asustadizas brisas lo deslizaban hacia él sobre los restos de una buena comida.

Una quemadura ardiente le rodó por el vientre y el pulso se aceleró.

No sería difícil aceptar esta silenciosa oferta. Más aún, sería una bendición sostener su suavidad y enterrarse en la dulce calidez y el consuelo que ella ofrecía. Pero las razones que hacían de esta mujer un premio por encima de todas aquellas que habían desfilado ante él en las últimas semanas, eran las razones que mejor argumentaban la necesidad de rehusar.

No había hombres aquí.

Las granjas habían perdido durante demasiados años los mejores y los más fuertes a causa de la guerra. Durante demasiadas generaciones.

Las hijas crecían para trabajar como hombres en los campos y huertos de los pobres. Trabajaban como esclavas, como él, acarreando piedras y arrastrando troncos por el suelo con cadenas. Se quemaban bajo el sol estival y se congelaban en los campos invernales, azuzando caballos y bueyes por las líneas rectas del arado.

Cocinaban, limpiaban y atendían los hogares. Cortaban las gavillas y las echaban sobre los carros; tapaban el heno y transportaban paja para las camas. Regateaban los precios de sus cereales en el mercado y compraban y vendían lana. Luego, por la noche, hilaban y tejían telas, cosían y remendaban, y preservaban sus frutos para que no se pudrieran.

Pero al final, seguía habiendo muy pocos hombres.

Para ganar esposos y padres para los hijos tenían poco a lo que encomendarse. Cada una era una entre tantas. Las granjas de los alrededores eran pobres e incluso menos en hijas. Y así, las mujeres luchaban por conservar aquello que las hacían más deseables.

Lenka contenía en abundancia todo lo que la hacía la primera entre las muchas.

Los huertos de su padre crecían en una tierra fértil que retribuía el desposorio de su hija por múltiplo. Él vendía manzanas, peras y ciruelas, y elaboraba una masiva bodega de sidra, brandy, vinos y licores que rodaban hacia el oeste para satisfacer en las ciudades una interminable sed. Pagaba a los trabajadores cada estación, por lo que las manos de su única hija permanecían suaves, piel pálida y blanda, sin marcas del sol.

La riqueza del hombre se mostraba mejor en la completa figura de la hija. Ella era alta y fuerte, con amplios pechos, y anchas y curvadas caderas, un rostro de redondas mejillas agradable a la vista, labios carnosos y ojos que chispeaban en azul.

Ella era hermosa. Cálida y suave. Dulce. Complaciente.

Dragan miró atrás hacia al arroyo y bañó el dolor en la garganta con un gran trago de sidra. Y atribuyó a Lenka su virtud, intacta porque era demasiado valiosa en estos tiempos como para desperdiciarla. De lo más valiosa.

Debajo de él, el murete de piedra en el que había estado trabajando hacía retroceder la luz del sol. Había mucho que hacer y muy poco tiempo. En demasiado poco tiempo, Freya volvería a casa. "Gracias," dijo Dragan, y dejó que ella recogiera la comida.

Una ventolera corría por la cara oscura de la ciudadela. Bajaba rodando de las montañas, atravesaba la laguna y ascendía serpenteando por los balcones que aullaban como mil bocas abiertas. Freya se inclinó sobre la balaustrada para contar las boquiabiertas terrazas debajo de la suya.

Cuatro, la suya era la quinta. Había más tramos de escaleras que subir, pero el vestíbulo y el patio de armas estaban más bajos. La ciudadela estaba construida dentro de la caída del pie de las colinas. Su pared y balcón, como tantos otros, se abrían directamente sobre el agua. Ella se inclinó hacia fuera, engancho los pies en la piedra tallada, con las caderas descansando en la barandilla superior, y abrió los brazos al viento.

Era como volar. El viento le azotaba el cabello y le picaba la cara y los ojos con su gélido aliento. Si tuviera alas, sería un águila. Saldría volando sobre los campos de batalla, su vista sería igual que la de un creador de mapas..

Pero no tenía alas.

Tenía las manos ásperas, la piel de las articulaciones de sus dedos estaba agrietada e irritada por la lejía. Le dolía la espalda. Tenía las rodillas magulladas de estar arrodilladas en el suelo de piedra del comedor, y los hombros.... Se presionó la cicatriz con la mano izquierda y movió el brazo alrededor de la articulación. Cada día su libertad de movimiento era menor, la rigidez aumentaba. Limpiar la mampostería implicaba apoyarse con una mano y fregar con la otra. No importaba de qué manera lo hiciera ni con qué frecuencia cambiara de mano, el peso y la acción estaban desgarrando toda curación que hubiera podido tener. Si seguía así muchos días más, no podría continuar.

Le quedaban cuarenta y tres días.

Dio media vuelta y se reclinó en la barandilla, imaginando las terrazas arriba y a los lados: mil, mil agujeros oscuros en la piedra. Cuando miró hacia la penumbra de su habitación desnuda, pensó de nuevo en Dragan.

Eso era algo que trataba de evitar. Él no estaba aquí, lo cual no era inusual; cada final de temporada él volvía a su granja. Pero cuando el cuerpo le dolía más allá de lo soportable, cuando los jóvenes que no podían ni imaginar a qué se enfrentaban, hacían bromas a sus expensas o daban patadas a los restos de comida hacia ella, cuando ella grababa una marca en la piedra de su muro para contar los días o cuando consideraba durante la noche la ordalía que iba a enfrentar al día siguiente entre las personas que había despreciado desde su nacimiento, él era lo único en lo que podía pensar.

Si no fuera por él, ella no estaría aquí.

El viento le aspiraba y le empujaba el pelo por debajo de la túnica, inflando y agitándolo contra su cuerpo. En un momento de inspiración, ella se puso en cuclillas. Sus botas pronto fueron

desatadas, los pantalones fueron bajados bruscamente y apartados a un lado de una patada. Cuando levantó un pie descalzo hacia la barandilla, el viento le aulló su aliento y ella se subió con un impulso, casi desequilibrándose, y quedó de pie con los brazos extendidos hacia el espacio a barlovento.

Riendo, llenándose de brillante dicha desde los dedos de los pies hasta las orejas, tomó la ondeante túnica y la levantó por encima de la cabeza. Su sangre se había convertido en azogue corriendo a través de ella, doliendo en los pezones, endurecidos y codiciosos por la fría succión del viento. Desnuda, riendo a carcajadas, riendo a pleno pulmón en el vacío de iluminación lunar, dio un paso fuera de la piedra y voló.

Dio un puñetazo hacia arriba con ambos puños y vitoreó de alegría, mirando hacia abajo justo cuando sus tacones chocaron con el agua. Esa fue más fuerte y profunda de lo que había imaginado al entrar en cada espacio desnudo y expulsarle el aire de los pulmones. Cuando dejó bajar disparada y el surrealista remolino de burbujas comenzó a tener sentido, pataleó y se elevó hacia la fría y clara superficie.

Cuando emergió a la libertad, abrió la boca para inhalar grandes bocanadas de aire y volverlas a expulsar tosiendo. Estaba viva y cada nervio estaba cantando. Aún riendo, se alzó para yacer sobre la espalda y pataleó despacio hacia la orilla abierta más cercana.

"¡Tú, jodida idiota! ¿Qué dem...? Ey, ¿estás bien?"

Freya giró, sorprendida por la voz tan cercana en la oscuridad. Alguien estaba chapoteando, apresurándose hacia ella. Ella estaba cerca de la orilla y él la había alcanzado en unas pocas zancadas, agarrándola por los brazos y poniéndola de pie.

La luna iluminaba el terror en ese rostro, el horror absoluto por lo que había visto, o pensaba que había visto, y ella empezó a reír a carcajadas de nuevo.

"¿Estás loca? ¿Qué...?" Él la estaba arrastrando sobre los duros agregados de guijarros que sujetaban en su lugar las grandes peñas de la laguna y la base de la ciudadela, girando mientras lo hacía

para mirar atrás y arriba hacia la cara de piedra, sacudiendo la cabeza con asombro o conmoción.

"Estoy bien, estoy bien." Ella detuvo el apresurado avance, apoyó las rodillas y lo hizo pararse. "¿Quién eres tú?" preguntó ella sin rodeos, luego, "No, no me lo digas. ¿Qué hacías aquí fuera?"

"Gritaste," chilló él exasperado, con el rostro cerca de ella. "Yo no estaba aquí fuera, estaba allí dentro." Señaló por la oscuridad hacia un balcón del piso inferior, y la sala más allá estaba tenuemente iluminada desde dentro. Planta baja; al fondo del orden jerárquico, nuevecito y sin probar.

"¿Acabas de llegar aquí? ¿Parte de la nueva incorporación?" Freya estaba empezando a temblar. La euforia, la conmoción y el aire frío de la noche se hacían sentir sobre su piel desnuda.

Eél entonces notó su piel también y dio un paso atrás, asintiendo, para que la luna no se viera obstaculizada por las sombras. "Será mejor que entres, te vas a congelar."

"Sí," coincidió ella. Estirándose sobre las puntas de los pies, ella le besó con fuerza, deslizando las manos hacia abajo para tirar de sus caderas contra las de ella. "Fóllame," dijo ella mordiéndose el labio.

Él se quedó helado, con los ojos muy abiertos.

"Ya me has oído," sonrió. "Caliéntame toda." Deslizó las manos sobre la áspera gamuza nueva y por las nalgas y, mientras hablaba, caminaba obligándolo a retroceder hacia el balcón que él había abandonado. "Tengo frío hasta los huesos."

De un modo u otro, eso era bastante cierto y no había forma de saber si el hombre entre sus manos sería capaz de alcanzar la parte de ella que estaba más fría. Pero valía la pena intentarlo.

7. Sangre

Sangre de oveja corría tan libremente como la de un hombre. Al mirar dentro del gran ojo amarillo, Dragan creyó que hombre y bestia miraban la misma visión separada. Parpadeó lentamente, pero aún así, la bestia colgaba de las patas traseras y observaba cómo Lenka movía el balde que atrapaba el flujo de drenaje. Aunque él nunca la había visto estremecerse cuando una espada o flecha rompía la piel de un hombre, Freya había llorado más de una vez por la vida de una boba criatura asesinada.

Los caballos eran, con mucho, sus seres más queridos, pero él sabía que a ella le gustaban los perros y las cabras que se dejaban correr sueltos en un campo de batalla o se abandonaban después del evento. Una vez ella había cargado con un cachorro herido durante leguas. Había compartido la poca comida que tenía y también habría compartido la de Dragan si él hubiera accedido. Sonrió al recordarlo. Eso era una necesidad de amar y cuidar, decidió; la necesidad de bebés que sentía toda mujer.

"Más que suficiente para morcillas, con la lengua y grasa del lomo." Lenka movió con seguridad el balde lleno hacia un lado, reemplazándolo con un cuenco más pequeño mientras Dragan se volvía y despellejaba el cuerpo. Con los brazos en jarras, ella observaba y esperaba mientras él abría la tripa y dejaba caer las entrañas. "Mitad para pa," le recordó ella buscando primero el hígado entre la masa caída. Nada se desperdiciaría; los intestinos y el sebo para salchichas; el estómago, corazón, pulmones y mollejas para *hoggva*; el hígado y los riñones para la cena de esta noche. Lenka se ocupó en dividir uniformemente el tesoro en sus bandejas.

La sangre le pringaba la piel blanca de los brazos y una mancha le cruzaba la mejilla.

Esto era ilógico. Se necesitaba comida y mataban a una bestia, pero la matanza y la carnicería le resultaban difíciles, mucho más duro de lo que deberían. Para quienes trabajaban la tierra como él, la carne era fácil de conseguir y era raro irse a dormir con el estómago

vacío. Había personas en todo el imperio que tenían poco para comer y cualquier tipo de carne era un lujo que rara vez se veía.

Pero era sangre. Siempre había habido tanta y, ahora, aquí en el apacible verde de la granja, un dique de sangre parecía romperse en su mente: años de vida fluyendo a través de los campos verdes y congelándose en los desfiladeros rocosos. Él había visto demasiada sangre. Este silencioso flujo era solo el último de un lavado escarlata que nunca tenía fin.

El ojo de su mente le mostró el rostro de un hombre, entumecido por el horror, con sudor escarchado, apoyado en una piedra y sujetándose las propias entrañas. Entre la cota de malla empapada de sangre y los calzones manchados de orina, una cascada de sangre le bañaba en pulsos las manos y el estómago, tan fresca y roja como una amapola de montaña. El hombre estaba mirando hacia algo, algo que solo él podía ver, sus resuellos eran afilados y agitados.

Dragan recordaba ese rostro, las profundas arrugas en las esquinas de los ojos donde él se había reído de su llamada durante demasiadas temporadas. Nunca llegó a saber su nombre ni de dónde venía en la tierra verde. Nunca llegó a conocer su pasado ni ninguna de sus esperanzas. Sabía que era bueno en lo que había hecho; el cabello en sus sienes se estaba volviendo blanco, por lo que había sobrevivido más temporadas que el mismo Dragan.

Pero recordaba a ese hombre. Recordaba su muerte con tanta claridad como si estuviera colgado ante ellos de las vigas del féretro. Era la primera vez que había empezado a preguntarse por qué mataban a estos hombres que intentaban con todas sus fuerzas matarlos a ellos.

Tenía que pensar en otras cosas. Como siempre, pensó en Freya.

Dragan trabajaba, dormía y comía más de lo que había comido en años. Comida suficiente para llenar el vacío, suficiente para dormir con el estómago lleno todas las noches. Mientras trabajaba y el orden comenzaba a emerger del caos que había heredado, los días se calentaban y alargaban y parecían prolongar el tiempo hasta la liberación de Freya. Dragan marcaba los días.

Cada mañana le traía una inquieta energía que lo sacaba de la cama. Siempre había mucho que hacer. Pero todos los días esa inquietud lo acosaba con visiones de su impaciencia. Ella estaba atrapada en un mundo que odiaba, descontando los largos días como él, pero sola y muy lejos. El pensamiento lo dejaba helado. Todos los días temía que la impulsividad de su compañera la alejara de la seguridad que él deseaba para ella.

Lenka se echó el pelo hacia atrás con un antebrazo ensangrentado, llamando su atención. Él le dijo: "Mi madre está mucho mejor ahora. Tú deberías atender tus propias necesidades e ir a casa de tu padre."

Ella no alzó la mirada, pero detuvo su selección de tripas. "Ella me necesitará aquí por un tiempo aún."

"Creo que ella confía en que estés aquí. Está mal porque sabe que te quedas. Si tiene que levantarse y seguir con su vida, se pondrá mejor."

"No. No me importa ayudar." Movi6 un l6bulo de h6gado, enderez6ndolo cuidadosamente en la bandeja. "La muerte de tu padre fue muy dura para ella."

"Pero esta no es tu casa. Yo estoy aqu6 ahora y puedo cuidar de ella."

"Shhht." Ella dio una carcajada, como si la idea fuese rid6cula, "Me gusta tener un hombre a quien cuidar."

"Ya te lo dije. Pronto traer6 una esposa a casa."

La sonrisa desapareci6 de sus labios y volvi6 a su trabajo, quitando el contenido de los intestinos en silencio.

Era tentador dejar que el silencio creciera. Una vez hab6a intentado discutir con su madre sobre Freya, pero ella hab6a rehusado escucharlo, rehusado responder. A ella le gustaba la idea de Lenka como su novia. Puede que ella haya tenido esa esperanza desde hac6a a6os, y no quisiera descartarla f6cilmente.

Dragan hab6a tenido su propia esperanza el mismo tiempo.

Recordar el rostro de Freya era tan fácil como cerrar los ojos y dejar que su luz le llenara la mente. Siempre sonriendo, a través de la nieve y el hielo o veranos abrasadores sobre montañas demasiado cerca del sol.

El amanecer siempre era inquieto. Las tardes estaban llenas de fatiga, ya fuese por caminar, por luchar o de aburrimiento por la falta de ambos. Pero el amanecer siempre era inquieto.

El sol le traía, todas las mañanas, una tensa sensación de urgencia que le quemaba el estómago. Había incertidumbre sobre lo que traería el día y, con esta, la necesidad de levantarse de un salto de la cama y comenzar. Y siempre había frustración por la bola que yacía acurrucada en su capa. Encima de rocas o entre matas de hierba, a Freya nunca parecía importarle dónde dormía, siempre que pudiera seguir durmiendo.

El cielo era de plata y halos de vapor saltaban de sus labios con cada respiración. Un gran y pesado silencio pesaba sobre todo alrededor de ambas, solo interrumpido por esos ronquidos. Él le dio un codazo de nuevo, "Freya, despierta. Hora de moverse."

En el fuego, él se ocupó en encender una llama sin demasiado humo. Alrededor del campamento, otros se agitaban en su sueño. Dieciséis hombres, la mayoría él los conocía desde hacía una temporada o más; algunos eran tan nuevos que el cuero chirriaba cuando se movían.

Una flecha golpeó una piedra y resbaló junto a sus pies, la primera en una lluvia de flechas, y en todo el campamento se elevaron las llamadas. La mayoría eran alarmas, algunas eran gritos de dolor. Él corrió hacia su escudo y espada, agachado bajo una densa mochila de suministros. Antes de que hubiera despejado la mitad de la distancia, su compañera estaba a su lado con el escudo levantado y sus cinturones de espada arrastrados entre ellos. Juntos se refugiaron en las rocas y los arbustos llenos de escarcha.

"Estas despierta." Dragan miró a través de la penumbra hacia los montones de rocas más arriba de la pendiente. Esos estaban a

cubierto, no eran muchos, pero ahí era donde se escondían los arqueros.

"Empezaste sin mí." Ella estaba sonriendo.

"Cuatro o cinco," supuso él en voz alta, pero Freya no prestaba atención a los arqueros ni a su lugar.

Su atención estaba dividida entre la penumbra de la pendiente cuesta abajo donde probablemente surgiría la próxima amenaza y entre un trío de sus propios hombres, desarmados y acurrucados en un grupo de aulagas espinosas. Dragan se puso de pie, haciendo girar su pesado pavés en el aire como un monumental disco para que patinara sobre la grava a sus pies. Él aceptó el escudo más ligero cuando ella se lo entregó y, sosteniéndolo por encima de sus cabezas, la cubrió mientras ella corría hacia un escondite de armas y se las arrojaba rápidamente a los soldados atrapados.

Mientras estos tomaban las armas, protegidos de las flechas de arriba por los pesados tablones reforzados en cuero del escudo de Dragan, se enfrentaron a una avalancha de infantería. Los atacantes salían disparados de la cubierta de los árboles y pululaban sobre el campamento como un torrente de hormigas hambrientas de sangre. A su lado, Freya apretaba con los dientes el rechoncho mango de una daga, vigilaba el cese de la lluvia mortal que venía de arriba y se ponía en marcha con la espada desenvainada y lista.

No había ni tiempo ni necesidad de hablar. Dondequiera que él movía su hábil acero a través de una masa de sudor y músculos, ella estaba a su lado o detrás de él. Rápida; una mancha de piel pálida y cuero. Solo les llevó un momento reducir el número de soldados de infantería antes de que los arqueros de arriba pudieran agruparse en el campo en apoyo, y Dragan atacó salvajemente para herir, mutilar y ralentizar. La muerte podría dejarse en manos de su compañera.

Era en esos primeros momentos cuando se ganaba o se perdía una lucha. A pesar de toda la fuerza o habilidad, ninguna batalla podría durar más allá de la resistencia de hombres fríos y expuestos, desnutridos y lastrados por la única protección que podían llevar. Y en esos momentos brotaba sangre. Se esparcía en salvajes chorros por el campo; enlodaba el suelo arenoso y hacía resbaladizas las

rocas bajo los pies.

Donde la escarcha se alejaba acobardada del sol naciente, el calor de la vida fluía por los tobillos y botas. Cálido, espeso y salado, le salpicaba la boca abierta mientras él jadeaba por respirar o aspiraba entre dientes apretados ante cada mordisco del acero. Y el sudor le corría por la piel en un vano intento corporal de refrescarse y lavar manchas sangrientas.

Cuando los arqueros bajaron para recibirlos, aún estaban superados en número, pero cerrando la brecha. En su sabiduría, los poderes entrenaban a los jóvenes primero como arqueros; eso les daba una temporada o dos de sobrevivir. Los mantenía alejados del combate cuerpo a cuerpo mientras aprendían el rostro de la guerra. Y cuando entraban corriendo, enviaban tiernos muchachos a un osario.

Ellos eran hojas frescas y afiladas como navajas; eran juego limpio.

Los músculos de la espalda y los hombros le ardían, pero la euforia en Dragan fortificaba la sangre caliente; sus oídos captaban cada golpe y molienda. La luz de la mañana se ampliaba y brillaba, con un nítido y claro movimiento; en tajos limpios y huesos astillados; en rostros conocidos y enemigos desconocidos.

Y cuando el movimiento frenético finalmente se detenía, cuando no había nadie más que blandiera espadas o hachas, el aire se precipitaba hacia su pecho como un enorme fuelle sibilante y él lanzaba una evaluación sobre el campo.

Habían sobrevivido.

Freya estaba doblada, piernas rectas pero suspendida cabeza abajo, jadeando por aire. Las manos en sus muslos temblaban como si estuviera presa de una fiebre y tosía y escupía.

"¿Estás bien?"

"Tengo que mear."

Él sonrió y asintió, "Por supuesto."

La escena era espantosa y la sonrisa se endureció por un momento

antes de que temblara y cayera de las mejillas. Otros cuatro seguían en pie. Dos de los suyos yacían heridos.

Todos los demás cuerpos que yacían en el barro estaban muertos. Aunque continuaran respirando, eran hombres muertos. Nunca había tiempo para tomar prisioneros. Perder los pies aquí era morir, tarde o temprano. Freya se enderezó, arqueó la espalda e hizo las mismas observaciones que él. Se pasó una mano por la cara, aspiró hondo el hedor y se puso en acción.

En algún lugar del caos estaban las dos pequeñas espadas que ella siempre llevaba. Ella las usaba juntas en una acción rápida, sus bordes, afilados como cuchillas, se cruzaban justo debajo de la barbilla y la luz en los ojos de un hombre se atenuaba y se apagaba. Ella era rápida, incluso gentil. Y ella siempre hablaba con el hombre a sus pies. Dragan nunca le había preguntado qué les decía.

"¿De vuelta a la base?" preguntó él.

Ella asintió. Otros dos asintieron. Estaba decidido. Llevarían a sus heridos de vuelta al campamento que habían dejado dos noches atrás.

8. Intenciones

Antorchas iluminaban el patio de armas, ardiendo en verdes y azules por alguna extraña alquimia, revelando el grueso de jóvenes soldados que pasaban en fila. Línea tras línea se movían abajo, rígidos de orgullo e impulsados por el ritmo de los tambores. Un borrón de rostros, mayormente masculinos, apareció al unísono mientras pasaban, su ansiedad por esta formalidad única en la vida era evidente en sus pasos bruscos.

Un pequeño cuerpo de mujeres marchaba en un lado, sus rostros brillaban menos con asombro y más con nativa desconfianza. Se veían más duras de lo que Freya recordaba haber sido, como si ya hubieran visto todo el infierno necesario. Ella las evaluó desde la parte trasera de la tarima, en un grupo ubicado detrás de los ordadores. Eran hermosas. Fuertes y capaces, lo mejor del imperio: la esperanza y el futuro.

En los nichos formados bajo los arqueados contrafuertes de la ciudadela, los músicos ahogaban todo pensamiento con altísimos acordes y tambores resonantes. Amplios estandartes de bordes dorados, uno para cada una de las siete familias nobles, caían a lo largo de almenas tan altas que se difuminaban en las sombras del cielo nocturno. Todo junto, el sonido y la luz y las filas de jóvenes, quietos al fin y listos a la orden para dar un único grito de puño cerrado, trazaban una imagen de un imperio que nunca podría fallar mientras quedara sangre que derramar en su nombre. La ovación clamó y los brazos alzados cayeron a los lados, y un silencio tan puro como el patriotismo llenó los terrenos de muro a muro distante.

"Maravilloso." La dignataria visitante, una mujer alta que arrastraba capas de vaporosa tela, levantó una hermosa mano y saludó en la dirección del campo. Estaba sin aliento y no dijo nada más, pero el Comandante, a quien Freya no recordaba haber visto nunca en persona, subió al podio para pronunciar su discurso. Su volumen imitaba la pasión de sus tropas, su puño bombeó el aire con violenta puntuación, su dedo marcaba puntos de acusación, listo

para avergonzar y condenar todo pensamiento de disensión o cobardía. No necesitó hablar mucho tiempo; forzó la voz hasta quedar ronca, pero su mensaje era sabido por todos los hijos del imperio. Expresó con palabras toda la ira que conocían y la convirtió en un grito de gloria. Aquello fue suficiente para los reclutas, quienes levantaron otra ovación aún mayor.

Cuando por fin su grupo salió del balcón y entró en el salón por orden de importancia, Freya esperó, sonriendo. Eso era teatro y ella se sentía optimista; mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Le llegó su turno, pasó junto a los oficiales con su reluciente bronce y cuero brillante, asintiendo y temblorosa de manos mientras los soldados abajo y detrás de ellos llenaban el enorme y resonante salón. El Comandante estaba en posición junto a su esbelta visitante, y tomó la mano de Freya para posicionarla en su lugar mientras la presentaba. "Esta es la guerrera de la que hablamos, Grevinde. Lamentablemente, ha elegido retirarse del campo."

"Ah," la mujer estaba impresionada, pero hablaba con su acompañante, no con Freya. "Ya veo. Pero ¿todas las mujeres aquí están vestidas como hombres? ¿No debería ella llevar un vestido, algo de corsetería, una toga al menos?"

"Todos son hombres aquí, señora. Hombre o mujer, su papel es el mismo. Todos los soldados son hombres. Katarin, Grevinde de la provincia de Ludz-Obila, aquí está Freya Oernen, con nosotros esta noche a salvo y cálida, y no en el frente luchando por nuestro imperio."

Freya tomó la delgada mano entre las suyas, inclinándose levemente mientras decía: "Aquí, de hecho, señora; escondidos aquí, donde se esconden todos los oficiales." Ella sonrió ampliamente y dio un paso atrás, abriendo su mano libre para extender su insulto a todos los hombres que estaban en la fila. Grevinde, insegura de si era una tosca forma de humor militar o un gran insulto a sus anfitriones, sonrió tentativamente y asintió.

El Comandante no estaba seguro, y los hombres que estaban cerca tampoco estaban seguros. Gélidas miradas se volvieron hacia ella

desde ambos lados y la conversación a lo largo de la línea se calmó de pronto. Detrás de ellos, el salón se estaba llenando y la emoción de Freya crecía a medida que aumentaba el número.

Cada nuevo espectador subía las apuestas. Su superior se había quedado blanco y perdido toda expresión, con ojos estaban agudamente enfocados y fríos, pero la urgencia de reír ante la furia le latía en el pecho. Le hervía ya la sangre, se despertaron sus sentidos, su deseo de batalla era furioso.

"No estoy aquí por elección, señora," dijo Freya, demasiado alto para la estridente acústica de la habitación. Se abrió la túnica hasta el cuello y se apartó las correas de la coraza, y dejó al descubierto la salvaje cicatriz púrpura y plateada que le rasgaba el hombro. Giró la cabeza y estiró el cuello para exponer la mayor cantidad de carne desgarrada que pudo a la mayor cantidad de espectadores posible. "Si pudiera tomar una espada ahora mismo, lo haría." Su sonrisa ardió más intensamente ante la idea: "Pero estos son nuestros superiores, señora, como usted sabe; más numerosos y gradiosos que nosotros que vamos a luchar y a morir por nuestra tierra natal. Divinamente decretado. Ellos son los que saben."

"Más numerosos y gradiosos, de hecho." Por detrás, Paske le tiró de la tela de la túnica y la colocó bruscamente en su lugar, riendo para interrumpir el estado de ánimo mientras se inclinaba sobre ella en una sutil advertencia y la volvía hacia las tablas. "Pero todos tenemos nuestro lugar en la defensa de nuestro imperio, señora." Dejando un brazo alrededor de ella en un gesto de camaradería, apresuró a Freya hasta la fila.

"Estás aquí como una invitada de honor, Oernen. ¿Vas a dejar que tu sangre te traicione? Es solo sangre, no puede hablar por sí misma. Si pudiera..." En primera fila, él giró bruscamente a la derecha, impulsándolos a ambos desde el salón escaleras abajo y hacia el aire helado de la noche. Aún sosteniéndola demasiado fuerte, empujó hasta que la grava crujió bajo sus botas mientras cruzaban el patio de armas.

"Recuerda que no estás aquí por orden alguna, salvo por tu propia solicitud de ser relevada del frente." Él detuvo de repente su precipitada carrera mientras se movían hacia las sombras. "Eres una

vergüenza aquí, para nosotros y para ti misma No estarías en exhibición esta noche si la misma Grevinde no hubiera preguntado sobre... "

"Yo no hice ninguna solicitud para estar aquí. Recuerda que solicité la baja."

"No tienes derecho a la baja," espetó él. "No tienes derecho a nada; ni siquiera puedes justificar el gasto de tu comida aquí. Lo poco que contribuías a nuestros cartógrafos lo negaste con tu acto de vandalismo. No hay lugar bueno para ti."

"Podría enseñar." La lógica de Dragan aún la defendía mientras la vergüenza y la rabia le colmaban el pecho de ardor y hacían que sus palabras fueran demasiado vanas para desafiarlo. Si bien ella odiaba eso, si bien ese era el mismo argumento que la había dejado atrapada en el frío poder pétreo de la ciudadela, seguía siendo la única defensa que ella podía blandir. Toda su vida ella no había sido nada, nadie, inútil. Aquí ella se había convertido en algo grandioso y sus habilidades tenían valor, ella lo sabía.

"No, no puedes, estás rota. ¿Les vas a enseñar a los jóvenes lo que no deben hacer? ¿Enseñarles cómo caer bajo una espada enemiga? Sería mejor para todos que nuestros jóvenes no te vieran nunca. Si fueras la heroína que fingimos que eres, no estarías aquí, estarías ahí fuera."

Lágrimas de vergüenza estaban emergiendo y ella las odió también. Movié la mano hasta el hombro, no para recordar su herida, sino para sentir instintivamente una espada que no estaba allí. Tenía la garganta seca y hueca; la única respuesta que ella quería dar era con acero. Incluso un cuchillito habría abierto en canal al oficial bastante bien.

"¿Qué hay de todos los años en los que luché?" croó ella. "He dedicado mi vida a la defensa de este imperio."

"Y fuiste alimentada y vestida y mantenida por tus molestias. Cuando necesitaste atención, los médicos te curaron. Ahora eludes tu sencillo deber con la esperanza de que el oro alivie la pobreza de tu despreciable vejez. ¿Y para qué? Para escabullirte en el lodo que

te engendr3, para rebelarte y para fornicar y para engendrar m3s de tu despreciable cala3a. Eres inmundicia nacida de la inmundicia. Que sigas respirando siquiera ya es un crimen."

A pesar de la seguridad en s3 mismo, 3l fue m3s lento de lo que deb3a. El pu3o que subi3 para golpearle bajo la mand3bula lleg3 con fuerza, le ech3 la cabeza hacia atr3s y lo oblig3 a retroceder. Antes de que el oficial se hubiera recuperado lo suficiente para defenderse, un empuj3n en el pecho blindado lo hizo retroceder de nuevo. Pero el segundo pu3etazo fue demasiado lento y 3l gir3 la cara a tiempo para que el golpe le pasara rozando hueso.

Siguiendo el impulso de Freya, 3l le atrap3 el pu3o y se lo gir3 en la espalda. "Incluso los j3venes," 3l tir3 del pu3o m3s alto, "que deber3an alabar tus glorias, se r3en de ti." El oficial escupi3 a un lado y se pas3 una mano por la boca.

"Se r3en de un pe3n que friega el suelo. Ellos no saben qui3n soy, qui3n era."

"Lo que fuiste."

"Aunque lo sabr3n ahora, ¿verdad?"

Cambiando el peso, 3l la empuj3 con fuerza contra el muro de piedra. "Si bien no puedes apreciar el honor de haber sido criada entre nosotros, entonces al menos no nos avergonzar3s m3s." Con 3l demasiado cerca, ese aliento caliente le baj3 a Freya por la mejilla y por el cuello y hombro. Los 3ngulos agudos de cuero segmentado en esa cadera y muslo se le clavaban en la espalda y la 3spera piedra le arañaba la mejilla.

Con un brazo bloqueado detr3s de ella y el otro inmovilizado por encima de la cabeza, ella trat3 de girar la cara lo suficiente para verlo con claridad. En las sombras, esas pupilas eran anchas y oscuras, las fosas nasales dilatadas por una mueca de asco. Pero hab3a otra amenaza temblando en esa mejilla que rozaba la de ella. El calor de un horno llegaba desde ese cuerpo y se extend3a por la espalda donde 3l la empujaba con su peso. Un gru3ido vibr3 desde su garganta, 3spero por la emoci3n reprimida. "Deber3a quitarte tu miserable vida yo mismo."

"Dame una espada y te dejaré intentarlo." A Freya le ardía el brazo, y los ojos también.

"Te he superado una vez antes de esta noche. Dos veces con esta." La mantuvo allí durante largo rato, respirando laboriosamente, estudiándola, cerca. Detrás de los ojos, esa mente corría, pero tal distracción no afectaba a la fuerza de su agarre. Ella se quedó quieta, rehusándole la satisfacción de una lucha.

Él dio un paso atrás, lo justo para que Freya tomara aliento, y dijo: "Sí, te daré una espada. Te sacaré por esas puertas mañana al amanecer y me aseguraré de que no regresas."

Los cuencos estaban llenos de hígado, cebollas y puré de nabos, más de lo que cualquier hombre podía comer de una sentada, y sin embargo, ella se lo puso delante. Dragan comió, y mientras comía, bebió la sidra dulce y los vinos fortificados que había trocado con el padre de Lenka por carne fresca y despojos.

Cuando el plato quedó vacío, ella se acercó para volver a llenarlo. Se sentó, como era su costumbre, un poco detrás de él, cerca del fuego, pero mientras él comía, rara vez se sentaba. La mesa era del dominio de un hombre. Y su taza nunca estaba vacía.

Había sido un buen día. Los muretes de piedra estaban terminados, el cordero descuartizado y Lenka había avivado para todo el día el fuego del ahumadero alrededor de las piedras, así que él regresó a la humeante comodidad de un sauna y un baño. Ahora, con la comida y el vino, estaba más relajado de lo que había estado en meses. Quizá años.

Tenía la intención de lidiar con la presencia de Lenka esta noche. Tenía la intención de sacar a su madre de la cama y confrontarlas a ambas con su decisión. Pero sus buenas intenciones se habían esfumado con el vapor. Se habían desvanecido cuando el cálido resplandor de la sidra aflojó la tensión de sus hombros y llevó las preocupaciones que le retorcían las entrañas a una tenue distancia.

Mientras orinaba un torrente por la ladera y observaba el vapor

elevándose hacia la oscuridad, lo decidió: mañana sería bastante pronto para afrontarlo todo de nuevo. Lino limpio cubría la paja de su colchón y las pieles se amontonaban con un calor suave que lo arrastraba a los sueños casi en cuanto se acostaba sobre ellas. Había sido un buen día.

Mientras la anciana empapaba costras de pan en la espesa salsa, Lenka estaba sentada mirando. Retorcía nerviosa las manos en el regazo y con demasiada frecuencia alisaba la áspera lana de las faldas por los muslos mientras esperaba.

"No te desanimes ahora, chica." Goda tomó la taza de sidra con manos débiles por la edad y dedos gruesos y retorcidos. "No hay más en esto de lo que es natural. Has visto a los toros, a los jabalíes y a los carneros. Es primavera y toda la vida llama a la vida. No te desanimes."

"No." Lenka no quería desanimarse. Sus respiraciones eran breves, luchando contra los latidos de un corazón con jadeos superficiales que le secaba la boca. Ella también tomó un sorbo de vino.

"No llevas anillo en la mano, pero eso no importa. Eso vendrá."

"Sí." Ella había oído todo eso antes. Las mujeres perseguían un anillo en el dedo, pero los toros eran guiados por un anillo en la nariz y, para los hombres, el anillo era.... Le falló la respiración de nuevo y sintió mareos en la cabeza.

"Bebe esto. Venga, hija; no vas a hacerte más joven. Sé que no tienes mejor curso planeado y ningún otro a quien atarte."

Eso era cierto y, a la luz del día, ella sabía que era un buen plan. Era correcto. Ella tendría lo que más deseaba: el hijo que había deseado desde que era pequeña. Si Dragan estaba un poco más borracho, o un poco menos dispuesto de lo que ella había esperado, eso no era nada que el tiempo y la atención no pudieran corregir. No estaba más borracho que su padre cuando trepaba a rastras sobre su madre por la noche.

Goda buscó a tientas la tela de su delantal, luego levantó las manos y dio unas palmaditas sobre la mesa. "Recoge un poco de grasa de

cordero si lo necesitas," dijo la anciana, luego se puso de pie, manteniéndose erguida sobre la mesa mientras cojeaba despacio hacia Lenka. "Frota un poco aquí," los doblados e hinchados dedos acariciaron el regazo de Lenka, pero su significado estaba bastante claro. "Eso lo hará todo un poco más fácil para ti."

"Sí."

"Hay que ayudar a la naturaleza a veces. Quieres estar embarazada y pronto." Tocó la mejilla de Lenka y le besó gentilmente la coronilla mientras renqueaba hacia su propio jergón. "Pero recuerda, no debes dormir."

"Madre," Lenka le tomó la mano, "¿Y si no me acepta? ¿Y si me despide como él dice? ¿Qué va a...?"

"Chitón, chica. O te pondrás toda tensa. Mientras este techo esté sobre mi cabeza, él no te despedirá. Ahora, recoge estas sobras antes de ir con él. Que no se entere que ya me he levantado. Ya habrá tiempo suficiente para eso una vez que estéis atados."

"Sí." No había nada que decir a eso. Así sería su vida y había vidas peores. Mientras Goda se acostaba en las sombras, se tapaba la cara con las mantas y se giraba hacia la pared, Lenka se puso de pie y comenzó a recoger las pruebas de la comida.

Detrás de ella, Dragan roncaba suavemente e ignorante del aire fresco de la noche sobre los hombros desnudos. Ella quedó de pie con la taza temblando entre los dedos y le observó respirar profunda y regularmente. Había poco que la retuviera, todos sus quehaceres habían terminado antes del anochecer, pues sus miedos habían llevado a las manos a trabajar más rápido.

Se frotó los nudillos de la mano y el dorso de los dedos donde ninguna alianza de hierro marcaba derecho a la protección. Si su padre estaba enfurecido, su enfado pronto quedaría resuelto. Él había sido quien la había enviado aquí al saber que Dragan regresaba de la guerra. Dragan trabajaba duro y su padre era mayor. Cuando muriera, cuidaría de su huerto, salvaría su riqueza y marcaría su lugar en la orilla del río para las generaciones venideras, eso era lo que más le importaba.

No había nadie en este mundo de guerra y dificultades que no entendiera las acciones de Lenka. Nadie la condenaría, no si se ponían en su lugar. Levantó la taza de sidra y bebió un profundo trago, cerró los ojos y trató de calmar la respiración.

Ella sería feliz. Él era lo único que ella necesitaba, sabía que eso era cierto. Estos últimos meses, mientras ella se había preocupado por las necesidades de Dragan y se ocupado de la casa, habían sido tiempos felices. Le gustaba estar con él y, cuando lo observaba trabajar, le miraba el firme músculo del pecho y la tensa línea del vientre, y se le calentaba la sangre.

Como se le calentaba ahora, de pie junto a la lámpara mirándolo dormir.

9. Promesas

Lenka recogió la lámpara de la mesa y la llevó hasta donde él yacía.

Ella vio que la luz perseguía sombras proyectadas por esa piel bronceada hasta un marrón dorado bajo el calor del sol primaveral. El cabello era espeso, extendido sobre la ropa de cama limpia que ella había puesto, rubio como el sol con oscuros tirabuzones castaños que se le enroscaban en rizos detrás de las orejas. Requería todo su coraje extender la mano hacia este, pero ella deslizó los dedos entre la masa sedosa, peinándola gentilmente desde la sien.

El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Le batía en la base del cuello dificultándole respirar, dificultándole tragar, dificultándole pensar. El temblor en las manos ondulaba desde la punta de los dedos hasta los codos y hasta temblar en la mandíbula. Le castañeteaban los dientes como si estuviera desnuda en la nieve, pero no había frío en esa piel. Quemaba.

También le ardían los labios y ella deslizó la punta de la lengua entre estos, humedeciéndolos, deseando tomar otro sorbo de sidra. La lámpara traqueteaba en la mano, y la llama destellaba y fulguraba enviándole al través una onda de culpa y vergüenza. Se inclinó rápidamente para colocarla en el suelo.

Ella se había movido muy cerca. El cálido olor de esa piel se elevaba hasta ella y Lenka se mordió el labio inferior mientras acercaba el rostro. Conteniendo la respiración, sintiendo que su pecho se contraía de puro terror, se inclinó y presionó suavemente con los labios la tensa piel de su costado.

Él se estremeció ante el tacto y ella saltó hacia atrás, con lágrimas en los ojos. Ojalá él se despertara y extendiera los brazos hacia ella. Ojalá él la abrazara entre sus brazos, sonriera y le pidiera que se allegara a él.

Eso llegaría, se prometió a sí misma. Ese día llegaría. Por ahora, era suficiente que ella hiciera este movimiento para ambos, sabiendo

que él la seguiría una vez que ella le tendiera el camino a seguir.

Con tristeza, se inclinó hacia la lámpara y apagó la llama. La noche se oscureció dejando sólo el tenue resplandor de las brasas del hogar. Mientras las lágrimas rodaban por las mejillas, quedó agradecida por la oscuridad. Esta ayudaría a ocultar su vergüenza; la vergüenza de este descarado acto y la vergüenza de cuánto sufría ella por ello.

Ojalá él se despertara.

Se desató el ancho cinturón de la cintura, se soltó el chal y se aflojó las pesadas faldas. Dobló el chal sobre los brazos y lo dejó sobre la mesa. Sus enaguas estaban recogidas a lo largo de un cordón y ella deslizó el lazo fácilmente, permitiendo que la lana gruesa se deslizara a lo largo de sus piernas, sobre el suave lino de su falda.

Dejando escapar en un suspiro largo y lento la respiración contenida, comenzó a desatarse el corpiño. Todos los días de su vida se había vestido y desvestido, pero esta noche sus dedos jugueteaban con las cintas, apretándolas en resbaladizos nudos que se enganchaban y volvían a resbalar, hasta que el firme agarre de su corpiño se soltó con repentina facilidad y liberó los pesados pechos.

Debajo del holgado deslizamiento, le dolieron los pezones y ella pasó por estos una ruda mano, gimiendo ante su ternura y la aguda punzada de placer que surgía del tacto. Sin la comodidad de su ropa, el aire fresco de la noche le tocaba la piel y la estremecía. Con cuidado, levantó las pieles que cubrían las caderas de Dragan y las colocó alrededor de sus propios brazos. De nuevo él se agitó, levantando el hombro, y ella empujó con tanto cuidado como pudo, animándolo a rodar sobre la espalda.

Él tenía el torso descubierto, oscuro junto a la sábana, y ella deslizó las yemas de los dedos por el músculo plano. Con respiración demasiado corta, cabeza liviana y jadeando, extendió los dedos sobre la seda de esa piel, rozando la apretada y arrugada cuenta de ese pezón. ¿Cuántas veces, a la luz del día, había deseado ella tener el valor para estirar la mano y tocarlo? Ahora, aquí yacía, inconsciente, y su coraje apenas era suficiente para sostenerla.

Había dos lazos, uno en cada cadera que mantenían cerrada la parte delantera de los pantalones. Tiró de cada uno suavemente hasta que se soltaron.

Las temblorosas piernas se doblaron, dejándola caer bruscamente al suelo y ella se acurrucó allí de rodillas, con la frente apoyada en el jergón junto a él mientras sollozaba en silencio, atrapada entre el terror y el creciente deseo. Agarrando las pieles con fuerza y echándose las sobre los hombros, cerró los ojos y se acercó.

Nunca había visto dormido a un toro ni a un carnero. Lágrimas resbalaron por la piel de él cuando ella presionó con el rostro el calor de aquel vientre. Ella movió los labios. El calor crecía en su carne y el olor de un hombre se le hinchaba dentro de la cabeza, en el pecho y debajo de la piel. Este la recorría como un millón de dedos invisibles, seduciendo nervios que clamaban por ese tacto.

Como Goda había prometido, el cuerpo de él no necesitaba dirección. Junto a la mejilla de Lenka, la polla cobró vida. Gimiendo suavemente, ella movió temblorosos dedos hasta acariciar su longitud y la sintió firme bajo el tacto.

Ojalá él se despertara.

Resoplando densas lágrimas, sobre débiles rodillas, se subió la faldilla hasta la cintura, levantó la pierna por encima de él para arrodillarse sobre la cama y colocar las caderas sobre las suyas. Si ella se echaba atrás ahora, le fallarían la fuerza y la resolución. Con una mano sujetándose la boca, ella hizo todo lo posible por guiarlo y dejar que el peso bajara lentamente el cuerpo sobre del de él.

Por un momento, Lenka quedó paralizada por una incómoda vulnerabilidad. Entonces lágrimas y risas, conmoción y ardiente placer brotaron juntos desde sus labios en un ahogado grito mientras él la llenaba. Alivio y terror ardieron en la sangre y ella se levantó para posarse de nuevo mientras los ritmos de la naturaleza anulaban lentamente su miedo.

Desde alguna lejana fantasía, Dragan respondía, enderezaba la espalda, murmurando mientras deslizaba las manos por sus muslos. Agarrándola por las caderas, él se movía al mismo tiempo con la

cabeza hacia atrás, consciente del placer y sin pedir nada más a sus sueños.

En la oscuridad debajo de ella, ese cuello estaba expuesto y ella se inclinó para besarlo allí, queriendo sentir la sangre caliente pulsando bajo esa piel. El calor crecía profundamente dentro de ella mientras Lenka obraba contra él y cada movimiento avivaba la llama como un fuelle. El instinto estaba impulsándole las caderas con más fuerza y mayor rapidez, y él gemía haciendo una mueca y abrazándola con más fuerza mientras una capa de sudor brotaba sobre ese torso.

Ella lo agarró por las muñecas y le llevó las manos para cubrirle los senos y el tacto envió una sacudida de caderas a través de ella. Necesitaba sentir esa boca sobre la suya incluso mientras jadeaba por aire que no podía encontrar. Una vez más, los músculos de su estómago se sacudieron y, con ello, un rayo de brillante luz estalló profundamente en su interior. Sus ojos se agrandaron y se cerraron mientras ella se desplomaba sobre él y la fuerza se desvanecía en un suspiro.

Ella yacía hacia adelante en el oscuro silencio, jadeando, escuchando los latidos de ese corazón y deseando no tener que moverse. Goda le había advertido de que no se durmiera. Debía marcharse, le habían dicho; volver a él mañana, y otra vez después, tan a menudo como fuese posible. Lo único que Goda esperaba era un hijo y la semilla no siempre se aceptaba.

Mejor estar segura antes de arriesgarse a su ira. Pero el temblor en la carne de Lenka ahora era de alegría y alivio, no de miedo. Cerró los ojos un momento, con la mejilla presionando aquel pecho. Solo un momento.

Dragan despertó en la oscuridad con una suave y cálida presión sobre él y el dulce aroma a sidra subiendo de un cabello. En ese raro y cómodo silencio, su primer instinto fue acercarla más y dejarse llevar por aquel calor unos momentos más. Pero el canto del gallo lo agitó de nuevo y una repentina comprensión lo despertó rápidamente.

No necesitó un segundo instante para saber quién estaba a su lado, incluso antes de que sus movimientos la despertaran. Lenka se apartó como si temiera que él pudiera golpearla. Se deslizó fuera de la cama, aún vestida con su ligera ropa interior y con los brazos cruzados sobre el pecho como si la ropa de cama y las sombras no fueran suficientes para ocultar su forma. Él no podía distinguir los detalles de su rostro, pero no quería mirarla de todos modos.

Su mente iba al galope, dando vueltas a través de una serie de pensamientos a medio formar que cada uno traía consigo una confusión de emociones. Primero ira, y con esta la vergüenza y la sensación de haber sido comprometido. Estaba sorprendido por la imprudencia de Lenka y, al mismo tiempo, consternado por lo calculadas que debieron de haber sido sus acciones.

En la oscuridad junto a la chimenea, ella sollozaba en voz baja, moviendo nerviosamente los pies en la fresca paja. "Por favor, no me eches, Dragan. No puedes enviarme de vuelta con mi padre. Ahora no."

"Puedo," dijo con más fuerza de la que pretendía. "¿Qué has hecho? ¿Por qué?" Él sabía por qué, o al menos reconocía las presiones que la habían impulsado hacia él. Su padre, supuso, no se preocuparía. No hasta que la enviaran de regreso.

"¿No te he sido de ayuda aquí? ¿No lo has dicho tú mismo? Puedo quedarme ahora. Puedo cuidar de tu casa y cuidar de tu madre. Trabajaré. Puedo trabajar a tu lado, ¿sabes? No me importa."

Esa desesperación suavizó algo en el estómago de Dragan que había estado tenso, pero solo fortaleció su irritación. "No, no puedes. Ya te lo he dicho, y muchas veces, voy a volver a la ciudadela para buscar a la mujer que quiero como esposa."

"No hay necesidad," suplicó ella. "Yo puedo ser una esposa para ti, y una ayudante. Y criaré bebés sanos también, lo prometo."

Él retiró las pieles que se le habían enredado en los tobillos y se sentó erguido, atándose con enojo los cordones de los pantalones. No parecía tener sentido esta discusión. Mientras tanto salía el sol y él tenía tareas que necesitaban su atención. La frustración le gemía

en el pecho, Dragan quiso chillarle para que Lenka silenciara sus lamentables súplicas.

"Espera," suplicó ella. "Voy a encender el fuego." Ya estaba reuniendo leña sobre las brasas y abanicando, de rodillas y soplando en la llama para animarla a arder. "Calentaré un poco de cerveza. Tengo pan de ayer y un caldo para mojar." Ella se puso en pie demasiado rápido, acercó un taburete para él y dio unas palmaditas en la mesa. En la luz naciente, ella temblaba como una aparición formada de puro terror.

"No, no, esto no es tan simple. No puedes quedarte aquí ahora y tú ya debes saber eso. ¿Por qué quieres hacerte esto a ti misma?" Él se puso en pie con la intención de caminar hacia la puerta y salir, pero sus pies lo allegaron donde ella estaba.

"Es primavera, y pronto estaré redonda con tu hijo, Dragan. No irás a despedir a tu hijo." Ella se acercó y le tomó de las muñecas. "Yo puedo ser todo lo que vas a necesitar, lo prometo. Te lo prometo. No te rechazaré nunca. No te faltará de nada. Y mi padre es rico, Dragan. Sus huertos serían tuyos. Podrías pagar a los trabajadores contratados, tal como lo hace él, y podrías sentarte en las colinas como siempre haces. Y podrías viajar a las ciudades, a los mercados, y vestir lino fino cosido. Yo te lo coseré. Sé hacer finos bordados."

"Lenka, escucha. No te quiero a ti como esposa. Harás muy feliz a alguien, estoy seguro, pero no será a mí."

"¿A quién? ¿Quién va a ser mi esposo? ¿Dónde voy a buscar tal criatura, te lo has preguntado?" Se secó las lágrimas con rabia: "No hay esposos. Pero si los hubiera, si hubiera una cola de hombres que vinieran a ver a mi padre a pedirle mi mano, yo los rechazaría a todos."

"Pues entonces serías más tonta de lo que pensaba. Yo no soy el hombre para ti, tengo mis propios planes." Empezó a darse la vuelta, la molestia le afilaba la lengua.

Pero ella no tenía la intención de soltarle, "No soy tonta y nunca he sido tonta. Si te parezco tonta es solo porque esperé año tras año. Cuando aún rehusabas verme, yo nos moví a ambos hacia lo mejor

de esto, eso es todo. Tengo razón, la tengo, y si lo piensas un poco, también tú lo verás."

Ella se había estado engañado a sí misma, eso era evidente, pero él nunca la había notado esperando. Era cierto, si él pensaba en ello, ella estaba aquí a menudo cuando él regresaba a casa para trabajar. Ella era la íntima compañera de su madre, pero él nunca había considerado que tales atenciones estuvieran dirigidas a él.

"Por favor, mírame ahora. Nótame aquí. No he querido a nadie más que a ti desde que era una niña. Mientras estabas en la guerra, te cosía y remendaba la ropa y preparaba todas las cosas que una novia iba a necesitar para el día de su unión. Incluso tejí esta tela," atrajo la atención de Dragan hacia el jergón y la fina sábana de suave lino en la que él había dormido, "y cosí vestiditos para mis bebés. Nunca pensé en hacer estas cosas para ningún otro hombre. Y ahora ya no soy joven y quiero tener esos bebés, tus bebés. Siempre te he amado. ¿Nunca me viste? ¿Nunca?"

"No. Nunca." Su respuesta fue contundente, pero cierta, y él esperaba que también fuera el final de la conversación. Tenía la boca más seca que la teta de una bruja y él empujó a Lenka a un lado para tomar la jarra de cerveza sobre la mesa.

La cara de Lenka se transformó en un mosaico de dolor. Cada línea de sus arrugadas facciones era la marca de un profundo pesar. Él no le había deseado tal dolor, pero se terminó la cerveza de un trago y se volvió de nuevo hacia la puerta y a su trabajo.

"Pues mírame ahora." Desesperada, tiró torpemente del escote de su ropa interior, bajándolo por los brazos. La forma en que estaba de pie, con los codos demasiado apretados en los costados mientras la camisola se deslizaba hasta el suelo, decía que estaba mortificada por su desnudez, aquí, a la luz del fuego de la mañana. Pero ella dio un paso adelante de nuevo, presionándole el torso con la carne desnuda y estirándose para llevarle los labios hacia su cuello. Ella le aferró los brazos con dedos en garras y trató de acercarlo más.

Dragan le liberó las manos y la obligó a retroceder. "No voy a cambiar de opinión. No te quiero como esposa. Y ahora," se volvió para salir por la puerta, "vístete y sal de aquí."

10. Lágrimas

Goda la dejó llorar durante mucho tiempo. Cuando por fin Lenka levantó la cara de la cama, el sol brillaba en la habitación; destellaba en su piel blanca como iluminada desde dentro y la vergüenza en Lenka se convirtió en una furiosa oleada de calor al recordar su desnudez. Mirando a su alrededor con ojos hinchados, localizó los montones de ropa desechada y se abalanzó sobre cada prenda, vistiéndose tan rápido como pudo.

La anciana estaba sentada en la cama, esperando pacientemente. "¿Mejor?" le preguntó. "¿Has terminado ya con tus lloriqueos?"

"Sí," mintió Lenka. Nuevos sollozos la colmaron de nuevo. Hicieron que se sintiera inundada y embotada, y el corazón tan pesado como una piedra. Una vida de sueños se había hecho pedazos en su interior y la pena era más de lo que ella podía soportar.

"No te despertaste y te fuiste como te dije. Habría sido mejor si hubieras hecho lo que planeé. Pero ahora lo sabe. Aunque se habría enterado tarde o temprano. Eso ya está hecho. Ahora tienes que decidir qué vas a hacer a continuación."

¿Hacer? No había nada que hacer. Él la había rechazado sabiendo cuánto lo amaba, la había enviado de vuelta a casa de su padre. Él quería otra mujer por esposa.

"Tráeme mi cerveza de la mañana y cócíname un poco de sopa de sangre. Ya ha pasado la mitad del día."

"Sí, madre." El fuego había vuelto a apagarse y ella tardó un poco en subir el calor. Ahora, estas pequeñas tareas ya no serían suyas y la idea casi le trajo nuevas lágrimas.

"¿Y bien? ¿Qué le vas a decir cuando vuelva del campo? O mejor, llévale la comida como si nada hubiera cambiado y guarda silencio. Deja que supere su propia indignación."

"Me ha dicho que me vaya. Tengo que volver a casa con mi padre,

como me temía."

"Tonterías, muchacha. Ya te he dicho que no te va a enviar a ninguna parte mientras yo viva bajo este techo. Deja que haga sus planes con otras esposas. Él solo es un hombre y solo hay una abeja reina en esta colmena, y esa soy yo. No voy a aceptar como hija a ese erizo, a esa guerrera callejera." Goda escupió en el suelo y tomó la jarra de cerveza de la mano de Lenka. "¿Cómo ha podido él pensar que voy a recibir en mi casa tal poso de la ciudad? ¡Y en la cama de mi hijo! ¿Cree que voy a criar inmundicias como nietos? Pues eso no va a ocurrir. Ahora, tráeme la sopa y ayúdame a vestirme mientras planeamos lo que vas a hacer a continuación."

Dragan entró andando en la casa con ojos fríos y acerados mientras consideraba a su madre, sentada en su silla de alto respaldo junto al fuego, con su mejor vestido de mercado y un chal brillante.

"¿Por qué no me sorprende?" preguntó él, pero no esperó una respuesta. "Idea tuya, ¿verdad? ¿Cuántos años llevas soñando con tener a Lenka como hija?"

"Tantos como quieras, quizá más. Eso no debería sorprenderte. Soy tu madre y siempre he querido lo mejor para ti."

"¿Y fingiste enfermedad y miseria para que ella se quedara en mi casa?"

"En mi casa, y sí. No del todo fingido, pero no he estado tan mal como pensabas. Cada día extraño más a tu padre. Lo amé durante cuarenta años como a mi propia carne, y aquí estaría conmigo aún si hubieras vuelto a casa cuando debías."

"¿Ese es tu argumento? ¿Que es culpa mía que muriera mi padre y que por eso tienes que elegir tú a mi esposa? Eso no voy a permitirlo, madre."

"Lo permitirás porque no tienes otra opción. Esa babosa de cloaca con la que sueñas no va a pisar esta casa, no vivirá aquí bajo mi techo. Tu padre murió por su culpa. No regresaste meses antes por

su culpa. Te deprimes y te pierdas en las colinas año tras año por su culpa, cuando deberías haber estado formando una familia y criando a mis nietos." Se puso en pie despacio usando la mano de Lenka como apoyo. En su encorvada vejez no se alzaba ni hasta la mitad del torso de Dragan y, sin embargo, usaba su estatura para dominar a su hijo como si fuera un niño pequeño.

"El tonto aquí eres tú, muchacho. ¿Cuánto tiempo llevas creyendo que tu guerra iba a terminar y que me ibas a traer a casa a esa basura? ¿Cuánto tiempo? De verdad, quiero que me lo digas porque quiero que pienses bien cuánto tiempo llevas amando sin que ella te ame."

Los ojos de Dragan se enfriaron y su boca formó una línea dura y tensa sobre los dientes. Lenka le temió entonces como no le había temido antes. El destello de ira en sus rasgos le decía cuán hondo le había herido ese juicio. Sin atreverse a mirar, Lenka levantó la cara solo lo justo para verle la boca mientras él respondía.

"Soy un tonto, entonces, si ese es el caso." Se acercó a la mesa y agarró la jarra de cerveza, tragándose el mal sabor de boca. "Pero eso no es cierto. Ella no es una granjera desesperada que se cierne sobre cualquier hombre. Ella es fuerte y tú aprenderás a amarla por ello. Y ahora, ¿se va a ir Lenka de aquí?" Él volvió su feroz mirada hacia ella y ella se marchitó retrocediendo, queriendo hundirse en la pared o derretirse a través del suelo a los pies.

"No. No se irá," respondió su madre con una determinación igual de feroz.

"Entonces seré yo quien se vaya." Ya se estaba moviendo hacia el cofre donde estaba doblada su ropa. Mientras hablaba, comenzó a echar sobre la mesa pequeños objetos que iba a necesitar. "Cuando esté preparado, traeré a mi esposa a mi casa. ¿Entendido? ¿Las dos?"

"Sí," dijo Lenka con un chirridito.

"Bien." Él la miró con desdén y ella estudió el suelo mientras le ardían las mejillas. Él se marchaba y las lágrimas aún no habían comenzado siquiera.

Un caballo.

Freya se inclinó hacia el hueco del cuello y hombro del animal, respirando profundamente el perfume de los propios dioses. El viaje sería largo, pero sería entre las montañas que conocía.

La fortaleza de Aporta se encontraba a veinte leguas al norte, en las estribaciones occidentales de Eumidea, en la cordillera de Delos. El camino que conectaba las ciudadelas gemelas no estaba bien transitado, al estar tan al este de los centros comerciales. Los únicos viajeros que necesitaban carreteras aquí eran los carros de suministros militares y el ocasional grupo de oficiales que realizaban el viaje en circunstancias excepcionales y extremas.

Así, cuatro días por carreteras vacías al aire limpio y bajo cielo abierto, con el familiar consuelo de su espada y su puñal, un caballo y simples órdenes a seguir. Felicidad. Si este era el castigo disciplinario que Paske había ordenado para ella, valía la pena todo lo que ella había pagado. Cuatro días hasta allí, cuatro días de vuelta, tiempo más que suficiente para imaginar formas de dolor para Paske, y la idea le provocó una sonrisa.

Nuevos desgarros profundos en el tejido cicatrizado dificultaban la monta, pero una vez sentada, quedó liberada de pesos que había cargado demasiado tiempo, asfixiándola. Los balcones miraban burlonamente desde cada muro y un picor entre los hombros le decía que en alguna parte allí arriba, él estaba observando. Ella rehusó mirar. Girando el caballo hacia la puerta, se alejó de la antigua mampostería y de todo lo que esta representaba.

El paquete que llevaba estaba sellado y ella no tenía idea de lo que podía contener. Habría noches de campamento sin nada mejor que hacer que satisfacer tales curiosidades. Eso podría esperar.

Desde su ventana, retrocediendo para que las sombras del amanecer le taparan el cuerpo, Paske la observaba preparando la partida. Él le había regalado todos los pergaminos que ella había arruinado,

secados al fuego y reunidos en un pesado rollo. Incluso los había atado y había enrollado las resmas de modo extravagante, con cinta militar en escarlata y negro firmemente alrededor del eje del pergamino, sellándolo deliberadamente con su propio sello oscuro como la sangre. Muy oficial; tan autoritario. Sabía que ella nunca resistiría el impulso de juzgar la importancia de lo que llevaba.

Estudió la creciente luz del cielo y sonrió. A última hora de la tarde ella se estaría aproximando a Galla Mere. Él lo conocía bien. Ningún viajero en trayecto de varios días pasaría por un campamento tan perfecto. Una carcajada le brotó del pecho. Sí, él conocía bien la carretera. Aún le quedaban algunas horas para prepararse para el viaje.

Bien antes del anochecer, la sombra de los pinos robaba el calor del sol y dejaba la carretera fría y pálida, mientras ella serpenteaba entre densos bosques y la impaciente subida de las sierras. La carretera trazaba una cuidadosa línea entre piedra y madera, e incluso el agua que caía en lluvia y nieve estaba cercada, atrapada en estrechos barrancos donde la caída de rocas había detenido su escapada.

Por una baja elevación, mientras ella se elevaba por encima de los árboles circundantes, se abrió a la vista un amplio estanque lamido por tres lados por un prado alpino rico y verde. Era una escena de pura belleza, y en algún lugar profundo en Freya tomó forma una pequeña revelación, pero ante todo ella sopesó la conveniencia de un terreno abierto y llano y con agua dulce frente a la amenaza de la exposición.

Más allá del verde prado salpicado de margaritas amarillas y piedras del tamaño de un puño, la orilla opuesta era rocosa y estaba en parte a cubierto por la línea de árboles invasores. Ella miró al cielo; aún habría buena luz durante unas horas. No se había cruzado con nadie en la carretera en todo el día. Ni un alma. Aparte de una línea de huellas de cabras que desaparecía en el bosque, no había visto ninguna evidencia de movimiento en ninguna parte del viaje. Aun así, la vida le había enseñado bastante bien que la peor

amenaza era lo que no veías.

Inclinándose hacia adelante, aliviando las magulladas nalgas, consideró los pesares de estar tan lejos de una silla de montar y, con esa última consideración, movió al caballo pendiente abajo hacia la cobertura de los árboles en el lado más alejado.

Con las últimas horas de luz, reunió una reserva de madera seca y muerta, lo mejor para un fuego caliente y sin humo. Cavó el agujero de la hoguera a sotavento de dos grandes peñas para que la luz y el calor se desviaran hacia su pequeño espacio dormitorio y le conservaran sus bondades y disfrazaran la llama desde todos lados. Luego, se desvistió y se metió en el agua clara y fría para darse un baño.

Su caballo había pastado mientras ella lo había movido por los alrededores, luego lo había atado bien a la línea de árboles. Ahora, mientras se bañaba, Freya escudriñaba los lados abiertos del lago hacia la carretera. Desde donde nadaba, su pequeño campamento era invisible y quedó complacida con sus esfuerzos. Pero aquella no era agua en la que podía holgazanear durante mucho tiempo, el frío le roía los músculos y la estremecía hasta la médula, y pronto ella regresó al fuego.

Mientras masticaba el pan seco de las raciones para la carretera, sopesó el paquete que le habían ordenado entregar. Era largo pero no pesado. Lo agitó y este se sacudía con un ruido sordo. Dejándolo entre las rodillas, obró rápidamente para desatar la serie de cordones que lo mantenían seguro y sacó un rechoncho cilindro de cuero. De nuevo lo agitó. ¿Documentos? Giró la tapa y la quitó para vaciar el contenido en su regazo. Un rollo de pergaminos, encuadernado con cintas oficiales. Sellado. ¿Y manchado de sangre? ¿Abrochado y manchado de...?

Desde lo más profundo del bosque, su caballo gritó un largo relincho de bienvenida. La oscuridad se estaba posando rápidamente y ella se agachó hacia adelante, girándose para espíar por encima de las peñas hacia el prado y la carretera de arriba. No podía ver nada, ningún movimiento. Entonces llegó una respuesta desde lo alto del claro, la fuerte reciprocidad de otra montura.

Cuando Freya percibió el movimiento del caballo, observó cómo este seguía las sombras desde la carretera, arrancando gavillas de dulce hierba verde mientras se dirigía hacia la orilla. Sin jinete. El corcel levantó la cabeza, giró las agudas orejas hacia el lugar donde estaba atado el caballo de Freya y volvió a llamar. Sin jinete pero ensillado. O bien el caballo había arrojado a un hombre y vagado él solo, o alguien había maldecido el silencio interrumpido y optado por el camuflaje del terreno y la cobertura de la oscuridad.

Freya tomó la espada en silencio y regresó entre los árboles, lejos del fuego y hacia un terreno más elevado. Y esperó. Durante largas y frías edades no pasó nada. Ella cambiaba su peso en silencio, aliviando los doloridos calambres de las caderas y muslos. Movía los dedos de los pies, profundamente enterrados en las botas, y flexionaba y extendía los dedos de las manos. Cuando un hombre entró a la luz de su fuego, ella ya estaba lista.

En lo más hondo de su garganta, se lamentó; ojalá ella hubiera traído el carcaj. Le habría atravesado las primeras flechas por los muslos. Primero uno, luego el otro. La siguiente quizá a través de su hombro cuando él intentara huir. Luego, una desde cerca, desde donde pudiera verle los ojos. Se la soltaría en el cuello. Tales serían los sueños de venganza cuando él presentara el rostro y cargara con el peso de todas sus humillaciones. Pero ella no tenía el carcaj.

De modo que se movió con experta cautela a través de la distancia entre ellos, acercándose a él por detrás con la espada desenvainada.

11. Curiosidad

Una ligera diferencia de altura sería la única ventaja del hombre, y Freya se apartó de la luz del fuego, considerando la mejor manera de negársela. Aquella espalda estaba protegida por una estilizada armadura; los hombros, pesados por bronce y escamas, y largas correas de cuero laminado le caían por la cintura por debajo de la coraza y el cinturón. Debajo él vestía la falda ceremonial de su rango, pantalones de gamuza y botas hasta la rodilla. Eso le dejaba a Freya un acceso despejado a la cabeza, cuello y antebrazos desnudos.

Un amplio espadazo en la nuca resolvería muchos de sus agravios con un solo golpe, pero permanecía la tentación de mirarlo a los ojos, de dejarle ver su victoria. Esta era su tierra natal; aquí ella poseía el rango de experiencia y una llana mentalidad sanguinaria.

Podría mantener la punta en la base del cráneo; cualquier movimiento, cualquier sugerencia de resistencia, y podría acabar con él como quien suelta un saco. Pero mientras ella avanzaba hacia el arco de luz, él se dejó caer ante ella en cuclillas, con la atención en el rollo de pergamino manchado. Freya sonrió. Eso fue lo único que pudo hacer para evitar reírse en voz alta.

Cuando, con la punta de la espada, ella le presionó la piel blanda debajo de la oreja, le dijo: "Bueno, señor. ¿Ha venido a cumplir sus promesas?"

El oficial no pudo ocultar el pavor que lo sacudió, pero lo dejó pasar mientras dejaba caer el peso desde los dedos de los pies hacia las rodillas. Levantó ambas manos a los lados, una aún sosteniendo el pergamino y la otra abierta con la palma hacia arriba, en un gesto de sinceridad. "¿Promesas?" Empezó a volverse hacia ella, pero se quedó paralizado cuando la afilada punta de la espada le hizo corte y empezó a salir sangre. "Faltaba algo en tu paquete. Cabalgué para alcanzarte, eso es todo. No tiene sentido dejar atrás la mitad del despacho."

"Ni siquiera voy a fingir creerme eso." Un brote de leve euforia le

aceleró el pulso. Pasó como un relámpago por su cuerpo, hormigueando en cada extremidad, tensando hebras de placer en sus senos y vientre.

"Es verdad. ¿Por qué si no estaría aquí?" Movi6 la mano libre hacia la hoja y ella volvi6 a clavarla en el blando tejido.

Había tal oleada de placer en el poder que había recuperado que le palpitaba caliente en la ingle y arrancaba superficiales respiraciones entre las palabras. Estas salían calientes y roncadas de la boca y ella se lamió la sequedad que le dejaban en los labios. "Me ha seguido. Me dijo que se aseguraría de que no regresara y, aquí está usted, para cumplir su promesa." Freya quiso que él se volviera, quería ver su miedo mientras él se arrodillaba en el polvo ante ella. Que vistiera él con valentía las palabras, ella quería ver la certeza reflejada en esos ojos. "Sí, me ha seguido porque me he ganado mi lugar aquí. Tengo el respeto de los hombres que usted no me puede quitar. Y que usted nunca sabrá lo que es, nunca, en toda su vida, y eso le irrita."

Ella dio dos pasos cortos a un lado, sacrificando un poco la inmediatez de la amenaza cuando la punta de la espada sali6 de la carne. "A pesar de toda su posición de nacimiento, a usted le enviaron a pudrirse en la piedra de la ciudadela, a escribir sus palabrejas sobre unas guerras que nunca ve. Me pregunto cuán alto nació," ella dio una carcajada, "para odiar tanto a los de mi clase." Dos pasos más y ella qued6 junto al fuego, mirando hacia la fría claridad del desprecio del oficial.

Él blandía una severa sonrisa, blanca bajo las sombras de la piel.

"Freya," movió las manos en pequeños gestos de apelación. "Esto es una sandez. Llevas demasiado tiempo en el cuartel, demasiado tiempo pensando en las decisiones que has tomado." El pesado pergamino se movió como una extensión de su brazo y él le llamó la atención con la franca frialdad de la mirada. "Creas estos argumentos, pero, en definitiva, solo hablas para convencerte a ti misma. O para intentarlo. Lo único digno que tienes, lo único que podías tener, te lo otorgó tu valor en el campo de batalla. En cuanto sacrificaste eso, renunciaste a todo derecho que tenías a la admiración o el respeto. Tú lo sabes. Yo lo sé. Decir otra cosa es

mentirnos a ambos."

Freya comenzó a negar. Ella giró la cabeza y él le estampó con fuerza el pergamino en la espada, se la apartó del cuello y se elevó con un movimiento fluido para colocarse sobre ella. Más rápida que el pensamiento, el acto reflejo la hizo girar en posición agachada que esquivó el revés del oficial antes de llevar la espada, completamente extendida, para tajarle el muslo izquierdo.

Las correas tachonadas interrumpieron la inercia de la estocada, pero no impidieron que el filo mordiera el músculo. La sangre brotó entre capas de tela y piel y él aulló de rabia y juntó las manos sobre la herida. En cuanto la espada mordió, ella se había retirado hacia atrás para rebanar e invertir la tajada. Ahora levantó la espada, girando en un círculo completo, para devolverla al lado opuesto, esta vez encontrando la carne del brazo derecho ataviada de malla.

La espada chocó contra los discos de acero, pero el golpe lo hizo caer de rodillas, y Freya cambió el peso, inclinándose hacia atrás al retirar la espada y patearle bajo barbilla, dejándolo inconsciente antes de que él golpeará el suelo.

Paske abrió los ojos al dolor al principio, pero poco a poco le siguieron la sorpresa y la sospecha. A pesar de sus heridas, el hecho de que siguiera vivo parecía más milagroso cuanto más lo consideraba. La oscuridad se cernía. No podía ver más que el fantasma de los árboles a la débil luz del fuego, a la luz que venía detrás de él. Sentía la boca espesa y seca, amordazada por un sucio trapo y coagulada con la sangre de una lengua mordida.

Un intento de moverse demostró ser fallido. Yacía sobre el lado derecho con las rodillas dobladas, la laceración en la parte superior del brazo palpitaba sobre el suelo rocoso. Tenía las muñecas y los tobillos atados detrás de él, unidos por una correa. Pero la inmovilidad podría haber sido su mejor curso. Era imposible de que Freya fuese a permitirle vivir. Ella no tenía elección. Y su única opción era permanecer con vida hasta que tuviera la oportunidad de matarla.

Esa comprensión debía ser asumida.

A él no le molestaba.

Freya le tiró del hombro, arrastrándolo hacia arriba con la mano izquierda. "Dóblate," le ordenó ella, y él luchó por acercar las piernas al pecho para poder balancearse hacia el lado y quedar de rodillas. Se le retorcieron dolorosamente las muñecas en los talones, pero con un áspero apoyo, quedó medio erguido. El movimiento provocó un aspirado desgarro en la herida del muslo al reabrirse, y un nuevo exudado de sangre se filtró a través de su uniforme.

Más allá del fuego, los dos caballos estaban ensillados. El campamento estaba despejado excepto por una desordenada pila de pergaminos arrojados sobre las piedras y el mantillo del bosque. Rollos desenrollados, todos manchados de tinta. Freya estaba junto a ellos, sonriendo. Ella bebió un sorbo de un frasco, haciendo que su garganta se contrajera involuntariamente con la esperanza de humedad. "No hay nada en tu alforja."

Él se encogió de hombros, no había otra respuesta.

"Y esto," movió la mano por el montón y bebió de nuevo, "es el despacho urgente que estoy llevando a Aporta. ¿Vamos a empezar de nuevo?"

Él asintió, gruñendo en su mordaza para demostrar la imposibilidad de su situación. Quería tener la boca libre. Él sabía cómo cortar a esta bestia, sabía cómo despojarla de su piel más gruesa y dejarla sangrando, y no necesitaba una cuchilla. Conocía la claustrofóbica tenaza de las náuseas, la frustración en ella por estar atrapada bajo el peso de amargos destinos. Y él sabía cómo destrozarla usando ese profundo dolor, cómo destrozar lo que le quedaba de su coraje y orgullo. Conocía íntimamente las heridas de Freya. Eran las mismas que las suyas.

"No. No voy a quitarle eso, ¿comprende? Puede asentir. Se lo pondré fácil."

Maldición. Él miró hacia la pila de pergaminos. Necesitaba hablar. Tosió y se atragantó con la mordaza y la falta de humedad. Freya

esperó.

“Resiente la fama de nuestros héroes de guerra y le indigna el hecho de que, aunque nacimos en la más baja de las castas, somos responsables del éxito de todo el mundo en el imperio. Sin nosotros no habría nobles ni artesanos ni comerciantes. Usted nos escupe a todos, pero sin nosotros no habría imperio. Me ha seguido porque resiente mi éxito.” Bebió sonoramente un sorbo del frasco, deliberadamente, y le sonrió. “¿Estoy en lo cierto?” Ella arqueó las cejas, esperando su asentimiento de admisión.

Con náuseas de nuevo, con la bilis ardiendo en las entrañas mientras su lengua seca e hinchada activó su reflejo, él negó con la cabeza y señaló los pergaminos. Ella tenía que dejarlo hablar.

Freya se agachó en cuclillas con el rostro a centímetros de él. “¿Estoy en lo cierto?” repitió.

De nuevo, él negó con la cabeza. La línea que lo iba a salvar o condenar era fina y él no tenía forma de que ella no la traspasara. Pero podía ver la fiebre en esos ojos, las pupilas anchas y oscuras, la respiración superficial, el rubor de calor en las mejillas. Ella tenía la ventaja y él casi podía oler el húmedo deseo en ella. Ese era un dolor que él también conocía y, si sobrevivía, haría que ella nunca se imaginara por encima de un hombre de nuevo. Él se aseguraría de ello.

Él dejó caer la cara, cerró los ojos, dejó que sus hombros se hundieran en un suspiro. Esperó el tiempo suficiente y luego la miró, desesperado, con ojos suplicantes. Una vez más asintió hacia la pila.

Si hubiera sido posible, una sonrisa podría haberle aparecido en los labios, pero la mordaza tiraba con fuerza de su dolorida mandíbula. Freya se puso de pie, caminó hacia los pergaminos y los empujó con el pie. No podía estar segura de que no hubiera más que saber de ellos y eso la quemaba. La quemaba y él quería que se avivara el fuego. Ella lo miró, dudosa; la necesidad de saber cuáles eran sus secretos iba a anular su buen sentido. Curiosidad, mi querida Oernen. La curiosidad te matará.

"No hay nada en esto. Nada. Los envió solo para provocarme, para asegurarse de que yo sabía que el envío era una pérdida de tiempo." Ella se volvió. "Esto solo fue una razón para sacarme por las puertas, para que usted pudiera seguirme."

Bilis le quemaba la garganta al oficial, lo que hizo que las lágrimas le subieran a los ojos. Por dentro maldijo. Por todos los ciegos e inútiles dioses que él la vería ahogarse. El odio se le agitó profundamente en el pecho, endureciéndose en los pulmones y haciendo de cada respiración un áspero infierno. Ella pagaría con sangre este dolor y esta humillación. Dominando cada fiero nervio, educó su rostro en una tranquila súplica y deseó que ella le quitara la asfixiante mordaza.

La observó mientras ella miraba hacia el pie, levantando el pergamino andrajoso, estudiando su borde. Cuánto debe ella estar sufriendo por su propia estupidez analfabeta. Él se sonrió por dentro.

Intentar hablar le hizo ahogarse de nuevo, pero él se obligó a continuar. Asintiendo, ahora con vehemencia, le mostró de cualquier forma que podía la importancia de dejarle expresar sus pensamientos. Palabras. Eso nunca le había fallado. Eran lo único que él había tenido.

"De acuerdo. De acuerdo." Ella deslizó un cuchillito, no más grande que una punta de flecha, entre la mejilla y la mordaza y se la arrancó. "Ahí tiene. ¿Qué hay en los papeles?"

La mordaza había desaparecido, pero la boca reseca no estaba menos impedida. "Agua," dijo él con voz ronca, esperando que su impaciencia abrumara en ella la sensación de dominio. Cuando ella le acercó el frasco a los labios, él bebió con la boca abierta y se hinchó las mejillas con el misericordioso líquido. Su mandíbula chasqueó, provocando un fuerte dolor en el tímpano y él sofocó un grito.

A partir de ahora, se tranquilizó a sí mismo, a partir de ahora podría hablar. A ella no tenía que gustarle lo que él tenía que decir, solo necesitaba creer que él valía más vivo que muerto. El péndulo se balanceaba y ahora cada momento devolvía el peso del poder

hacia el centro. Muy pronto, él sentiría el calor en su propia sangre y ella lamentaría el día en que había levantado la mano contra él. Le quitaría lo único que tenía. Él le quitaría el orgullo de tener su lugar.

"Mi trabajo," logró decir finalmente. "Un mes de mi trabajo. ¿Sabes lo que yo hago? ¿Lo que hacen todos los oficiales administrativos?"

En la mente de Freya, las respuestas sobre aprovisionamiento estándar se apresuraron, pero obviamente ella era lo bastante inteligente como para adivinar que él no iba a decirle que organizaban el catering y reunían a las tropas para la acción. Cuando estuvo en silencio el tiempo suficiente, él suspiró de nuevo: "Más agua."

Hablar resultaba doloroso, pero él ahora estaba montando una ola de euforia mientras el terreno se nivelaba debajo de él. "Escribo historias, Freya. Todos los meses recojo informes de las filas o, si es necesario, los invento. Presento mi trabajo con toda una serie de otros informes de otros oficiales sobre otros temas y regresan colectivamente a las ciudades para ser difundidos entre las masas."

Él la veía luchar con las posibilidades. La luz del fuego era fraccional y dificultaba captar detalles claros y seguros, pero podía ver que las semillas de un miedo sutil comenzaban a brotar. Quizá esto fuera algo, una sospecha o una pesadilla, que ella había considerado antes. Quizá ella no estaba dispuesta a considerar algunas de las posibilidades ahora. Ella negó con la cabeza. "¿Embellecen nuestras batallas? ¿Las hacen parecer más gloriosas?"

"No, Freya," sonrió él. "Nosotros nos inventamos la guerra."

12. Mentiras

La noche aún estaba en plena oscuridad, casi sin luna, y Freya necesitaba luz para leerle las mentiras. Alejándose de él hacia el bosque, paseó en círculos golpeando con los dedos un rígido tatuaje en el mango del cuchillito de pedernal. Había reprimido su primer impulso: llamarle mentiroso y cortarle el cuello. Ahora reprimía la ira que la conducía por inútiles tangentes y la regresaba a la pila de leña. Fue descuidada en su selección, arrojó un montón de ramas más pequeñas y brotes al agujero de la hoguera y se agachó para hacerlas arder. Cuando esta iluminó incluso las ramas en lo alto, Freya volvió hasta donde él estaba arrodillado.

"Mentiroso," le dijo forzando más confianza en el tono de la que sentía. ¿Qué hace un condenado cuando ve caer la horca? Miente. Deja correr las palabras por la lengua en el orden que le place. Cualquier desesperado insensato hace lo mismo.

La sonrisa del oficial estaba llena de desdeñosa arrogancia, y ella quiso borrarla de la cara. "Esta no es una guerra inventada. Yo la he visto, día tras día. La he vivido. Conozco la sangre, el frío y la dura roca de ella. Nadie se ha inventado ninguna parte de eso. Es real, tan real como usted y como yo "

"No confundas el combate cuerpo a cuerpo con la guerra. Enviar hombres a matar y a morir no es una guerra. Eso es...." Hizo una pausa, mirando a los dioses de arriba en busca de inspiración o confirmación, "mantener el orden natural." La carcajada que él intentó quedó atrapada en la crudeza de la garganta y él tosió. "Yo sé leer. Tengo acceso a cien años de historia. ¿Hasta dónde crees que se ha movido el frente en todos esos años?"

Este no estaba lejos, Freya lo sabía. Todos los que se movían en primera línea temporada tras temporada conocían íntimamente sus campos de batalla. Año tras año eran los mismos. Freya había especulado, como Dragan había hecho a menudo en años pasados, tal vez diez leguas, más o menos, a lo largo de los flancos y picos de la cordillera divisoria. ¿Y qué hay de eso? Esa era la frontera del

imperio. Ahí era donde se reunían los grandes y equitativos ejércitos.

"¿Qué hay de las fuerzas?" La voz se estaba volviendo más áspera y él intentó repetidamente despejar la espesura de las ácidas cicatrices de la garganta, pero no quería parar. "Yo sé cómo han disminuido los números, pero incluso tú debes de poder verlo. Quince años. Quince temporadas de cuenta de muertos y de ver caer cada nuevo destacamento de reclutas. Debes haber visto cómo han cambiado nuestras estrategias. Tuvieron que cambiar. No tenemos hombres que invertir con tanta libertad como antes. Hemos hecho nuestro trabajo demasiado bien."

Ella retrocedió un paso, mental y físicamente, dejando espacio para el juicio. Las implicaciones de esas palabras podrían haber llegado más lentas si Dragan no hubiera planteado estas mismas preguntas justo antes de haberle arrebatado las únicas certezas que ella había conocido. Pero ambos hombres habían tenido un motivo en sus argumentos, ambos habían buscado conmocionar. Dragan quería que ella abandonara su vida y su notoriedad, así que había intentado que cuestionara su necesidad de seguir luchando. Ahora este hombre quería quitarle el orgullo, el estatus que se había ganado para sí misma, así que hacía que todo por lo que había trabajado fuese una mentira.

"No puedo creer eso," dijo ella tranquilizándose mientras hablaba. "El imperio debe ser defendido. Sin nosotros, los Verdán se precipitarían sobre nuestra tierra fértil y sobre la riqueza de nuestras ciudades. Nosotros sabemos eso. Todos los niños lo saben."

Ella aún lo sabía, pero también recordaba las primeras temporadas viajando en la caballería con la hermandad de guerreras.

La mayoría había venido, como ella, de las calles de la ciudad o de los marginales pueblos acinados alrededor de las murallas de la ciudad. Entre otras castas, era raro que las mujeres se alistaran. Las mujeres nobles nunca lo hacían. Tampoco los honorables artesanos; las mujeres que no creaban belleza para lo bello tendían a retirarse detrás de enjoyadas cortinas y convertirse en las adoradas cortesanas tan deseadas por los nobles. Las hijas de los mercaderes, comerciantes y labradores seguían adelante en la relativa riqueza de

las profesiones de sus padres o quedaban esclavizadas en la tierra, trabajando para producir la comida y el vino del imperio.

Pero para Freya y sus compañeras reclutas, la vida había pasado del hambre y las dificultades; donde las mujeres se acobardaban o luchaban por sus vidas contra los jóvenes nobles que violaban por deporte; hacia el calor y la comida, armadas y a lomos de un caballo, donde los hombres se echaban a un lado por respeto y las mujeres aprendían el placer que acompañaba a ese poder.

Ella había cabalgado con una unidad de treinta y cinco y, en conjunto, la caballería debía de ser de mil o más. Joven y en forma, con solo una ligera rienda sobre los masivos corceles de guerra, una silla de montar de alto pomo y largas faldas de cota de malla; incluso el recuerdo le robaba el aliento y le hacía sonreír. Pero ¿qué había ahí ahora de la caballería?

Ella no había sido la única en decidir irse. Cuando se había unido a Dragan como díada, habían aprendido las habilidades de los luchadores de guerrilla, moviéndose en pequeños grupos, en incursiones y unidades móviles de defensa. Ese había sido el conjunto de habilidades en demanda. Y en los años posteriores, los complejos de establos habían sido reasignados o permanecido vacíos, los caballos solos los usaban ahora los mensajeros y los oficiales.

¿Y la gala del último lote de reclutas? Mirando más allá de las luces y los hombres en estricta formación, y más allá de la orquestación y el conmovedor discurso sobre la lealtad y la gloria, la noche no había estado tan colmada como recordaba. Un patio de armas atestado de hombres, no seis o siete regimientos esperando su turno entre bastidores. No más que un puñado, donde antes habían sido miles. Hubo un tiempo en que todas las habitaciones de la ciudadela se habían llenado. ¿Cuántas estaban vacías ahora?

“Así es como mantenemos bajos los números, cómo evitamos que las alimañas invadan el imperio. ¿Nunca te imaginaste eso?” El fuego se reflejaba en los ojos del oficial como si no fueran más que cristales de hielo, y en sus profundidades no había ni rastro de cautela o incertidumbre. Si él estaba mintiendo, eran mentiras que amaba, mentiras que atesoraba.

Le estaba contando una historia que saboreaba a pesar de toda su intolerancia y perversión, y era una historia que ella no podía permitirse creer. No con lo que había visto, con las imágenes que se habían quedado con ella año tras año, los hombres que había encontrado y los horrores que había sufrido en nombre de este imperio. Esas cosas no se podían convertir en mentira. Nadie podía decir que ese sacrificio había sido inútil.

"Ha dicho suficiente." Dando la espalda a su presumida superioridad, ella se movió hacia el caballo del oficial. Un paquetito, no más grande que un equipo de aseo personal, colgaba de la silla y ella tiró del cordón para abrirlo. En su interior estaba la confianza que ella tenía para igualarlo: dos afiladas cuchillitas que nunca fracasaban en su intento.

Ella se arrodilló frente a él con un calor creciente elevándose sobre la piel, crepitándole en la sangre, tensándole el pecho y ardiendo en los dedos. Las mareante náusea que la impulsaba a sublimes alturas cuando le correspondía a ella compartir la vida y la muerte le destellaba por los nervios. Él iba a morir por sus mentiras y ella se lavaría de la mente tal recuerdo con su sangre.

Freya se inclinó cerca con las cuchillas cruzadas justo por encima de la nuez de Adán. Aquello sería un trabajo bien hecho. Ella le susurró: "Por cada lágrima que derramé alguna vez."

"Espera," jadeó él, y podría haber sido miedo real lo que ella vio. "Tú sabes que es verdad, aunque no quieras creerlo. Matarme ahora no lo convertirá en una mentira. Mátame ahora y nunca sabrás toda la verdad."

Por segunda vez en su vida, Tobias Paske sintió el tipo de miedo que le quemaba las tripas como azogue y le convertía las entrañas en agua hirviendo. Solo apretar las nalgas con toda la fuerza de su respiración contenida le salvaba de una gran indignidad mientras buscaba en aquel rostro signos de vacilación. "Hay más. Nunca tendrás otra oportunidad de escuchar la verdad."

Ella era impredecible, pero si era inteligencia superior o severa

estupidez lo que guiaba sus impulsos, él no podía saberlo. Eso la hacía más peligrosa de lo que él había pensado y el error de cálculo podría haber sido fatal. Pero mientras la garganta obraba febrilmente contra las cuchillas, ella se pausaba y él esperaba.

"¿Cuánto falta para el amanecer?" Él cambió de curso, desesperado por cualquier posibilidad de indulto. "Si no he vuelto dentro de las murallas de la fortaleza por la mañana, vendrán hombres, y vendrán al galope. ¿Entiendes, Freya? Si vienen hombres a buscarme, vendrán rápido y vendrán a cazarte a ti."

Ella sonrió, se le dilataron las fosas nasales con el aliento caliente y abrió más los ojos oscurecidos por el placer. Pero ella no vio la necesidad de responder. No se sintió amenazada por tal posibilidad.

"Yo valgo al menos eso, vivo, cuando vengan. Y te acompañaré a la ciudadela de Aporta y te mostraré la prueba de todo lo que digo. Puede que ahora te enoje, pero piénsalo. Piensa en ello con detenimiento. ¿Cuánto vale para ti saber toda la verdad? Se avecinan cambios. Grandes cambios. Las viejas costumbres están fracasando; debes de haberlo visto. ¿Quieres permanecer ignorante?"

La sonrisa no vaciló cuando ella respondió: "Quiero cabalgar hasta Aporta y quedarme por allí. Te lo dije una vez antes, no soy estúpida."

Alabados sean los demonios que la engendraron a ella y a toda su inmundicia, ella había reconsiderado. "Entonces vuelve a Orlik conmigo esta noche. Regresaremos, te firmaré la baja y podrás sostenerla. Podrás sostener la llave de la puerta y yo podré mostrártelo en los mapas, leerle los informes, incluso decirte lo que sucederá cuando el sistema comience a fallar."

"Eres un mentiroso gusano." Ella le apartó las cuchillas de la garganta, caminó lentamente hacia el frasco y bebió dándole la espalda. Más allá del poder de su control, el rigor se extendió por él mientras el alivio le inundaba la sangre, le temblaban las articulaciones y le castañeteaban los dientes. Su cabeza cayó hacia adelante y otro dolor agudo lo apuñaló en el tímpano desde su mandíbula dañada. Él gimió y ella se volvió.

"Un hombre del que yo nunca había tenido causa para dudar me dijo algo similar." Ella se acercó y se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas y la cara cerca de él. "Estás tan lleno de mierda que puedo olerla en tu aliento, pero él nunca me mintió. No tenía por qué decirme que mi vida y todo lo que yo había hecho era mentira, pero lo hizo porque no veía ninguna razón para morir por este imperio. Tú, tampoco tienes ningún derecho a decirlo, excepto el deseo de herirme de la única manera que sabes. Pero ahora tienes que ver las cosas a mi manera, ¿no? No puedo ir a Aporta. No tengo ningún despacho que entregar, no tengo ninguna razón para estar allí. No puedo volver a la ciudadela de Orlik porque tu podrido cadáver me condenará a ser colgada allí también. Y no puedo desertar sin más. No soy una cobarde. Si pudiera haberlo hecho, tú y yo nunca nos habríamos conocido." Levantó las manos ampliamente en una pregunta, aún sonriendo. "¿Dónde me deja esto? ¿Que debería hacer entonces? Podría matarte. De hecho, debería. Me gustaría. Pero ¿sabes?, tienes razón. Me vales al menos un poco vivo. Solo puedo cruzar las montañas hacia la vida que conozco. Eso es lo único que puedo hacer, lo único que quiero hacer. Puedo acudir a los hombres que conozco, que me conocen, y decirles lo que me has dicho. El problema es que no van a creerme. Ellos no querrán oírlo más que yo, y no querrán creer que es verdad. Pero tú puedes convencerlos. Tal vez. Tú puedes decirles a todos los que luchan ahí fuera que sus vidas no valen nada."

La idea devino en un impetuoso vacío oscuro. El alivio que había estremecido la carne y derretido los huesos del oficial se disipaba ahora y dejaba solo un irreflexivo y negro horror. Ella era capaz de hacer eso. Ella podía llevarlo por los pasos de montaña hasta el frente y ponerlo cara a cara con lo peor de lo peor. No como debería ser, en la seguridad de su ciudadela, sino entre ellos en el raso.

Si ella llegaba tan lejos, lo matarían. No podía haber ninguna duda al respecto. Él tenía que pensar, tenía que forzar un poco de claridad en la vorágine de los peores temores. Infierno y fuego, las implicaciones. ¡Las implicaciones! Las implicaciones de revelar la verdad a las sucias masas, armadas y cabreadas, sin modo de descargar su furia.

Freya se movió despacio detrás de él, disfrutando obviamente de su completo dominio de la situación. Deslizó la afilada cuchilla por la correa que le sujetaba las manos a los tobillos. Hizo una mueca mientras ella agarraba la correa del hombro de su coraza y lo ayudaba a levantarse. Agachándose de nuevo primero para soltarle los pies, volvió a encararlo.

“¿Dices que ahora vienen hombres? Bueno, entonces, eso nos soluciona el asunto. Tenemos que irnos de aquí esta noche. ¿Cómo es tu equitación, de jinete de escritorio? ¿Cómo te irá en las sendas de montaña, en la oscuridad y el frío?”

Si conseguían llegar hasta el frente, estaba muerto.

No podía permitir que ella llegara tan lejos. No podía haber más de dos días de viaje, a menos que los senderos fueran monstruosos. Y él le había dado dos meses para revisar los mapas de estos pasos, ganando cada día más supervisión y perspectiva. Maldición. Tenía que pensar.

Eran dos días por terreno difícil, tal vez más, y al menos dos noches para acampar. Habría un momento, tenía que haber un momento en que ella bajaría la guardia.

Ella le empujó desde atrás y él tropezó antes de empezar a andar, sin ver dónde ponía los pies. La herida en el muslo tiraba y se abría a cada paso, y él cojeaba como una ocurrencia tardía, apenas consciente del dolor.

"Sube ahí arriba y monta," le ordenó ella moviendo el caballo para que este quedara junto a un grupo de rocas. "Espero que tengas buen equilibrio."

Él quería creer estar a la altura de esto. Que tenía días para encontrar una respuesta y soñar con meterle a ella dolor y vergüenza en la carne. Pero su cuerpo estaba débil, perdiendo sangre y atormentado por la conmoción de eventos nocturnos, sin comida ni agua desde que... no podía estar seguro. Estaba entumecido. Todo lo que ardía en su vientre era un miedo profundo y oscuro.

13. Norte

A Freya no le había tomado más que unos momentos terminar de decampar. Los pergaminos que había estado planeando quemar estaban de nuevo a su lado dentro de su cilindro. El sendero que había elegido hacia las alturas era agreste y retrocedía, pero sobre ellos los picos estaban cubiertos de nieve y nubes. El paso hacia el sur se veía mejor desde el suelo y habría tiempo suficiente para reconsiderarlo una vez que la luz del día aclarara la vista. Tras otro momento para borrar sus huellas del polvo de la carretera, ella se inclinó sobre el cuello del corcel y lo condujo hacia un terreno más elevado.

Paske la seguía y su tensión la divertía cada vez que se giraba para comprobar su progreso. Ella le guiaba el caballo mientras él mantenía las manos atadas a la espalda; si el oficial no tenía equilibrio natural, se caería hasta que aprendiera a mantenerse sentado.

Más adelante sería peor. Mientras las tinieblas oscurecían los detalles, ella avanzaba con cautela. Una vez que llegara la luz del día, podría aumentar el ritmo, pero esta también los dejaría expuestos en las colinas, tan repentinamente elevadas que parecían haber dejado los árboles detrás de ellos. En la oscuridad, eligía seguir los barrancos, los cursos de agua y donde los animales habían hecho trochas a través de bajos matorrales y suelo de pizarra.

Algo que casi parecía felicidad se le había removido a Freya en el estómago, dejándolo ligero y adulado. El frío del aire le rozaba la piel de gallina como si hubiera estado entumecida e inconsciente hasta ese momento. De vez en cuando una carcajada intentaba subir burbujeando hasta el pecho, a pesar de que ella no tenía idea de qué le era tan gracioso. Por primera vez desde que Dragan la había dejado en la fortaleza, había comenzado a sentirse viva. Y por primera vez, se permitió pensar en él sin restricciones.

Él no estaba aquí.

Ella estaba avanzando hacia la línea del frente, siguiendo a su

sangre mientras esta corría hacia una zona de guerra, y él debería haber estado a su lado. Siempre había estado a su lado cuando la vida había importado.

Ella miró atrás, por encima del hombro, hacia la pendiente y hacia los bosques oscuros del oeste. En algún lugar allí fuera, él estaba sentado junto a su chimenea bebiendo sidra o, cuando el cielo mostraba indicios de la luz del amanecer, estaría levantándose de una cálida cama y haría las cosas que hacían todos los granjeros. Ella no podía imaginar cuáles podrían ser esas cosas, pero serían cosas terrenales, cosas honestas que necesitaban mano firme y músculos. Y por los dioses que él tenía ambas cosas; ella sonrió. Él era como la tierra, como la piedra. Sólido.

Y él sería feliz allí, más feliz que estando a su lado ahora. Y se había ganado su derecho a la felicidad. Aún así, la alegría de Freya habría sido completa si esta noche hubiera sido como todas las noches anteriores, cuando ambos estaban juntos, encendiendo una lucha como chispas de una fragua y siendo indestructibles.

Antaño habían cabalgado juntos a solas. Tantos años atrás que ella no podría haber dicho con certeza cuánto tiempo habían estado emparejados, pero no podría haber sido mucho. ¿Tres temporadas? Cuatro. Aún podía imaginárselo; el cabello arrastrado hacia atrás desde las sienes en retorcidos mechones que caían en una sedosa masa sobre los hombros; torso desnudo cruzado por un tahalí de cuero tachonado desde anchos hombros hasta caderas estrechas, y ajustados pantalones de cuero; músculo grueso sobre un abalanzante corcel de guerra, ambos satinados por el sudor.

El recuerdo le provocó una punzada de placer en la ingle y un hormigueo en los senos. Él estaba hermoso ese día, elemental, una fuerza moviéndose entre el caos, y ella lo había deseado tanto que le había dolido con el bajo gemido de tal calor.

Había sido una dura lucha también. Nadie había sabido lo que ellos estaban haciendo. Una masa de hombres lanzados a una carrera precipitada contra una línea de defensores enemigos. A ella y a Dragan les habían dado caballos y los habían enviado al ala porque ella había sido una vez de caballería. Ella se rió en voz alta, sorprendiéndose a sí misma con el sonido. ¡Qué incompetencia!

¿Cómo había sobrevivido alguien?

Sin embargo, ellos lo habían logrado. Habían atravesado a hombres y niños y habían roto las defensas desde el monte Cesalpia hasta los acantilados de Elborg. Lo habían logrado en incursiones de rápido movimiento, y luego haciendo retroceder las líneas oleada tras otra; reagruparse y atacar, reagruparse y atacar. Al anochecer, se habían unido a las filas a pie en el combate cuerpo a cuerpo, y el último de sus enemigos había sucumbido.

Esa noche habían celebrado con el espeso olor a sangre aún en la piel y el rugido de las hogueras y la victoriosa juega por todas partes. Habían fornicado con más fuerza de lo que cualquier carne debería soportar, llevados a las alturas supremas de la pasión por las frías garras de la muerte y la gloria de su propia escapada. Deberían haberse desgarrado, músculos y huesos deberían haberse hecho trizas y haber ardido. Pero ellos también habían sobrevivido a eso.

Freya suspiró y regresó de sus recuerdos, temblando. Ellos siempre habían sobrevivido y eso no sentaba tan bien cuando él no estaba a su lado. Ella miró atrás para comprobar que su acompañante aún estaba montado.

Paske no tenía buen aspecto cuando el amanecer comenzó a mostrar su forma con más claridad. Él estaba laxo, cabeza inclinada hacia adelante y hacia atrás, sobrecompensando en un exhausto intento por mantener el equilibrio. Bajo el muslo izquierdo las sombras se estaban levantando y revelando la pegajosa mancha negra de sangre perdida. La herida estaba peor de lo que ella habría permitido.

"¡Ey!" El chillido lo sobresaltó brevemente, y él se afanó por levantar la cara. Estaba demasiado pálido, con los labios secos. Si aguantaba hasta que la luz de la mañana fuera más brillante, ella le cosería. "No te caigas, bastardo, aún tenemos un largo camino por recorrer."

Ella esperó tirando de las riendas para que su montura quedara al nivel. "Agua," balbuceó él arrastrando las palabras. "Necesito beber."

"Apuesto a que sí. Estás un poco pálido. Pero no esperará abandonar el campo de batalla con ese pequeño rasguño, ¿verdad señor?." Ella sonrió con diversión y le acercó el frasco de agua a los labios.

Él se inclinó, sorbiendo el frío líquido antes de caerse de la silla como una roca, rodando desde el hombro hasta la espalda entre los caballos. Incapaz de frenar su propia caída con las manos atadas, chocó de cara con los guijarros, rozándose una sien y cortándose la mejilla.

Freya bajó la vista sin compasión. "Si no fueras tan vil, serías un chiste, ¿sabes? Ojalá Dragan estuviera aquí. Se reiría bien alto." Aunque Dragan no se reiría. Nada en este oficial era gracioso. Dragan lo habría matado. Hacía meses. Si hubiera estado aquí.

La ciudadela estaba a tres fáciles días de camino y Dragan había llegado en menos de dos. Eso no había requerido un gran esfuerzo, excepto que él también se había desviado hacia el norte un breve trecho hacia la aldea mercante de Bralz, construida donde granjas abiertas lindaban con los bosques.

Los puntos de vista de su madre no eran del todo nuevos para él y tales juicios no habían pasado desapercibidos. Las personas entre las que él había crecido vivían una vida diferente a cualquiera que Freya había conocido. En medio de extensos pastizales y campos de cultivo, un código de tradición había prevalecido durante generaciones. Desde la antigüedad, los hombres y las mujeres de la tierra conocían sus derechos y sus responsabilidades. Sabían lo que era decente y lo que no, sabían cómo juzgar y a quién condenar al ostracismo, incluso donde las clases rara vez se enfrentaban.

Freya iba a encontrar discriminación dondequiera que fuera, excepto en la seguridad del hogar de Dragan. Allí él se aseguraría de que ella tuviera un refugio seguro y pacífico; un lugar donde permitir que todas las heridas de ese pasado se curaran. Él insistiría en ello.

Pero algunas irritaciones podrían minimizarse. Un pequeño compromiso aquí y allá haría que sus relaciones con los vecinos

fueran un poco menos tensas. El simple hecho de usar faldas la ayudaría a integrarse más pacíficamente en la comunidad. Él nunca la había visto con faldas amplias ni corpiño, ni con chal ni delantal ni pañuelos al cuello. Sonrió al pensarlo.

Pero le había pagado a la costurera de Bralz para que le hiciera las prendas más hermosas que él podía pagar. Serían un regalo para ella cuando regresaran por esta camino en poco más de un mes.

Las macizas murallas de piedra de Orlik eran a la vez tan familiares como un hogar y tan despreciables como una prisión. Él tenía la esperanza de haber hecho este viaje, cuando llegara el día de la liberación de Freya, para no tener que estar dentro de sus muros más de lo necesario. Pero si Freya podía trabajar durante noventa largos días aquí, él podría aguantar un mes por ella. Si el aburrimiento se volvía demasiado tedioso, siempre podía reunir a un grupo de reclutas y entrenarlos con la espada o el tiro con arco.

Cuando se acercó a la puerta de entrada, no había nada familiar en la escena que vislumbró en el interior y se bajó de la silla.

Una caravana de espectacular riqueza brillaba bajo el sol del mediodía mientras se preparaba para avanzar por la carretera. Tanto los oficiales como los reclutas se concentraban en el campo de armas abierto o se apresuraban por las gradas.

Lo detuvieron en las puertas; no lo pararon brevemente con medias preguntas, como él hubiera esperado, sino que fue detenido a punta de lanza. Un joven con pelusa sin afeitarse que le cubría la barbilla y las mejillas, sostuvo la lanza sobre el pecho de Dragan, temblando como si fuera a atravesarlo por puro terror. "¿Qué asunto te trae aquí?" preguntó con la voz temblando tanto como las manos.

Dragan lo ignoró, registró la caseta de vigilancia y miró alrededor de los puestos de guardia de la puerta en busca de algún rostro familiar. Cuando encontró uno, llamó: "Arnas, ¿por qué me retienen?"

El guardia convocado se acercó cojeando, tomando la mano de Dragan en la suya y encontrándose pecho con pecho con sus antebrazos unidos entre ambos. "¿Es que no lo ves? Si hubieras

venido ayer o mañana, podrías haber entrado volando en un cisne y nadie se habría dado cuenta. Hoy tenemos a Grevinde de Ludz-Obila honrándonos con su salida. Vino a presenciar la nueva incorporación."

"Tiempos extraños," se rió Dragan. "¿Nos hemos convertido en un circo ahora, para entretenerlos también?"

"Cualquier cosa es mejor que nada, amigo mío. ¿Por qué has vuelto?" Arnas titubeó y retrocedió. Su rostro, al momento sonriendo ampliamente, volvió de pronto a la calma, como si no pudiera arriesgar una expresión.

"¿Qué?"

"¿No lo has oído? ¿Lo de Freya? No deberías haber entrado aquí. ¿Y si te retienen?"

Dragan retrocedió también, preocupado por el rápido cambio y alejándose de la amenaza implícita de los muros de la fortaleza. "¿Oír qué?"

"Yo ni siquiera sabía que ella seguía aquí. Parece que nadie lo sabía. Y no sé lo que hizo, excepto lo que dijeron sobre la gala. Yo no estaba allí."

"¿Qué crees tú que he oído?" preguntó Dragan arrastrando a Arnas por la túnica hacia las sombras fuera de la puerta de entrada. "¿Qué sabes que yo no sé?"

"No mucho. No quedan muchos veteranos aquí y los nuevos no hablan con nosotros. Ella estaba en la gala de Grevinde y se dijo algo. Freya molestó al Comandante. De veras que no lo sé, Dragan. Oí que Freya fue una bocazas."

"¿Y?"

Y luego ayer la enviaron a hacer una especie de recado. Fue entonces cuando yo la vi. Solo cuando salió por las puertas, o ni siquiera hubiera sabido que estaba aquí. Como he dicho." Arnas se acercó más, cubriendo las palabras con cuidado, dándole la espalda a su joven y nervioso compañero. "Paske salió un par de horas

después montando a gran velocidad. Luego, como no regresó esta mañana, se desató el infierno." Se encogió de hombros y levantó las manos consternado. "Se envió un pelotón tras ella. Hombres duros también: oficiales de instrucción y chicos rudos del nuevo lote."

"¿Eso es todo?"

"Eso es. Pero si te presentas hoy, justo cuando han enviado hombres tras ella por cualquier motivo, les parecerá lo mismo que a mí. Como si volvieras por ella. Para ayudarla, o al menos como si supieras dónde está."

"¿Cómo voy a saber dónde está?" siseó Dragan. "¿Cómo podría haber sabido lo que ella ha hecho?" El calor y el frío luchaban en su estómago, y el vapor que producían emergía bajo la piel. El miedo y la ira, la furia y la frustración florecieron a la vez en sus pensamientos. "¿En qué dirección iba ella?"

"Al norte. Recto por la carretera del norte. Con la primera luz del alba."

Él no tenía más que provisiones ligeras para un viaje tranquilo, pero no había tiempo para preocuparse por pequeñas comodidades como la comida. Había pasado frío y hambre antes, y por menores razones. Maldiciendo rotundamente, arrastró su caballo en posición y se subió al lomo. "Tú no me has visto. ¿Puedes fiarte de él?"

Arnas se encogió de hombros, "Yo no te he visto. ¿Él? ¿Quién sabe? Buena suerte."

Contento por la confusión que se agitaba entre las filas, corrió de regreso a lo largo del encofrado de acceso hacia la carretera. Al norte pues. No había nada en la carretera hacia el norte durante tres o cuatro días de viaje. Esta te llevaba a la fortaleza de Aporta, y no a ningún lugar intermedio.

14. Crímenes

Paske estaba debilitado, no había forma de escapar. Este hecho iba a frenarlos. Si ella lo mantenía con ella.

Él había perdido mucha sangre, mucha más de lo que ella había imaginado, y eso significaba que estaba débil, deshidratado y con frío. Todo potencialmente fatal dadas las circunstancias. Pero ella le había liberado las manos. Le dejaría dormir. Le dejaría beber. Le dejaría envolver su desnudez con ambas capas.

El sol estaba alto, pero ella había escondido de nuevo al oficial en las sombras mientras miraba la carretera muy abajo. Si venían jinetes como él había dicho, pronto llegarían a ese tramo de carretera. Sobre Freya había una desnuda extensión de hierba montañosa arrastrada por el viento y rocas mordidas por la escarcha hasta donde alcanzaba la vista. El único refugio en la subida era la frondosa quebrada donde habían descansado.

De modo que las necesidades del oficial no habían tenido un precio. Ella estaba más segura sentada quieta hasta que los jinetes hubieran pasado, o hasta que el anochecer cubriera su progreso. Masticó carne salada y lo observó dormir.

Los hombres siempre se quitaban las máscaras cuando dormían. Eso era algo que la había fascinado desde hacía muchos años. El rostro más vil se suavizaba y el niño que una madre había amado una vez se revelaba con la simple presión de gruesas pestañas sobre la mejilla. Esto no la hacía más inclinada a atribuirles virtud, pero no por ello le interesaba menos.

Le había cosido las heridas con crin de caballo. Lo cual había implicado despegarle el *theyn* del muslo y quitarle los pantalones de gamuza que se habían coagulado por dentro y por fuera con sangre derramada. Y le había desabrochado la armadura que llevaba como si eso importara. La armadura no hacía más que anunciar al mundo que él estaba más alto en el orden social que ella, al igual que su ropa y su falda de cuero segmentado, y ella había arrojado cada prenda sobre las rocas melladas. Y la cota de malla con escamas,

con hombreras de borlas. E incluso la túnica de suave lino que llevaba bajo la malla de acero. Había una impotencia en la desnudez que respondía por algunos de los pecados del oficial.

Su cuerpo la había sorprendido, tanto por sus líneas duras y su forma bien proporcionada como por la tersa perfección de la piel que nunca había sido contaminada por la guerra. Estaba en forma; mucho más en forma de lo que hubiera pensado. Y era de más alta cuna de lo que testimoniaba un puesto como oficial administrativo del ejército; esta estaba escrita por todas partes en la vanidad del hombre, y ella se había preguntado de nuevo cuán bajo había él caído y cuál había sido su pecado. En algún momento lo habían expulsado los suyos, arrojado entre los menores mortales por algún crimen desconocido.

Nacer en la nobleza era suficiente crimen.

Freya había nacido en un callejón en la ciudad de Koldem, yaciendo en su inmundicia, alimentándose de sus desechos, cubierta por su estiércol y aplastando mierda entre los dedos de las manos y los pies. Ellos habían sido el primer enemigo al que ella había tenido que sobrevivir, odiándolos mientras se arrastraba por el suelo de los baños para recoger sus orinales para los peones, o mientras rascaba la mierda de sus consentidas mascotas en cuencos para vender a la curtiduría o esquivaba un golpe o huía de un alguacil o se escondía mientras su familia y amigos eran perseguidos y asesinados.

No estaban solos, por supuesto. Ellos eran simplemente los peores, la cima de un pesado sistema de brutalidad que enseñaba lo mínimo para luchar y matar desde el día en que respiraban por primera vez.

Debajo de ellos estaban los mercaderes que pagaban en cobre por tesoro robado y luego llamaban a un alguacil mientras ella huía a las sombras, o los comerciantes que pagaban en cobre por su mano, su boca o su culo, o pagaban con un golpe en la cabeza y una patada en el estómago. Ella los odiaba a todos y odiaba aún más necesitarlos.

Al menos a medida que crecía había aprendido a luchar. Doce años, la primera vez que fue atrapada en una redada por jóvenes nobles a caballo que se llevaron mujeres como premios para compartir, y

ella había matado al hombre que la había atrapado. Ella había sostenido una piedra, demasiado pequeña para ser un arma, pero lo había golpeado en la nuez de Adán y salido corriendo.

Y había seguido corriendo hasta escapar. Cuando había llegado a la ciudadela, las cosas que sabía tenían valor; su fuerza le había ganado respeto y su habilidad le había ganado fama. En el ejército, por fin había encontrado un hogar.

En su jarra de estaño había empapado dos trozos de pan seco. Freya se movió hacia donde él estaba y lo despertó con un codazo. Él tenía ahora la mandíbula hinchada y el ojo derecho ennegrecido, con abrasión en las blandas mejillas, pero podría masticar un poco de pan blando. "Despierta. Necesitas comer." Freya estaba satisfecha con el efecto general de esas lesiones. Le gustaba la ventaja que estas le quitaban a su arrogancia. Y le gustaba el hecho de ser quien le había hecho cada una de esas marcas.

"¿Por qué no viajas cuando hay luz?" murmuró él. "Déjame aquí, puedes ir más rápida por la montaña sin mí."

Freya dio una carcajada. "Sí, pero no quiero dejarte aquí con vida. ¿Quieres que ponga fin a esto por ti? No, no quieres. Los tiempos están cambiando. Grandes cambios, lo dijiste tú mismo, y lo que quieres es tener la oportunidad de contárselo a todos mis hermanos de armas. ¿Recuerdas? Así que cómete el pan y prepárate para viajar al caer la noche."

No fue difícil seguir a los jinetes; se estaban moviendo rápido y los caballos habían clavado las pezuñas profundamente en el polvo, abriéndose camino como perros de caza. Dragan los seguía. Su caballo estaba cansado. Había salido al trote de la granja y ahora iba al galope, pero durante generaciones sus ancestros habían sido elegidos por su resistencia. Las patas eran tan gruesas como los brazos de un hombre, los mechones de los tobillos pesados como garrotes y apretaba la cabeza contra el pecho, llenando sus grandes pulmones de aire agitado, y corría.

Espuma estaba subiendo por las riendas y el sudor se congelaba en

el labio de Dragan cuando logró elevarse por encima de la laguna. Su montura resoplaba como un fuelle y bajaba la pendiente viendo a los hombres moverse debajo. Habían encontrado un campamento y estaban recorriendo el área a su alrededor, haciendo demasiado ruido y pisoteando toda información útil bajo pies inexpertos. Claramente eran solo una parte del equipo original de jinetes. Solo eran cuatro.

Dragan comprobó el cielo. Le quedaban quizá dos o tres horas de buena luz. Para pasar por los buscadores tendría que adentrarse más en la línea de árboles y rodear el borde inferior de la laguna. Era un largo viaje, pero en el lado alto de la carretera no había casi nada; matorrales ocasionales, algunos afloramientos rocosos, pero nada sustancial de lo que fiarse como cobertura.

Desde donde él estaba, esa parecía la única opción. Por encima de él, las montañas se elevaban hacia las nubes, escarpadas y casi desnudas. La naturaleza las había despojado mucho tiempo atrás de todo verdor, e incluso las rocas estaban picadas y erosionadas. Allí no había otra esperanza alternativa. Al entrar en los árboles, Dragan se movió a pie con la esperanza de acercarse lo suficiente a los buscadores y oír algo, cualquier cosa útil.

Cuando dobló la última curva del camino hacia donde el prado se abría ante él, se congeló. Los hombres habían salido del lado opuesto del agua. Dragan observó y esperó. Nada. Cuando se enderezaba a punto de cambiar de posición para tratar de tener una mejor vista de la carretera, se escuchó un grito.

El grupo había cruzado la carretera hasta la base de la alta pendiente y él se arrastró hasta el borde de la sombra, observándolos, tratando de juzgar la causa de su excitación. Habían encontrado un rastro. Cada movimiento y grito de celebración los pintaba con mayor claridad como perros tras la presa. Estaban trazando círculos ahora, excitados y babeando, preparándose para la persecución.

Dragan tocó la empuñadura a la cadera. Un pequeño cuchillo de caza, esa era la única arma que llevaba. Cuando había dejado la granja no había tenido motivos para armarse y ahora maldecía tal carencia. Esos hombres estaban armados, todos. Tres de los cuatro

habían desenvainado las espadas y las blandían peligrosamente; jóvenes, aún incómodos con los instrumentos de guerra.

Se apartó de la luz y caminó en un pequeño círculo en busca de un garrote, serviría cualquier cosa sólida con suficiente longitud y peso. Sus objetivos habían vuelto a montar y estaban conduciendo los caballos ladera arriba sobre un pedregal resbaladizo; alrededor de las piedras de una quebrada. No veía beneficio alguno en montar. Palmeando cariñosamente al caballo en el cuello, lo giró sobre la hierba y le envió al trote hacia la carretera en persecución.

Cuando llegó al lugar que habían circulado, los latidos de su corazón se aceleraron al galope. Había sangre. No solo un rastro, una mancha o dos simples salpicadas sobre la piedra, sino lo suficiente como para haberse acumulado y dejar un reguero sobre los guijarros. Era oscura y seca, pero había caído de una herida lo bastante profunda como para importar. Dragan se agachó hacia las piedras, tanteando la oscuridad. Si Freya estaba herida, habría vuelto por el camino que había seguido; eso estaba más cerca de la ciudadela de Orlik que de la lejana fortaleza de Aporta. A menos que ella temiera una persecución. Freya nunca intentaría superar a los preseguidores durante los tres días siguientes, por lo que tenía que haber subido, tal como el rastro sugería.

A su juicio, no había una ruta ascendente razonable. En cualquier dirección que ella fuera, habría salido corriendo en busca de cobertura antes que salir a plena vista. Eso significaba que ella tendría que haber ido por terreno llano, y si ya estaba herida...

Usando su garrote improvisado como bastón, comenzó a correr.

El camino era difícil pero transitable, escarpado e inestable, pero iba igual de rápido a pie como aquellos a los que seguía sobre caballos que patinaban y se asustaban. Los músculos de los muslos le ardían y echó los hombros hacia atrás para respirar más profundamente. Ya estaba a la vista del jinete más retrasado, ganado terreno con cada paso. La frustración ardía aún más agudamente por la sensación de que el camino se extendía interminablemente ante ellos.

Si él no estuviera inclinado hacia un lado, podría haberse

derrumbado cuando el caballo de adelante retrocediera sobre sus ancas y el jinete cayera de la silla, torpe pero recuperándose. Los perseguidores que él perseguía se habían detenido, abandonando los caballos para agruparse en posiciones defensivas en el estrecho barranco que había delante. Habían encontrado su presa. Pero defendían el frente, y Dragan decidió alzarse por detrás.

Los hombres estaban apiñados en una pequeña meseta, Freya estaba apoyada en una pared de roca y Dragan golpeó, no hacia la cabeza del soldado más cercano, sino hacia la base del cráneo donde este se encontraba con la columna. El hombre se desplomó antes de que sus camaradas notaran el peligro. El segundo giró aullando de sorpresa, pero mordiendo su miedo lo suficiente como para recuperarse con un movimiento bien dirigido de su espada de hoja ancha. El acero mordió la única arma de Dragan, clavándose profundamente en la madera y retorciéndola bruscamente en su agarre.

En los pocos segundos de la batalla, los instantes se ralentizaban con claridad, Dragan vio la espada del soldado caído, soltó el garrote con un violento tirón hacia un lado y se agachó para agarrar el arma descartada. El peso del garrote de madera atrapaba al joven soldado en un giro difícil de manejar, llevando el arco de la espada hacia un lado y bruscamente hacia abajo. Dragan se plantó en la estela del arco, directamente frente a su adversario, sin nada entre ellos más que aire y una repentina mirada de horror. El joven soldado lo fulminó con la mirada en un rostro lleno de cicatrices que testimoniaba una vida de violencia, y con ojos que brillaron ante la revelación. Murió mientras su boca gruñía un grito de guerra y abultaba los hombros para volver a levantar la espada desequilibrada y ponerla en juego.

El tercero no era un tosco recluta. Dragan conocía su rostro y su reputación. Era Jan, uno de los oficiales de instrucción y de brillante reputación. A su lado, aprovechando la pequeña ventaja de la firme roca y la ligera elevación, Freya esquivó un salvaje espadazo de su inmediato oponente.

Si él se hubiera quedado quieto un momento más para mirarla, habría caído en batalla. Jan se abalanzó a la lid con un violento revés que hizo retroceder a Dragan dos pasos, seguido de un fuerte

tajo descendente que él no pudo hacer más que bloquear y tratar de agacharse. Dragan saltó hacia arriba arrojando toda su fuerza contra la hoja y, girando al hacerlo, apartó de un empujón hacia arriba la espada de su enemigo. Freya se volvió, hundiendo su acero teñido de rojo en el lado desprotegido de Jan, y tan rápido como había comenzado, la batalla había acabado.

15. Díselo

Freya saltó sobre el hombre a sus pies, una vez más confiando en los brazos que ella siempre había tenido para agarrarla. Un temblor le recorrió el pecho, un rápido tatuaje de sollozos o risas que le tensó la garganta. Si eran lágrimas o risitas, ella no podía estar segura.

"¡Regresaste!" Ella no podía ni empezar a pensar qué significaba eso, pero él estaba allí, justo donde el destino la había soltado; de alguna manera, había llegado en mitad de la nada y la había encontrado en esta amplia ladera de la montaña. ¿Cuántas pruebas más podría necesitar alguien de que aquí era donde ambos debían estar? Ella echó la cabeza hacia atrás y dio una carcajada; la alegría perfecta que había imaginado podría ser suya después de todo.

"Oí que te habías metido en algunos problemas." Dragan la dejó en el suelo y se agachó al lado de su enemigo caído. Jan yacía retorcido entre las rocas en el frío terreno, paralizado por la agonía de una herida mortal. Sus ojos eran brillos febriles; su respiración, un intenso jadeo entre labios rosados de sangre. Dragan le preguntó: "¿Quieres un final?"

Jan luchaba débilmente con la empuñadura de la espada de Freya donde sobresalía de su costado. Sería una crueldad extrema moverla, a pesar de sus débiles esfuerzos por hacerlo, y Dragan apoyó una mano suavemente en la plateada copa del pomo. "¿Por qué la estabáis siguiendo?"

El hombre resollaba luchando contra los demonios internos en un esfuerzo por forzar el aire en las palabras. "Paske," consiguió decir.

Freya apartó de su espada la mano de Dragan, liberó el arma y la empujó hacia abajo entre las agitadas costillas para aquietarle así al hombre el corazón. La dolorosa lucha de Jan cesó y ella le pisó el pecho para sacar la hoja.

"Quiero saber por qué los enviaron a buscarte." Dragan se puso de pie, alzando las manos exasperado.

"Pues pregúntale a él." Ella señaló hacia las sombras de la pared rocosa donde su acompañante seguía acurrucado.

"¿Quién es?"

"Ese es Paske."

Freya ya se estaba moviendo para camuflar como pudiera el derramamiento de sangre. Si los otros jinetes regresaban, verían las señales de ascenso y las seguirían. Tal vez si huían hacia arriba ahora, con una hora de sol más o menos, llegarían a la protección de otro barranco o loma, o al menos pondrían una buena distancia entre ellos y sus perseguidores. Mejor aun si esos perseguidores cabalgaban más allá de este lugar y de sus muertos, creyendo que sus camaradas continuaban delante de ellos.

"Tenemos que movernos," dijo ella. "Levántalo y róble algo de ropa. Quiero acercarme lo más posible a la cresta y pronto. Hay cuatro más de donde vinieron estos y volverán."

Dragan estaba arrodillado con Paske, de espaldas a ella mientras Freya reunía las armas sueltas en una pila y se preparaba para arrastrar el cuerpo hasta el refugio de un matorral bajo. Cuando él se puso de pie, pudo ver un choque entre la postura de los hombros del oficial y el profundo surco de la frente. Él se encorvó allí sobre ella, su rostro gris y proyectando sus propias sombras. "Este no irá a ningún lado si quieres que sobreviva por mucho tiempo. ¿Y por qué subir cuando bajar es más rápido?"

"No podemos bajar," ella dio una carcajada, solo un poco fuerte. "Ya te lo he dicho, había otros jinetes con estos chicos. Continuaron por la carretera, pero no llegarán muy lejos. Regresarán tarde o temprano." Caminó por la pendiente hasta que estuvo a nivel del suelo donde él estaba y pudo leer claramente sus rasgos. "Lo llevo al frente. Tiene noticias para los hombres allí. Tiene teorías sobre nuestra guerra." Le dio una patadita a Paske y él se apretó más las capas alrededor de sí mismo, sentándose acurrucado como un niño miserable. "Díselo," dijo Freya.

"Díselo tú misma."

Ella sonrió de nuevo. "Qué gruñón, ¿verdad? Te lo diré mientras cabalgamos. Dragan, venga. Estás aquí ahora, como deberías estar. No voy a encajarme en mitad de una roca oscura como un caracol largo tiempo muerto. Estoy aquí, ni a cinco leguas de la línea del frente, sin ningún otro lugar adonde ir." Dio un impaciente pisotón al suelo. "Y tenemos que irnos ya."

Él negaba con la cabeza lentamente, tomándose momentos que no deberían perder para considerar cosas de las que él nada sabía, y la frustración en Freya ascendió por la espalda y ella se acercó a punto de estallar.

"No," dijo él en voz baja. "No estoy aquí para ir a la guerra. Estoy aquí porque oí que tenías un escuadrón corriendo detrás de ti. No sé por qué, y ya no estoy seguro de que me importe. Pero si es este el oficial que ordenó la persecución, llevarlo con otro escuadrón de hombres armados significa problemas. Puede que él sea de la administración, Freya, pero es un oficial. Lo llevamos a decirle a sus hombres qué, exactamente."

"¿Por qué eres tan cabezota? Movámonos y hablemos por el camino." Aquello se parecía demasiado a la última vez que habían hablado y la vez antes que esa, y la pendiente en la que ella se encontraba era muy probable que resbalara. Sus puntos de vista sobre la lucha se acercaban demasiado a las historias que contaba Paske. ¿Por qué quería él palabras de pronto? Ese nunca había sido el punto fuerte de ambos.

"Dime," exigió él sin levantar la voz. "Si esto es una pelea aquí o una pelea allá, yo elijo aquí y ahora, a menos que puedas darme una buena razón para avanzar más lejos."

Esa no era elección de Dragan y él no podía quitarle esta libertad. Otra vez no. No cuando la vida de Freya estaba tan cerca que ella podía saborearla en la brisa. No cuando él había salido de la nada para estar a su lado, como debería ser. "¡No! Confía en mí, me dijiste. Confía en mí, quédate aquí. Todo irá bien. Estarás bien." Quiso romper con la frustración que se estaba endureciendo alrededor de sus extremidades e impidiéndole avanzar, y agarró jirones de aire en sus puños, sosteniéndolos como un desafío. "Pues no va bien. No estoy bien. Ya no puedo volver. Él se ha asegurado

de eso, al menos. Y no puedo huir. No lo haré. Voy a subir esta montaña y me voy a llevar esa rancia mierda de cabra conmigo." Ella estaba gritando y no había oído su voz alzarse. Esta había ido ascendiendo mientras fríos temores aumentaban en su interior; miedos y furias que ella había controlado cuidadosamente durante dos meses o más. "Si tú no vienes, pues no vengas, pero no me vas a alejar otra vez de mi vida y de mi viaje. ¡No me obligarás!"

Ella giró en redondo y examinó los cuerpos a su alrededor en busca de algo adecuado para su prisionero. Resbaló en el pedregal, haciéndola caer sobre una rodilla y tambaleándose sin gracia. La mano de apoyo cayó sobre una pequeña roca y ella giró el torso y la arrojó con fuerza hacia donde él estaba.

Dragan esquivó la piedra con facilidad. "Está bien, no lo haré," respondió él sonriendo y se volvió para ayudar a Paske a ponerse de pie.

Freya cabalgaba delante tirando de los caballos de repuesto detrás de ella como si estos representaran lo único que en este mundo quería detenerla. Ella quería correr. Dragan podía verlo en la tensión de los hombros y en su sombría insistencia por tomar la iniciativa. Él cabalgaba detrás en silencio, mirando a su acompañante herido.

Estaba contento por el momento de darle el espacio que ella necesitaba. El tiempo en la ciudadela había sido duro para ella. Estaba pálida y la fuerza que él había conocido en ese agarre había desaparecido. Su espíritu nunca se adaptaría a las oscuras habitaciones de la burocracia, pero él había esperado que se quedara. Una vana esperanza.

Ella no podía regresar al frente, no si tenía el menor pensamiento de sobrevivir. Era un suicidio tan seguro como arrojarse desde esas alturas. Él podía seguirla y dejarle algo de espacio para respirar, y cuando estuviera lista, le diría lo que había planeado.

La montaña se elevaba debajo de ellos mientras el sol se ponía a sus espaldas, y hasta donde él podía ver, no había señales de jinetes en

el camino muy abajo. Cuando las sombras se cernieron a su alrededor, hubo al menos una sensación de alivio. "¡Freya! Tu hombre aquí necesita parar o se caerá. A los caballos también les vendría bien un descanso." Habría añadido: «A mí también», pero eso habría sido ceder terreno en la discusión que se avecinaba, así que se guardó el sentimiento para sí mismo.

"Deja que se caiga," respondió ella y no dio señales de bajar el paso. El terreno era empinado y se elevaba. De todos modos, aquel no era un buen lugar para hacer una pausa, por lo que él decidió permanecer en silencio. Cuando ella hacía un descanso y acampaba, era porque la oscuridad se había convertido en una amenaza en sí misma. El fino deslizamiento de la luna no ofrecía ninguna guía y los caballos se asustaban en el terreno accidentado, nerviosos por su propio equilibrio. Ya era hora y ella estaba llevando su paciencia y su resolución al límite.

Su acompañante había resistido en silencio y eso no presagiaba nada bueno para él. Dragan dudaba que él hubiera elegido el estoicismo, lo cual dejaba la opción de la debilidad, y no cabía duda del daño que ya habían causado la pérdida de sangre, la fatiga, la deshidratación y el hambre. Una vez más, solo Freya podía responder por tales malaventuras.

"¿Quieres la primera guardia?" Ella se plantó ante él como una niña enojada, con los brazos en jarras y una mirada de desafío o de anticipación ante una pelea inminente. "Anoche no dormí."

Él asintió y le entregó las raciones del paquete de las alforjas de los soldados. "Y hasta entonces puedes decirme cómo planeas sobrevivir cuando pases estos picos. Si es que lo haces. Tenemos tiempo."

"Ya te lo he dicho," dijo ella arrodillándose junto al pequeño fuego para calentar un cazo de agua. "No puedo volver a la ciudadela. Me dijo antes de irme que se aseguraría de que no regresaba y luego me envió con un rollo de papeles... "

Ella se levantó de un salto rápidamente y corrió hacia la silla y la alforja, sacando una mochila y apresurándola hacia donde él estaba sentado. "¡Toma! Se trata de esto. ¿Qué hay en esto? ¿Qué dicen?"

Dragan comenzó a desabrochar el paquete. "Sigue hablando," dijo él.

"No hay mucho más que decir. Su emboscada no salió como él había planeado, y él es como lo ves." Sonrió mientras arrancaba tiras de carne salada de las provisiones y comenzaba a masticar.

"No lo mataste." Por alguna razón, al parecer, Freya había decidido que él iba a cruzar las montañas con ella. El cilindro de cuero quedó libre y él giró la parte superior y sacó las raídas láminas de donde se habían amontonado y atascado.

"Dijo algunas cosas. No pueden ser verdad, o yo espero que no lo sean, pero tienen un terrible sentido. Las mismas cosas que dijiste tú antes de dejarme allí."

Dragan gruñó y asintió. Durante muchos años él había reconocido el silencio como una valiosa herramienta de conversación. Lo que no entendía ahora, se aclararía con el tiempo. Los rollos estaban arrugados, las áreas dañadas se separaban donde se habían doblado y retorcido. Todos habían sido empapados con un líquido oscuro y secados, por lo que la integridad del pergamino estaba comprometida. Si alguna vez se habían dispuesto en orden, se había alterado por completo y, de todos modos, la tinción había borrado la mayor parte del texto.

"Dijo que la guerra no es importante. Dijo que no tiene otro propósito que librar al imperio de la inmundicia. De nosotros." Enfatizó esto con unas palmadas en el pecho y se acercó, como si mirar por encima del hombro pudiera hacer que las palabras de los pergaminos que él sostenía tuvieran más sentido para ella. "Dijo que eso estaba funcionando. Funcionando demasiado bien. Dijo que nuestros números habían bajado porque habían hecho un buen trabajo matándonos."

Al otro lado del fuego, tumbado de lado y posiblemente dormido, Paske comenzaba a parecer alguien que Dragan no tenía motivos para salvar. Sus palabras, mientras Freya las pronunciaba, se convirtieron en una fría y dura ola de ira en lo profundo de su estómago. Con demasiada frecuencia, su vida le había parecido una lucha sin sentido contra hombres que no tenían más motivos que él

para odiarlo. Y, sin embargo, a pesar del sentido que tenía, había un corazón, un núcleo de razón que no permitía que esos pensamientos fueran verdaderos.

Creerlo era convertir en nada la vida y la muerte de generaciones. Aceptarlo convertía en mentira todas las cosas que había creído sobre su hogar y el imperio, y el lugar de todo el mundo en este.

Hacía del imperio una mentira.

"¿Qué hay en los pergaminos?" Ella recogió dos láminas sueltas y las extendió a la escasa luz del fuego. "Los traje conmigo porque sabía que allí habría hombres que sabrían leer. Quiero que Paske les cuente todo lo que me dijo, Dragan. Quiero que se ponga de pie frente a los hombres que envían a morir y les diga lo que han hecho."

A la luz del fuego, había un aire de fanatismo en el rostro de Freya. Ella había visto una situación imposible y había encontrado una manera de aferrarse a la vida que amaba. Podía regresar con las tropas, no tullida o defectuosa, sino como portadora de la mayor revelación que el imperio había conocido.

En un único momento de destello, Dragan miró a lo largo del estrecho eje de posibilidad hacia el futuro y lo que este depararía. Todas las esperanzas que él había alimentado, todo el trabajo, todos sus planes, se desvanecían en un torrente de sangre que se esparciría desde la frontera y atravesaría las montañas, el bosque y las granjas. Todo el camino hasta su único refugio seguro.

Al seleccionar un pergamino que tenía grandes secciones de texto aún claras, comenzó el lento y laborioso proceso de lectura. Tenía que estar seguro, al menos, de que lo que decía este monstruo era cierto. Si Freya llevaba esta información a hombres armados y entrenados para la muerte, tarde o temprano la revolución arrasaría el imperio y nadie estaría a salvo de la guerra.

16. Verdad

Desde donde estaba sentado, Paske podía distinguir la oscuridad de la forma dormida de Freya. El hombre que se les había unido se había perdido en la noche. ¿Cuán lejos? No podía estar seguro. Acercándose la capa alrededor de sus hombros, levantó una mano ante los ojos. El temblor decía más sobre su debilidad que el frío mismo. El frío le devoraba el corazón. El frío le recorría los dientes hasta que ya no le castañeteaban, solo estaban unidos y ardiendo en una dolorosa miseria. Pero el temblor que vagaba en irregulares ráfagas le recoría la columna o se instalaba en las articulaciones de las caderas, por lo que sus piernas parecían dislocadas, eso provenía de una debilidad más profunda que cualquier cosa que él hubiera imaginado posible.

Si tuviera solo un momento, solo uno, y la fuerza para levantarse y cruzar la distancia hasta donde ella yacía, la habría golpeado allí con una piedra o un palo o con los puños desnudos. Observó temblarle los dedos. No tenía ni la fuerza de un potro recién nacido. Aunque pudiera fingir que controlaba sus miembros, estos no querrían llevarle más allá del fuego.

La ira que vino con tal comprensión ardía tan profundamente como el frío. Le torcía el labio en una mueca de desprecio y él habría llorado de vergüenza, pero un paso por detrás lo sacó de su cruel ensoñación.

"Tú puedes decirme lo que no está escrito ahí." Dragan dejó caer una manta de lana sobre las piedras y se sentó encima, lo bastante cerca para hablar en voz baja. "O lo que ha sido borrado."

"¿Por qué iba a decirte nada?" El daño hecho a su garganta al ser amordazado había empeorado con la espantosa sequedad del viaje. Su voz crepitaba como ramitas sobre la grava, el sabor de la sangre subía con cada respiración y el esfuerzo de hablar hacía que su nebuloso cerebro le diera vueltas.

Dragan levantó el frasco de agua. La tentación de lanzarse hacia este era más de lo que Paske podía soportar y la capacidad de llegar

hasta el mismo, más allá de su ser. Lo único que logró fue un gemido y un inoportuno arrebato.

"Sí, te lo daré. Quiero saber cuánto de lo que le dijiste es cierto."

Su captor no arriesgaba el agua, la mantenía firme mientras Paske bebía, sus propias manos débiles no eran más que guías en el camino hacia su boca. No podía pensar en nada que decir que pudiera salvarlo y no había forma de saber qué podría condenarlo en el acto. Sacudió la cabeza, "¿Qué quieres? Te diré cualquier cosa que te gustaría oír."

"Sólo la verdad. Yo juzgaré si me gusta o no."

Paske sabía lo poco de texto que era legible en los pergaminos, y darle sentido fuera de orden y contexto sería casi imposible, pero Dragan debía de haber leído lo suficiente como para haber planteado verdaderas dudas. Paske asintió. El tenue calor del fuego oprimía sus pesados párpados. Estos querían cerrarse. Su mente era una niebla de dolor y disociación. Deseaba tener la fuerza para luchar. Deseaba tener la fuerza para cortar y castigar. Deseaba tener la fuerza para convertir su ingenio y encanto en un arma. Pero lo único que tenía era una lengua espesa, una garganta reseca y la voluntad de mantenerse con vida.

"Todo es verdad," dijo al fin. Dicho esto, el peso de las consecuencias pareció estallar como una burbuja. No tenía más voto en su vida o muerte, y una risa tartamudeó de su pecho. Volvió a señalar el frasco con los ojos apenas abiertos, arrastrando las palabras como un borracho. "Todo es verdad." Tragó, luego echó la cabeza hacia atrás y hizo gárgaras para eliminar la sequedad. "Y más. ¿Me vas a matar ahora?"

"Cuéntame más."

"Más. ¿Cuánto tiempo llevas en el frente? ¿Por qué no ibas a saber nada de lo que yo pueda decirte? ¿Tan estúpidos sois todos, como parecéis?"

"Tal vez."

"No quiero pasar esa montaña. ¿Hay algo que pueda decir para evitar que eso suceda?"

Dragan guardó silencio. Le tendió el frasco de nuevo, generoso con el agua, ansioso por facilitar el intercambio de esta información.

Paske no veía amor en la expresión del gran soldado, pero había una compleja confusión que podría haber sugerido reluctancia. ¿O era solo la luz del fuego en movimiento? Paske dejó caer la frente sobre la muñeca y se la frotó, manchaándose una costra reciente. "Hay más. Durante los últimos veinte años, las cifras del frente han ido cayendo. Lo habrías visto. Las armas son mejores. Cada año hay menos hombres con experiencia en juego. Los jóvenes mueren más rápido." Se encogió de hombros, indiferente a los hechos. "Podríamos reducir las campañas; la estrategia de batalla podría haber sido mejor." Levantó la cara y sonrió: "Pero nos hemos vuelto tan buenos librándonos de todos vosotros que me pareció una pena parar."

El odio se movió en el rostro de Dragan ahora, pero sus manos se mantuvieron firmes, sosteniendo el frasco al alcance de la mano.

"A las clases medias les encanta una historia de gloria bélica. Les encanta oír que nuestros valientes sufren por amor a ellos y a su imperio. A los nobles les encanta saber que están a salvo, seguros detrás de una muralla de carne y hueso." De nuevo rió. "Y todo hombre decente quiere saber que los barrios bajos y los guetos están siendo despojados de vida. Todo hombre vivo decente desea fuego y destrucción en sus apiñados nidos de suciedad alrededor de nuestras ciudades. Chupando sangre y fornicando y pariendo "

Su vehemencia le provocó una tos ronca, y Dragan apartó el frasco, dejando pasar el paroxismo antes de ofrecerle la bebida de nuevo.

"Tú no eres como ellos, ¿verdad?" Había algo limpio en el grandullón. No se acobardaba como solían hacer las filas de los veteranos. No cojeaba ni se retorció cuando se movía. Había casi una nobleza en su carne, aunque más bien ganada que soportada por la naturaleza, y surgió la idea de que tal vez este hombre, como el mismo Paske, era víctima de crueles destinos. "¿Dónde naciste?"

No hubo respuesta. Quizá vergüenza: tales cosas no eran fáciles de discutir. Paske sentía los ojos pesados, secos y llenos de una espuma que le nublabla la vista. El agua, a pesar de calmarle la irritada garganta, hacía poco por aliviar la gruesa desarticulación de su lengua. "Yo también he decaído," dijo en voz baja, hablando tanto a las resonantes profundidades como a Dragan.

"Hay más," apuntó Dragan.

"Sí." Él asintió y el movimiento hizo que su cabeza diera vueltas salvajemente. Se atrapó la frente con una mano débil y suspiró. "Los labradores," murmuró. "Las ciudades están pasando hambre. La población de buenos ciudadanos está creciendo y nos estamos quedando sin espacio para vivir cómodamente. Los artesanos construyen más ciudades pero no podemos encontrar la comida que necesitamos. Las granjas, ya ves. Las presiones aumentan. Agitación." Sacudió la cabeza y trató de mirar claramente a Dragan. Necesitaba evaluar el impacto que estaban teniendo sus palabras. A la luz del fuego, parecía que este hombre entendía. Parecía comprender las implicaciones, las tensiones.

"Demasiados pobres de las granjas han sido atraídos al ejército."

Dragan asintió y el reconocimiento lo impulsó a seguir adelante.

"¿Lo entiendes? ¿Sabes lo que debe venir ahora?"

Aún reinaba el silencio, su captor miraba fríamente el fuego, rumiando con fuerza sus propios pensamientos. "Los segundos hijos de familias nobles están siendo enviados al desierto." Paske volvió a reír; la ironía de los hombres de alta cuna que son apartados de la fila sólo para mantener a los de arriba en su lugar le parecía una justicia poética. Aquellos que lo habían juzgado y enviado abajo terminarían ellos mismos en una casta inferior a la suya, y eran sus historias de gloria las que los convencerían de la necesidad de irse. Por última vez bebió profundamente.

"Necesitamos el excedente, ¿ves? Si no tenemos suficiente para alimentarnos, ¿qué podemos comerciar con Verdán? No tenemos minas."

Las palabras fueron arrastradas y murmuradas, y probablemente no hubieran tenido mucho sentido si Dragan no hubiera sentido el eco de cada sílaba en su interior. Lo poco que había leído en los pergaminos, él no tenía deseos de creerlo, una retaña de palabras que conocía en una serie de las que no, y eso en partes y piezas. Le había leído algo en voz alta a Freya y ella no había visto más pruebas en ellas que él.

Pero Paske estaba lleno a rebosar con el amor de su propia sabiduría. Lo que no estaba escrito era mucho más importante que las fantasías de unos pocos mentirosos trastornados que contaban historias a su gusto sobre batallas que nunca habían visto. Lo que importaba era su odio por generaciones de hombres cuyo crimen era nacer entre los menores mortales. No había mentiras en ese odio. Era una verdad simple y Paske sentía que no necesitaba explicación ni excusa. Él y sus semejantes estaban librando al imperio de su vida más baja y estaba orgulloso del trabajo entre manos.

Y Dragan lo había sabido. Durante años, con la paz curativa de los pastos que aliviaba de su mente los horrores del campo de batalla, había razonado sobre la forma en que funcionaba el mundo. Él mismo había elegido los mejores y más fuertes terneros y castrado a los demás sabiendo que así mantendría la mejor manada con sólo los más fuertes y mejores. Él mismo había seleccionado al más débil, al más viejo y al cojo al elegir la siguiente bestia para la mesa. Entendía la razón fundamental.

Y con los rostros de los hombres que había conocido de repente con tanta claridad ante él, a la luz del fuego, sintió náuseas en el estómago.

También sabía la verdad sobre la necesidad de hombres en la tierra. La demanda de vellón, ganado y cultivos crecía todo el tiempo y la presión para satisfacer las demandas del arancel significaba que muchas buenas granjas estaban perdiendo el ganado de cría y cultivos de semillas a manos de los fiscales. La tierra necesitaba hombres para trabajarla y las ciudades iban a enviarlos.

Porque necesitaban comerciar.

Paske había quedado en silencio y Dragan apretó los dientes por el obscuro coste de todo ello. Todo era como siempre había sido, más tiempo de lo que nadie podía recordar. Los fuertes gobernaban, los débiles iban a la guerra.

No solo los más débiles ahora, sino una generación de labradores habían sido sacrificados para mantener este precario equilibrio. La respiración de Dragan se iba dificultando mientras pensaba, se le revolvió el estómago mientras las revelaciones le hacían querer vomitar.

Sacudió el frasco que ambos sostenían, haciendo volver al oficial de la fuga en la que se había deslizado. "¿Que quieren?"

Paske se agitó, pero le resultaba más difícil mantener la cabeza erguida. Freya había detenido la hemorragia de su herida, pero necesitaba un galeno. En un hospital de campaña con todas las hierbas e instrumentos a mano, sus heridas podrían no haber sido fatales. Aquí y ahora lo eran. Paske tiritaba. Constantes espasmos de escalofríos lo zarandeaban y, a pesar del frío en el aire, su piel estaba caliente al tacto. Tendría suerte si veía el amanecer.

"¿Quién?" consiguió decir, pero fue un susurro ronco.

"Los Verdán. ¿Por qué tenemos que defendernos de ellos? ¿Qué estamos protegiendo?"

Dragan no esperaba el impacto de la risa. Parecía como si Paske hubiera echado la cabeza hacia atrás por la simple alegría de lo que tenía que decir, pero la debilidad y la fiebre habían paralizado sus respuestas. Su regocijo fue una cosa ahogada y burbujeante, un sonido feo. "¡Nada!" Recogió el frasco, luchando por llevarlo a los labios y tosiendo al inhalar líquido con sus risas. "Nada. Cambiamos nuestro exceso de cultivos por su acero. Ellos no tienen necesidad de aceptar nada."

Acero. ¿El acero de las armas? Intercambiaban armas para usar en la guerra.

Dragan se levantó.

Mirando al hombre a sus pies, debatió brevemente los medios de una muerte rápida. No tenía corazón en sí para la crueldad absoluta, pero ninguna bondad suplicaba en nombre de Paske. En cambio, él optó por hacer que el oficial se pusiera de pie. El camino que habían subido era empinado, apenas más que un acantilado formado por escombros. Salpicado de afloramientos rocosos y deslaves azotados por la lluvia, era una amplia extensión de muerte. Frío. Expuesto. Y desdeñoso de debilidad. Él había vivido en laderas de montañas como esta durante quince años.

Sosteniendo a Paske por el hombro de su túnica prestada, Dragan lo movió hasta el borde del pequeño llano en el que estaban, lo agarró por el asiento de los pantalones, lo levantó fácilmente y lo arrojó montaña abajo.

En cuclillas junto al fuego, miró las llamas y luego las dejó atrás hacia donde Freya dormía.

Comprobó el progreso de las estrellas. Debería despertarla para su guardia, pero él no tenía necesidad de dormir. Déjala descansar.

Del cilindro de documentos sacó los pergaminos y uno por uno los arrojó a las llamas.

Freya podía dormir. Al amanecer ambos viajarían, pero aún tenía que decidir en qué dirección. Había tirado a su rehén y él estaba quemando las pocas pruebas que tenían. Mañana sería un buen momento para decirle eso a Freya.

Se frotó la barbilla. No era solo una cuestión de prueba, aunque Freya hubiera imaginado que iba a necesitar a Paske o sus pergaminos. Juntos eran lo bastante conocidos como para dar credibilidad a cualquier mensaje a las tropas. Si es que iban a hacerlo. No, no era una prueba, y si Paske hubiera muerto en su saco de dormir y los pergaminos estuvieran a salvo en su cilindro, eso no habría marcado ninguna diferencia para nadie. Pero hacerlo sentaba mejor. De alguna manera, destruir la evidencia hacía que el horror fuera menos severo. Sus vidas no habían sido más que sobrevivir a una atrocidad; sus habilidades, lejos de ser un bien

valioso, solo eran molestas técnicas que los habían mantenido con vida.

Esta noche y mañana, en el frente de batalla, los hombres lucharían y morirían. Y por nada.

Pero él había terminado con eso. Había cumplido su tiempo y había sobrevivido. Se había ganado su pedacito de seguridad, y por todos los honorables demonios que él quería tomar lo que se había ganado y disfrutarlo. Si seguía adelante con Freya y corrían la voz a lo largo de la línea del frente, si decían que todos los hombres allí eran víctimas de un cruel sistema que jugaba con sus vidas como fichas, la guerra podría terminar. Terminaría.

Y miles de hombres enojados estarían buscando sangre y venganza.

17. Ven Conmigo

Amanecía cuando Dragan la despertó. Freya estiró su dolorida espalda antes de intentar sentarse. Tumbada cerca de un decadente fuego con poco que la privara del suelo pedregoso, deseó su bañera de agua humeante y los pequeños lujos de la ciudadela. Cuando se levantó, rascándose el cuero cabelludo y bostezando, él puso ante ella una taza de té humeante y un poco de pan de las raciones de los soldados. Le tomó un momento darse cuenta de que Paske había desaparecido.

"¿Dónde está?" Se le aceleró el pulso, pero estaba dispuesta a oír hablar a Dragan antes de sacar cualquier conclusión. En el estado en el que se encontraba Paske, era poco probable que se hubiera escapado.

"Muerto."

Dos de los caballos estaban ensillados y una selección de equipo recogido de los distintos paquetes yacía al otro lado del fuego desde donde ella estaba sentada. "Bastardo." Ella sonrió. "Quería mantenerlo un poco más."

"Come," dijo, "y movámonos."

Freya se puso de pie y trepó a un pequeño afloramiento de roca, mirando a lo largo de la cresta que habían ganado hacia un pequeño hueco que corría hacia el sur. Más allá del desnivel, el paso entre picos era claramente visible y la ruta parecía bastante sencilla. "Más fácil a la luz del día," dijo medio para sí misma. "Podemos cruzar la cordillera allí y luego comenzar hacia el este."

Ella aceptó su silencio como un acuerdo. Los jinetes podrían estar acercándose a estas alturas, y la forma fácil tenía que ser la mejor. Necesitaban cubrir algo de terreno. Volviendo a su té y pan, levantó el cilindro de documentos y notó su peso. "¿Dónde están?" Levantó la caja vacía y frunció el ceño.

"Quemados."

"¿Por qué?" La incertidumbre estalló y la sospecha provocó el pánico en los latidos de su corazón. Ella dejó caer el cilindro y siguió a Dragan mientras él cargaba los paquetes en los caballos y los ataba en su lugar. "¿Qué tenemos que mostrarles a los hombres ahora?"

"Nada. No necesitamos nada." Él le estaba dando la espalda y eso la ponía de los nervios. Él siempre ocultaba los ojos cuando tenía secretos que guardar. Sin alzar la vista, pasó a lado de ella hacia el fuego y comenzó a pisotearlo.

"¿No? Paské está muerto y has quemado la única prueba que tenía de lo que me había dicho. No era gran cosa, pero les habría mostrado al menos que los oficiales administrativos están mintiendo a la gente de las ciudades sobre la guerra. Nadie va a querer creer eso. Espero que puedas explicarlo tú todo cuando lleguemos."

"No vamos a ir al frente." Él seguía con la cabeza gacha, concentrado en pequeños tareas, hablando como si la decisión fuera suya y de ninguna importancia para ella.

Maldita sea todo, maldita sea, maldita sea; la irritación gemía en su garganta y ella pateó el suelo detrás de él. "¡Sí vamos! Te lo dije. Yo voy, tanto si vienes conmigo como si no." Corriendo para igualar su paso, ella le circuló y trató de bloquear el camino hacia la montura que él estaba cargando. Ahora entendía por qué él se había derrumbado con tanta facilidad la noche anterior, y ella maldijo al sol y la luna y todos los instintos de su cuerpo que deberían haberle advertido que esto pasaría.

"Yo no. No tiene sentido. El frente está al este, la casa al oeste."

"No puedes irte a casa, Dragan. No puedes irte sin decirles a los hombres con los que hemos luchado durante quince largos años que todo esto es en vano. ¿No quieres detener esto? ¿No eres tú quien dice que no hay nada por lo que los hombres luchan y mueren más que el oro de otra persona?"

"Lo he dicho antes. No detuve a nadie entonces." Pasó junto a ella, recogió una manta enrollada y se la puso bajo el brazo. Cuando ella dio un paso adelante, él se movió de nuevo para levantar un

paquete de comida medio lleno.

“Pero ahora sabemos que es verdad. Ahora lo hemos oído de la boca de la serpiente. Podemos detener la lucha. Siglos de guerra, ¡y podemos ponerle fin hoy!” Ella se apresuró a seguirlo de nuevo mientras él regresaba a los caballos.

"Tenemos que movernos," dijo él abrochando las correas del paquete de comida a la silla, entregándole las riendas de su montura y caminando hacia la línea de caballos de repuesto. "Esos jinetes estarán muy cerca ahora."

"¿Eso es todo? ¿Este es el fin de todo? ¿Yo me voy al este para cumplir con mi deber con mis camaradas y tú te vas al oeste para volver a casa?" Seguía intentando correr, renqueando sobre matas y piedras sueltas llenas de líquenes. Cuando él se detuvo y se volvió, ella derrapó en seco.

"¿Qué deber? Ni siquiera sabes si eso es verdad, pero si lo es, entonces no tienes un deber con este imperio ni su guerra. Tú y yo no le debemos nada a nadie, excepto a nosotros mismos. Nos debemos algo de paz. Lo hemos pagado con sangre."

"¿Y los demás? ¿No merecen la misma libertad?" Ella estaba regresando. Los hados habían hecho girar su rueda y, después de todo lo que ella había maldecido y llorado, por fin iba a regresar. "Yo voy a volver. Esta es mi vida. Así es como se supone que debe ser. Ellos me conocen. Los hombres que luchan me conocen y no se me recordará como una cobarde que huyó de la lucha. Yo seré quien les dará toda la libertad que se han ganado con sangre." Él no le iba a arrebatara la gloria. Otra vez no.

"¡Si es verdad!" gritó. "Si hay una sola palabra que dijo que cuente como algo más que intolerante rencor." Enrollando la cuerda guía de los caballos mientras la liberaba, Dragan levantó los brazos; "¡Yah! ¡Yah!" Los sobresaltados caballos retrocedieron de un salto, giraron y se reunieron para apresurarse por la cresta hacia el sur y sobre el valle hacia el paso distante.

"Si es verdad." Él habló en voz más baja, pero, cuando se acercó, había fuego y furia en sus ojos. "Sí. Y si vas a esos hombres,

aquellos por los que estás tan decidida a ser amada. Si les dices todo lo que crees saber, ¿entonces qué? Oh, serás su heroína como siempre. Tú serás quien les quitó su propósito y les quitó su orgullo y les dio la ira más feroz jamás encendida en cualquier hombre." Se enderezó acercando la montura al terminar. "Tú serás quien los hizo regresar de la lucha en las montañas para luchar en todo el imperio, quien los hizo volver para cobrarse su venganza sobre cualquiera que no les ha hecho nada." Subió a su caballo, mirándola como si fuera una pilluela acobardada dentro de la sombra de Dragan. "Tú serás quien los hizo pasar de una guerra con Verdan a un matadero en las ciudades de su propio pueblo."

Él tenía un airado comentario más, y solo uno, y si ella le daba motivo para usarlo, podría ser el que le rompiera el corazón el Dragan. Él ya podía ver el precio de cada palabra que había dicho. Las sombras en esas mejillas y ojos se habían oscurecido, y una máscara mortuoria lo miraba, conmocionada y silenciosa. Cada palabra la había cortado, despojado de la fantasía que ella valoraba más que la simple vida o la muerte, y la había dejado con una cruda realidad que él confiaba que ella no pudiera desviar.

"¿Me estás dejando?" Las palabras fueron tan quedas que apenas cruzaron el frío espacio entre ellos, pero lo golpearon como picas de hielo. Todas las horas entre la medianoche y el amanecer no habían sido suficientes para engendrar confianza. Ninguna convicción, ninguna determinación de que no hubiera otra forma de jugar la mano que él sostenía, podía bastar contra la imagen de Freya herida y sola.

"Ambos nos vamos. Yo me voy al oeste." Se alegró de tener la silla y de la fuerza del caballo debajo de él. Si tuviera que estar de pie lo bastante cerca para decir las palabras que había decidido, ella habría visto el miedo que temblaba detrás de sus rodillas y se retorció en su estómago. Este era caliente, rodaba como anguilas en una bolsa; como un viscoso nudo negro de traición. Ella habría visto su farol. Aún podía hacerlo. "¿En qué dirección vas tú?"

"Ven conmigo," suplicó ella.

Ella no tenía otra forma de discutir, él podía ver eso. Ella tenía los brazos laxos, los hombros hundidos y el pecho ahuecado por la necesidad. Le suplicaba desde lo más profundo de su ser y de lo que creía. Pero lo que ella creía, la iba a matar. Era menuda y gris en las sombras de la mañana, frágil e infantil. No había nada en ella que arrojar contra las maquinaciones del poder, nada más que carne y hueso roto.

"Dragan, por favor. Ven conmigo. Así es como mi vida se supone que es. Yo no quiero una libertad pacífica. No puedo sobrevivir a eso." Ella volvió a montar, tan rápido como siempre, pero la subida a la silla tiraba de los músculos y huesos desgarrados. Ella no podía ocultarlo, aunque no emitió ningún sonido. El dolor le cruzaba los rasgos como una almenara. Acercó más el caballo. "Podemos hacerlo de este modo, tú y yo. Sobrevivimos, ¿no? A todo. No importa qué. Siempre lo logramos. Siempre lo hemos hecho."

"Yo me voy a casa." No era suficiente decirlo. Él quería suplicar también, como había hecho antes, pero la elección que había hecho por ella en aquel momento había sido incorrecta. Aunque fuera lo único que podía hacer, quedarse en Orlik la había lastimado más de lo que él había imaginado posible. Había confiado en que ella encontrara un término medio y algo de orgullo, pero no podía haber sabido que los días en la ciudadela le iban a quitar tanto de sus fuerzas.

Espoleó a su caballo hacia adelante, moviéndose por la cresta hacia el sur, tratando de concentrarse en el terreno que tenía delante como si lo único que importara fuese encontrar el mejor camino de descenso. Cuatro pasos adelante y ella no le había seguido. Cinco. Seis. Siete. ¿Cuántos podría él soportar? ¿Cuán lejos podría llegar antes de quebrarse y volverse para suplicar?

"Dragan."

El acto reflejo tiró de las riendas, pero él hizo que el talón presionara el costado del corcel. Tenía que seguir moviéndose. Ocho. Nueve. Diez.

"Dragan, detente." Ella espoleó su montura para seguirle y el alivio se filtró de los labios de Dragan como una oración. Él siguió

moviéndose y ella siguiéndolo. "Lo intenté. Di lo mejor que pude y no funcionó, y aquí estoy. Mírame. Aquí es donde pertenezco. Y tú perteneces conmigo, aquí fuera, en las montañas."

"No, no es así." Esto era motivo para detenerse. Con este argumento podría mirarla a los ojos y hablar con el corazón. "Ya he todo lo que puedo soportar de esta vida. Ya he tenido suficiente sangre y suficiente frío y me he cansado de preguntarme si cada día sería el último. Pertenezco contigo, pero hasta llega. No hasta aquí afuera. No sobre las montañas. Tengo mi vida planificada, la he planeado durante años, y ahora puedo verla, puedo sentirlo. Puedo apoderarme de ella si renuncias a esta absurda fascinación por la lucha y vienes conmigo. ¿No has tenido suficiente?"

"No, supongo que no." Incluso intentó una pequeña sonrisa, pero esta no convenció a ninguno de los dos y la dejó pasar. "Lo echo de menos. Quiero sentirme como yo, como si estuviera viva."

Él sabía que eso era cierto. Había visto la luz de la manía brillar en esos ojos; conocía el calor que se elevaba en esa carne, la emoción y la risa que brotaban de esos labios cuando el riesgo era el todo o nada.

Había otras emociones. Ella encontraría una nueva alegría. Bebés.

Una imagen de Lenka suplicando, rogando por la oportunidad de ser madre, le vino a la mente y él asintió para sí mismo. Lo único que Freya necesitaba era la oportunidad también. Si podía encontrar la paz dentro de sí misma, sabría el anhelo que toda mujer siente. Ella estaría contenta. Él lo sabía.

Lo que necesitaba era seguridad. Un lugar donde ella pudiera relajarse y dejar marchar todos los miedos con los que había vivido. Un refugio. Un nido. Y él le había creado ese lugar, ojalá él pudiera llevarla allí. Ojalá pudiera hacer que el resto del mundo se mantuviera alejado.

Herida, con o sin esta, ella volvería al campo de batalla a morir. No cabía duda de ello. Pero al ver ese dolor, el anhelo en Freya, Dragan no se atrevió a decirle esa única verdad condenatoria. Que ella no era lo que quería ser. Que el tiempo y el dolor habían limado el filo

en el que ella había confiado. Eso en el que él había confiado también. Pero no podía decirlo. No podía retorcer ese último cuchillo para liberarla de sus sueños.

Su voz se convirtió en un susurro, una súplica desesperada. "Al menos podemos decirles a los hombres la verdad. Podemos irnos después de eso. Podemos dejarles que luchen, que se rebelen o que se emborrachen en la celebración, pero ¿no les debemos eso? ¿No puedes darme solo esta concesión? ¿Por favor?"

No, no podía. Si cabalgaban por la montaña juntos, morirían allí. La herida de Freya los condenaría a muerte a ambos y no había necesidad de ello. Todo lo que él siempre había querido los esperaba más allá del bosque, en las colinas y pastos alrededor del río Iultea. No podía decirle la verdad y él nunca le había mentado. Pero ahora, había demasiado en juego para discutir sobre los detalles.

"Eso no es cierto." Las palabras brotaron de los labios de Dragan. Ahora no había posibilidad de considerar la verdad o la mentira ni la ética del bien y el mal. Era tan simple como elegir vivir. Era su única opción. "Nada de lo que Paske te dijo es cierto. Él me lo dijo. Anoche." La repentina oscuridad que inundó sus ojos casi lo hizo detenerse. Sus palabras habían dado en el blanco. Dragan había encontrado la única mentira que podría evitarle a Freya el martirio. Solo quedaba un clavo más que colocar en su sitio y ella quedaría sujeta. "Él ya te ha marcado como una cobarde. Si regresas a Orlik o si vas al frente, serás desollada como desertora."

18. Entumecida

Freya oyó a Dragan cuando el aire frío de la mañana la llenó desde los dedos de los pies hasta las orejas y la congeló como un maleficio. Con todas las palabras que querían ser dichas, ninguna podía hacerse oír. Las expresiones que iban con estas se escurrían y pasaban fugazmente por el rostro de Freya, igual de erráticas y sin orden. Ella negó con la cabeza, encogió los hombros cuestionando o negando o preguntando qué era lo siguiente. Ninguno de esos pensamientos tomó forma.

Dragan apartó el apoyo que su enfoque le había brindado a ella. Desvió la mirada. Parecía avergonzado. Giró el caballo hacia la estrecha senda a lo largo de la cresta, moviéndose lentamente hacia el sur. Mirando a la distancia, ella podía ver el razonamiento de su compañero. Había que seguir en movimiento. Había que seguir en movimiento. Había un pliegue en la falda de la montaña más adelante; había algo de vegetación baja de matorrales que se aferraba al protegido sotobosque. Era probable que hubiera una especie de camino en las sombras. Lo bastante probable, y él tenía que seguir moviéndose.

Ella quedó allí en silencio, sorprendida por el hecho de no estar respirando. Echó un poco los hombros hacia atrás y tosió. Eso lo hizo más fácil.

Hacia el este, el sol naciente levantaba una fina niebla del poco profundo barranco junto a ella. Más allá de los pastos plateados y sobre la colina, se extendía el paso entre los picos. Los caballos liberados habían surcado líneas de puntos a través de la escarcha, marcando el camino hacia los senderos más fáciles del flanco este de las cordilleras. Curioso, la forma en que estas se elevaban tan rígidamente en el oeste, pero caían en capas más suaves en el lado este.

Su pecho se había endurecido de nuevo sin que ella lo notara y respiró hondo y contuvo el aire, estirándose.

Dragan estaba muy por delante ahora. Ella giró el caballo y miró

hacia el campamento que habían dejado. Él no había hecho ningún verdadero intento por decampar. Las bolsas desechadas yacían junto a la hoguera. Sillas de monta. Un desastre. Una vez que él se había encargado de despejar el lugar. Dispersado los desechos. Hecho que sus huellas fuesen más difíciles de ver.

Debajo de ella, la ladera de la montaña parecía inclinarse hacia afuera. El camino estaba allí, pero la pendiente se las ingeniaba para ocultarlo de su vista, y si los jinetes de los que huían estaban subiendo ahora, no había forma de verlos. No había ninguna columna de humo de ningún campamento en el aire. Quizá no hubiera persecución. Desde su posición de ventaja, parecía como si el bosque se extendiera sin marca por debajo. Un verde de lo más oscuro se extendía hasta donde ella podía ver. Excepto por la laguna.

Todo el imperio yacía ante ella más allá de los árboles oscurecidos, más allá de lo que sus ojos podían ver, y todo estaba allí a sus pies. Todo lo que había conocido de ese mundo era una ciudad muy al oeste. Estas seguían ahí fuera, las ciudades del imperio. Las había visto a todas en los tapices, repartidas por la costa, aferradas a los bordes, dejando las penurias de las tierras de cultivo, los bosques y las montañas a los menos merecedores.

Una vez más se dio cuenta de que había dejado de respirar mientras miraba el mundo que la rodeaba. Estaba vacío. Ella también estaba vacía y dejó que su pecho se llenara de nuevo. Parecía un poco inútil respirar si pensaba en ello. Se frotó el dorso de una mano fría con la otra. Tenía los dedos helados.

Era gracioso, pero no podía sonreír. Aquí estaba ella en la cima del mundo, con el aire libre y la libertad extendiéndose por todos lados sin nada más que los caprichos del paisaje para dictar adónde podía ir, y nada le brindaba ninguna dirección. Estaba sentada en medio de uno de sus mapas, mirando los verdes y arremolinados ocre. Y parecía que no tenía ningún sentido moverse.

«En el frente,» ella interrumpió el pensamiento. No había ningún lugar adonde ir en esa dirección. Hacia el norte, si ella seguía la cresta de las montañas, tal vez se encontraría en las murallas de Aporta. «No. No hay nada ahí.»

«Sur, Orlik.» Tosió de nuevo, pero se le había formado un nudo en la garganta y el sonido se ahogó. «Hogar.» Su hogar. Dedos helados se levantaron para rascarle un cosquilleo en la mejilla. Todo lo que ella era. Nada al sur. Ahora no, ya no.

Un pequeño gemido gutural le subió por la tráquea y escapó por la nariz.

Su vida y todo lo que quería estaba debajo de ella, al este, y no podía ir allí. Ni siquiera podía pensar en ello. No quería moverse, excepto tal vez para tumbarse en el suelo rocoso, rodar en una bola y hundirse en la montaña. Los picos se tragaban a los hombres; esa era una certeza con la que siempre podía contar. El suelo accidentado devoraba la carne y se bebía la sangre. Los lobos tomaban lo que querían y dejaban el resto para blanquearse hasta el polvo.

Si ella hubiera muerto en el campo la temporada pasada, ahora sería huesos blanqueados, o ceniza, quemada en gloria y arrastrada por el viento. Eso se había ido, esa posibilidad. Ni siquiera podía mantenerlo como un sueño.

Volvió a tirar de las riendas, tirando de la cabeza del caballo hacia el sur. Dragan se había detenido, congelado en el camino por delante, encorvado y sin mirar atrás hacia ella. La última vez que ella había dejado que las razones de Dragan ocuparan el lugar de sus sueños, había quedado atrapada en rocosas sombras y ella lo odiaba por ello.

No había nada que ella pudiera hacer, ningún lugar adonde ir, y no había suficiente calor en su sangre para invocar la ira. Nada en absoluto. Había retrocedido desde el borde de la felicidad perfecta hacia un abismo de libertad ilimitada. Una prisión de circunstancias, sin muros ni caminos ni propósito. Ni cualquier cosa sólida contra la que despotricar.

Al igual que la niña pequeña que se había escondido debajo de las carretillas del mercado y dentro de las cloacas, no tenía ningún lugar de pertenencia. Nada a lo que aferrarse. Nada que hacer.

En realidad, no podía tumbarse sobre las rocas. Y no podía sentarse

sobre este caballo en la cresta de una montaña hasta que ella decayera en polvo. Tenía que moverse, tenía que seguir moviéndose. Respiró hondo de nuevo, expulsando toda la rigidez de su pecho, y exhaló el aire en una larga y fuerte ráfaga.

Tocando con los talones el costado de su caballo, lo espoleó a trotar y siguió las huellas que Dragan había dejado sobre la hierba y las piedras.

Moviéndose directamente hacia el oeste, manteniendo el sol siempre adelante, Dragan atravesaba las pinadas sin el beneficio de las carreteras. Los troncos altos y rectos presentaban pocas dificultades para los caballos, y los tramos de oscuridad de densas hojas eran afortunadamente cortos. Él lidiaba con el silencio del viaje avanzando a la mayor velocidad posible.

Freya cabalgaba sin comentarios ni quejas, y él se convencía una y otra vez de que, como nunca antes, el final de este viaje justificaría cualquier medio. Una pequeña mentira y tanto a cambio.

No hizo ningún movimiento para detenerse durante el día; no le interesaba la comida. Más adelante, a no más de veinte leguas, estaba el futuro que él había creado. Cuanto antes estuvieran a salvo en casa, mejor. Después tendrían tiempo de recuperarse; tiempo para asentarse y encontrar una vida juntos. Y si él avanzaba con suficiente ritmo durante todo el día, podría salir de los bosques y seguir el camino hacia el norte hasta Bralz. Era demasiado pronto para que su regalo estuviera listo, pero encontraría la manera de darle a Freya lo mejor de esta vida.

Encontraría formas de hacer que la mentira valiera la pena.

"Dragan, ya es suficiente." La voz lo sobresaltó, como si lo hubieran atrapado o comprometido, y él tiró del caballo con fuerza. "Tengo que parar, esto es ridículo."

"Podemos parar," respondió él lamentando tanto la necesaria demora como la necesidad de seguir adelante. Claramente ella estaba sin aliento, y él se reprendió a sí mismo mientras ella

levantaba la cantimplora y bebía profundamente. "Podemos atravesar el bosque y salir a la carretera al anochecer si seguimos moviéndonos, eso es todo. Pero podemos tomarnos un descanso."

"Por supuesto que podemos tomarnos un maldito descanso. No tenías miedo de esos jinetes en la montaña; No veo por qué estás tan desesperado por dejarlos atrás aquí."

Su lógica lo detuvo por un momento y él se rió. "Los había olvidado." Era cierto, no había pensado en los hombres enviados a buscar a Freya desde el momento en que ella había decidido seguirlo por la pendiente y hacia el bosque. Ninguno de sus pensamientos había viajado hacia atrás. Toda su concentración estaba en el viaje que tenía por delante.

"Ya, claro." Ella bajó de la silla y arqueó la espalda. "No estamos huyendo del jaleo que monté, ¿verdad? Estamos corriendo hacia.... No, eso se me escapa." Soltó las correas de la alforja y extendió una incómoda sonrisa en el rostro. Era imposible fingir que aquello era humor real o que su situación era divertida, pero fue un intento de hacer que todo estuviera bien y normal, y él le devolvió la sonrisa.

"El paraíso," él terminó por ella. "Tendrás que creer en mi palabra, pero está ahí."

"Bien." La sonrisa había desaparecido y ella rebuscó pan en la bolsa abierta. Arrancó un pedazo y lo lanzó arriba hacia él, recordándole que podía bajar de su propia silla. Había una bolsa de manzanas secas, y ella las olió, hizo una mueca y las lanzó también donde él estaba. "Esos no pensaban estar fuera mucho tiempo, ¿verdad? Mira esta porquería."

"No." Él no había pensado en ello. "Supongo que creían que iban alcanzarte ayer y luego volver al cuartel al anochecer."

"Ocho de ellos." Hubo un poco más de alegría en la sonrisa que ella le lanzó, un poco de orgullo, aunque esta se moviera y se desvaneciera en un silencioso asentimiento. "No está mal para un desierto."

"No está mal."

Ambos comieron y Freya andaba para quitarse algunas tensiones en la espalda. Ella no habló sobre el hecho de que todo lo que ella siempre había querido de la vida se había perdido en un momento. No cuestionó el silencio de Dragan. Antes de que él pudiera verse obligado a reconocer su elusividad, la llamó para volver a viajar. En la penumbra del bosque, era más bien el instinto que la técnica lo que le decía que las horas que quedaban de luz del día eran pocas, y él se aseguró, mientras se alejaban de nuevo, de que llegaran a casa pronto. En cuanto estuvieran a salvo en casa, todo iría bien. Cuanto antes mejor.

La oscuridad había caído con fuerza cuando se liberaron de los árboles, pero la carretera era clara y ancha, empedrada de pálida piedra y fácil de seguir. Bralz estaba al alcance de la mano, con la promesa de comida caliente y habitaciones cómodas.

Bralz tenía otras ideas.

Con calambres en la espalda y muslos tras horas de montar, Dragan se permitió el pequeño alivio de encorvarse, soltando la rígida determinación que mantenía su espalda recta. Incluso sonrió, saludando brevemente a los dos primeros aldeanos que observaban su avance hacia la plaza del mercado. La posada, o lo que pasaba por posada, estaba lejos del centro de la ciudad, entre el prado del pueblo y los corrales del mercado.

La sala del frente olía a rancio, con cerveza y orina subiendo sobre el caliente hedor de la paja que se pudría lentamente. Había una olla de estofado sobre un fuego abierto, y un camarero se sentaba entre la docena de clientes, aparentemente sin interés en la llegada de sus invitados. Estaba solo en su desinterés. Todos los demás hombres de la habitación observaron abiertamente cuando ellos entraron, o de manera encubierta bajo las capuchas y detrás de sus tazas.

"¿Habéis pasado por aquí antes?"

Dragan asintió al hablante, un hombrecillo sin nada que lo marcara como algo diferente a un bebedor local. "Y tomaré una habitación de nuevo. Dos comidas, dos cervezas."

"Podrías tomar un establo." Intervino un segundo lugareño, menos inclinado a mantenerse libre de sombras más profundas en la parte de atrás. Dragan avanzó un solo paso, no hacia ninguna persona, sino para alejarse deliberadamente de la puerta.

A su lado, Freya se enderezó y él pudo sentir en ella antiguas iras aumentando y calentándole la sangre. Ella movía los ojos rápidamente sobre la asamblea, entornados mientras hacía una evaluación, y él quedó agradecido de que la espada de Freya la llevara ella atada a la mochila. Al menos no la tenía en la mano.

El propietario, un hombre que valoraba la paz o reconocía una competición desigual por lo que era, se puso en pie. "Hay una mesa," murmuró. "Tengo estofado. Y cerveza. La habitación está en lo alto de las escaleras." Movi6 su propia jarra de cerveza y algunas tazas hacia una mesa cercana, luego avanzó despacio hacia la olla de estofado y, uno por uno, los ojos de los observadores volvieron a fijarse en sus propios asuntos o en manos más acostumbradas a los arados que a las espadas.

Dragan hizo un gesto hacia la mesa libre y Freya tomó asiento, mirando hacia afuera para que él se sentara de espaldas a la habitación.

"Son viejos," dijo ella en voz baja, bebiendo cerveza y evaluando con calma a todos los demás hombres en la habitación.

"Lo son." El asintió. Ella estaba agarrando el asa de la taza con fuerza, y se le habían formado arrugas de tensión alrededor de la boca y ojos. El posadero dejó caer dos cuencos en la mesa frente a ellos y, mientras lo hacía, varios clientes se levantaron para irse. "Y no son nada para nosotros. Come."

19. Anillo

Freya los observaba observándola mientras los hombres salían de la habitación y saboreó el amargo regusto de su pasado. Se llenó la boca con una infusión espesa y la hizo girar, succionándola con los dientes mientras tragaba. "¿No tuviste ningún problema aquí, antes?"

Dragan no levantó la vista de su comida. "Come," repitió como si la comida fuera a llenar cualquier agujero que ella pudiera haber rasgado. "Quiero hablar contigo. Hay cosas que debemos resolver."

Trozos de cartílago gris resbalaban fuera de la punta de la cuchara de Freya, y un nabo verde grisáceo se escondía entre una salsa gris verdosa. No había apetito que esta comida pudiera satisfacer. Bajo la vaga consciencia del hambre, se le revolvió estómago. Este estaba vacío, y parecía mucho más fácil servirse otra jarra de cerveza y dejar que el amargo tónico la llenara lentamente hasta el borde.

También era más fácil apartar la mirada de las cosas que dolían demasiado para darles palabras. Hasta ahora, algunos de los problemas que habían surgido de sus elecciones habían sido vagos. Hasta ahora, ahí permanecía en ella la esperanza de que todo volviera a ser como debería haber sido. Hasta ahora.

En una ciudad comercial donde los viejos labradores se reunían para beber y lamentarse, en lo alto de las escaleras de una sucia posada, una habitación esperaba. En la cima de la montaña había demasiado de nada y ningún lugar adonde ir, pero ahora ella descubría que había seguido a una velocidad vertiginosa para encontrar una pequeña habitación donde cuatro paredes podrían cortarle todo el aire.

Recogió un trozo de nabo con la cuchara y lo aplastó. "Si hubiera gresca, ¿cuántos de ellos crees que podríamos cargarnos? Yo creo que todos, pero parece que la mayoría de ellos preferiría escupirme y marcharse que quedarse a discutir su mensaje."

"Come."

"No quiero comer. Bebe. Toma, déjeme servirte un poco más de esta fina cerveza amarga. Ella sirvió hasta derramar la taza y él la apartó de su alcance. "No la desperdicies," dijo ella. "Bébetela."

Cuando él alzó la vista, apartando el cuenco vacío de un empujón y llevándose la taza llena a los labios, tenía sombras en los ojos que hicieron que el revuelto estómago de Freya diera un vuelco. "Si no quieres comer, deberíamos ir arriba."

"Quiero beber. Y tal vez hacer nuevos amigos aquí. ¿Cuáles crees que son mis posibilidades?" Ella intentó sonreír y confió en que fuera más brillante de cómo se sentía. Se le habían enfriado las mejillas y un entumecedor miedo se le extendía por la columna vertebral. Le temblaba la mano que sostenía la jarra de cerveza.

"Es tu ropa, eso es todo. Si llevas faldas, esto no sucederá."

"Así de simple, ¿eh? Bueno, bebamos por eso." Intentó volver a llenarle la taza, pero él la tapó con la mano y miró a Freya directamente a los ojos. Ella posó la jarra en la mesa, buscando en cambio su propia taza, pero él le agarró los dedos. La mano libre de Dragan fue al cuello, hacia una bagatela atada que él llevaba dentro de la túnica, y tiró para partir el cordón que la sujetaba.

"Esto es para ti." Palmeó la mesa y, cuando apartó la mano, había dejado un anillo de plata. El cordón de cuero aún estaba enrollado entre los dedos y él lo levantó lentamente, permitiendo que el anillo se deslizara fuera del mismo y rodara para asentarse entre ellos. Era una sencilla alianza, una aplastada trenza de cables, pero la aterrorizó.

"No he hecho que me elaboraran un contrato, pensé que ya tendría tiempo, pero eso es bastante fácil." Él sonrió hacia ella, y un zumbido comenzó a pitarle a Freya en los oídos que hizo que la voz de Dragan pareciera muy lejana. Él se aferraba a los dedos de ella, tensos, comenzaban a palpar con la presión de su agarre. "Todo lo que tengo es tuyo, para compartir."

De pronto, ella deseó haber comido. La cerveza le burbujeaba hacia el cerebro haciendo que su incómodo estómago se abalanzara entre espasmos, y no parecía haber suficiente aire en la habitación. Ella

no dejaba de intentar respirar, pero su pecho rehusaba llenarse. "¿Y yo?" susurró ella con boca seca y vacilante. "¿Qué te doy yo?"

"Tú. Solo tú."

"A mí. ¿Te doy a mí?" Ese era un alto precio a pagar por un poco de tierra con ovejas en alguna parte. Era un precio muy alto, de hecho.

Había una seriedad en esa expresión que la aterrizzaba incluso más que la pequeña pieza de plata que aún se encontraba entre las astillas y la cerveza derramada. ¿Debía ella aceptarlo? ¿Debía ponérselo en el dedo?

Si cuatro pequeñas paredes le habían parecido estrechas, ahora tenía la circunferencia de una pequeña alianza de plata en la que encajar cada parte de su vida. "Esto es lo que yo he elegido, ¿no?" Hasta que él respondió, ella no pudo estar segura de haber pronunciado las palabras en voz alta.

"Sí."

"Lo que tú has elegido." Esta era la elección de Dragan, sus argumentos, su sueño. El congelado cuerpo de Freya retrocedió, queriendo alejarse de la mesa y de todo lo que esta contenía, pero ella incapaz de hacer nada salvo apoyar los pies contra el sucio suelo. Solo las entrañas se le movían y se retorcían. Miedos tan vastos como el Hades se abrieron en su vientre y todo lo que la hacía sólida cayó en aquel pozo.

"Sí." Él bajó la mirada, moviendo el anillo con el dedo, haciéndolo girar despacio adelante y atrás como un debate silencioso, pero cuando la miró de nuevo, ella vio miedo en él por primera vez. Lo que ella dijera, aquí y ahora, importaba. Con un impulso de llorar, de rogar y suplicar en busca de otra respuesta ardiéndole detrás del corazón, y con el seguro y cierto conocimiento de que no había otra senda que ella pudiera tomar asfixiándola con el resentimiento, cómo respondiera importaba.

Ella había hecho su súplica y no había más que ganar con lamentos. El futuro se había creado a sí mismo. Elección de él o de ella, poco importaba. Esa era la única opción que ella tenía. Tratando de

mantenerla firme, Freya extendió la mano hacia él y permitió que él deslizara el anillo en su dedo.

No le estaba demasiado apretado. Si lo hubiera estado, eso podría haberla hecho salir corriendo por la puerta y hacia la noche, sola y lista para cortar y castigar cualquier cosa que se interpusiera en su camino. El anillo le estaba holgado, giraba fácilmente bajo el nudillo y ella se lo quitó y lo movió hacia su dedo índice. Allí le quedaba bien, y ella miró su brillo sobre la piel aún agrietada y seca por sus semanas de lavar y fregar. Esa era su mano, pero ella la sostuvo a distancia, tratando de expresar cualquier pensamiento que no tuviera que ver con la propiedad.

"¿Eso es todo?" Fue todo lo que ella pudo decir.

"Eso es todo, a menos que quiera testigos. ¿Quién ha quedado aparte de mí? ¿Hay alguien en quien pienses como un invitado a la boda?"

"No. Nadie en especial."

"Esto no es lo que imaginabas."

"Nunca lo imaginé."

"Bebamos, entonces." Esa era la cosa más amable que él había dicho en todo el día. Podían beber por la alegría de una pareja recién casada, por un futuro no imaginado. Ella podía beber.

"Por nuestra salud," dijo ella. Forzó una sonrisa. No fue fácil, pero esta importaba, sabía que a Dragan le importaba.

"Por un comienzo limpio," dijo él.

Y las lágrimas que ella se había obligado a contener ardieron al rojo cuando ella se preguntó cuándo había pensado él que ella estaba sucia.

La habitación era pequeña. El suelo de madera estaba colocado descuidadamente y el humo del fuego debajo se filtraba en las corrientes de aire. Un manto gris pendía del techo bajo. Una lámpara sucia añadía grasienta obscenidad a la mezcla sin ofrecer

ninguna luz útil. Puede que así fuese mejor. Lo que ella podía ver no le impresionaba.

Dragan no podía estar de pie. Se agachó en el marco de la puerta y permaneció encorvado hasta que decidió sentarse en el fardo de sucia paja que asumía a sí misma ser un colchón. Incluso las rocas y las matas de hierba estaban más limpias. Freya prefería un catre militar, por lo menos el marco y las bandas estaban usualmente libres de alimañas. El colchón aquí parecía y olía como si hubiera albergado a muchas y variadas generaciones. Y algunas claramente seguían en la residencia.

"Qué bonito," declaró ella con desgana y él dio una carcajada. Con sus alforjas apoyadas en la pared, la habitación estaba llena y, sin embargo, no había nada en ella que discutir. La ventana era una angosta saetera usada por las palomas como refugio de roca en algún momento del pasado. Estas habían dejado su opinión sobre las comodidades chorreando por la pared, y cuando ella se acercó a la abertura para cerrar la contraventana, barrió una capa de polvo y plumas. "Los establos estaban más limpios. Ese tipo no pretendía insultar, estaba ofreciendo un consejo."

"Se está más cálido aquí."

Un comentario sobre sangre caliente le vino a la boca, el tipo de cosas con que ella bromearía sin pensarlo cualquier otra noche, pero Freya se mordió la lengua, temerosa de las implicaciones que eso podría contener. No quería girarse para mirarlo, pero estar de pie con los dedos en el sucio alféizar y mirar una contraventana cerrada era una evasión demasiado obvia.

Ella quiso gritar.

Era un grito que había ardido en su lúgubre centro desde que ella tenía memoria. Y los mecanismos, cuales fuesen, que siempre habían acallado tal histeria, aplastaban ese grito tan lejos en la oscuridad interior que ella sólo podía oír sus ecos. Excepto cuando se sentía acorralada e impotente.

Esta noche ella podía oírlo pitarle en los oídos y podía sentir su gélida quemadura.

Se obligó a girar, se obligó a sonreír. Esta habitación era demasiado pequeña y ella no quería entregarse a nadie. Ni siquiera a Dragan. Ni siquiera a él. La corriente de ruido dentro de la cabeza le acortaba el aliento y le humedecía las palmas de las manos, y no había lugar dónde ella pudiera huir.

No podía luchar. No tenía ninguna razón para golpearlo en la cara, pero le temblaba la mano con el impulso de provocar violencia mientras ella la frotaba de arriba abajo sobre la aspereza de la cadera. Y nada de eso era culpa de Dragan. El temblor de las manos estaba empeorando, y ella giró hacia la ventana y abrió la contraventana. No había más aire ahí que respirar, solo casposo polvo.

"¿Freya?"

"¿Eh?" Cerró la contraventana de golpe, se giró y aprovechó el impulso para mantenerse en movimiento. Fueron solo dos pasos. Tres. No podía hacer ningún sonido más inteligible, pero ella se había acercado lo suficiente para que él la alcanzara. Para que le tocara la mano. Para sostenerla.

Ella quiso recoger la mano, pero la maestría estaba superando el miedo. La garganta estaba trabajando duro para tragar algo que ella no podía convertir en palabras, y se obligó a mirarlo.

"¿Qué problema hay?"

Una risa corta y aguda salió de la boca y Freya se pasó la mano libre por el cabello. "Esta habitación apesta. Deberíamos salir fuera." La inspiración se aferró a un clavo ardiendo. "Deberíamos salir al prado. No hay luna. Vamos, podríamos darles a todos algo sobre lo que murmurar." Ella le tiró de la mano, pero él no se movió.

"Te matarían. Han matado a otros por menos."

"Podrían intentarlo." La desesperación estaba bombeando un potente cóctel dentro de su cuerpo y ella rió de nuevo. "Son un montón de viejos granjeros."

"No, serían una turba. Un animal completamente diferente y no uno al que quieras intentar enfrentarte." Sacudiendo la cabeza lentamente, Dragan usó el agarre en su mano para ayudarse a quedar en cuclillas. Con cuidado, pasó junto a ella hasta la ventana y abrió de par en par la contraventana. Él gruñó, asintiendo ligeramente mientras recogía sus capas, tomó su mano y dijo: "Vamos."

Al bajar las escaleras, le entregó a Freya su capa y murmuró por el frío. Sonrisas parpadearon y risitas de alivio comenzaron en el pecho de Freya, y ella obligó a su rostro a modelar una seria intención mientras lo seguía a través de la casi vacía sala del bar y hacia el aire de la noche.

Él caminaba como si lo hubieran llamado para hacer un recado urgente y ella corría cada dos pasos para mantener el ritmo. Dondequiera que iban, iban a llegar pronto y el torbellino de emoción que le ardía en la sangre estaba hierviéndose en una sensación afrodisíaca. Cruzaron el fangoso prado y se adentraron en las sombras de un establo abierto. Era poco más que un pajar con techo de heno; piensos almacenados para las existencias que se llevaban al mercado.

De espaldas a la fragante paja, él se detuvo de repente y la atrajo hacia sí. "¿Lo bastante cerca?" susurró él.

"Bastante cerca."

La boca de Drahan estaba caliente y el aire de la noche le mordía la piel, erizándola, sensible a cada roce de carne o aliento. Alrededor de Freya, la noche silenciosa tenía ojos. Las sombras de la aldea estaban llenas de amenazas, vagas e invisibles, pero ella podía sentir las cada una.

Ella tenía manos ansiosas, hábiles e infalibles mientras le desabrochaba a él los anchos cinturones de cuero de las caderas y le sacaba los cordones de los pantalones. Esa túnica era rígida, tejida con lana hilada y ella la arrastró bruscamente hacia arriba por la espalda, luchando con el voluminoso peso de la misma. Las relaciones habían sido mucho más fácilmente logradas en los días en que ambos habían osado llevar menos ropa. Pero la experiencia

era un grado, pues él se inclinó sobre sus propios hombros, se recogió la prenda por la espalda y se la quitó por la cabeza.

Incluso mientras ella deslizaba los lazos de sus pantalones y los bajaba entre meneos de cadera, trazaba con los ojos los sombreados contornos del pecho de Dragan. Ella conocía el olor de su piel, la forma y el contorno y el tacto de esos hombros, estómago y brazos. Conocía cada ondulación, montículo y hundimiento donde los músculos se unían con los huesos, y no necesitaba la luz de la luna para verlo. Las yemas de sus dedos recordaban cada curva. Su lengua conocía ese dulce sabor.

Y esas manos la conocían a ella.

Manos que la levantaron más alto contra el pajar, arremangaron la túnica hasta los costados y abrieron la suavidad de su vientre y sus senos al aire frío y al calor de esa boca. A Freya se le erizaba y tensaba la piel en respuesta, y un sollozo de placer rompió el frío silencio.

Con los pantalones aún atados a sus botas, se le enredaron en los tobillos, frustrando los intentos de levantar los pies. La paja le arañaba la espalda con cada embestida y la túnica se le arremolinaba bajo los brazos y alrededor de la garganta, pero las pequeñas constricciones no suponían ninguna diferencia al final. Incluso cuando el anillo que llevaba se le enganchó a Dragan en el pelo, ella redobló su agarre, entrelazó los dedos con más fuerza en esa nuca y se liberó en el baño de placer que él le traía a cambio.

Si tenía que someterse a cualquier hombre en este mundo, había peores opciones que esta.

20. Hogar

Ella dormía como siempre, ya fuera en la ladera de una montaña o en una cama: brazos cruzados, manos apretadas sobre los hombros y rodillas levantadas con fuerza. Y como había hecho a cada oportunidad, Dragan le acomodó la capa alrededor de los hombros, luego se deslizó fuera del sucio colchón y se agachó para vestirse.

Había cosas que tenía que hacer en la aldea y ella podía descansar. La puerta era solo roble y sauce tejido. Hubiera preferido algo más sustancial, pero no había forma de encerrarla a ella dentro ni a los extraños fuera. El día estaba amaneciendo de nuevo en una nudosa bola de tensión de la que él no podía deshacerse, y el deseo de mantenerla a salvo, de protegerla, era solo un nudo más.

Mirando hacia donde ella dormía, negó levemente con la cabeza. El hedor a humo de la habitación había empeorado durante la noche, pero él dejó la contraventana cerrada para protegerla del frío aire de la mañana. Ella había regresado a la habitación sin quejarse y dormido profundamente en la miseria que había odiado la noche anterior. Él miró a su alrededor, no veía nada aquí que la hubiera podido hacer sentir tan asustada. A veces ella era un misterio.

La costurera había reconocido rápidamente tanto la urgencia de él como la ventaja de ella. La ropa que él había buscado comprar no era la ropa suave y cara que esperaba. Eran faldas de lana tosca y un corpiño sencillo, sin ninguno de los bordados finos ni los cordones de colores que parecía gustarles a otras mujeres. Eso fue hecho para otro cliente y habían costado lo mismo que las prendas más finas. Compensación por las molestias. Las enaguas eran de lino fino y suave, pero había sido hecho para alguien con más figura que Freya. Él rezó para que sirvieran.

Cuando regresó a la habitación, ella lo estaba esperando con impaciencia.

"Los caballos están listos," dijo él al entrar.

Ella estaba de pie en la ventanita, mirando por el prado. "Bueno. Cuanto antes nos vayamos de aquí, más feliz seré."

Él echó el rollo de ropa sobre el colchón y esperó a que ella se volviera. "Tal vez."

"¿Por qué?" Ella miró el bulto con sospecha. "¿Qué es eso?"

"Tu concesión. A estas personas no les resulta fácil cambiar." La observó arrodillarse en el colchón y tirar de la ropa con una mirada de decepción o disgusto en el rostro. "Sospechan de una mujer con uniforme."

"Los cojones. Esos quieren a sus mujeres de uniforme. Este uniforme." Levantó las enaguas y apretó la cara en estas, mirándolo a través de la tela casi translúcida. Cuando las dejó caer, recogió la pesada sobrefalda. "Con esto es más difícil correr."

Había fantasmas en los ojos de Freya, viejos miedos que aún la perseguían, pero este era un pequeño compromiso y uno digno del esfuerzo a largo plazo. "No hay nada de lo que correr aquí."

Ella no respondió, pero su mirada decía que había cosas que la mantendrían corriendo mientras viviera. Cosas, suponía Dragan, que él nunca entendería, pero que llevaban sus pensamientos a los hombres que Paske había ordenado perseguirla.

Si los jinetes habían regresado al campamento junto al lago, era poco probable que la rastrearán hasta Bralz. Aunque por algún milagro hubieran podido seguirlos a través del bosque, una vez que llegaran a la superficie dura, su dirección estaba abierta a los cuatro vientos. Solo Paske sabía que Dragan estaba con ella y él no iba a compartir sus pensamientos con nadie.

No había una gran posibilidad de que intentaran seguirlos a ninguna parte. Con sus compañeros muertos y el oficial que había ordenado la persecución yaciendo congelado en la ladera de la montaña, lo más probable es que regresaran a Orlik. Se podría suponer fácilmente que Freya había continuado hacia el este y

desaparecido entre las filas de los prescindibles.

No haría daño alguno mantener los pensamientos sobre la persecución para sí mismo. Lo único que necesitaban era ganar la seguridad de su granja, y lo antes posible. Si ella se movía más rápido por la idea de estar siendo perseguida, sería lo mejor.

Ella se giró hacia una esquina en un tímido intento de privacidad mientras se cambiaba. Él conocía las deslumbrantes pasiones cegadoras de ese cuerpo desde hacía una década, sin embargo, a la fría luz del día, ella siempre se giraba hacia las sombras. Había comida que empacar y leguas que recorrer, y él dejó que ella se ocupara a solas de su insatisfactoria vestimenta.

En su segunda parada para comer ya avanzada la tarde, la expresión de Freya aún era de reproche. Las faldas eran más difíciles de llevar y los tirantes del corpiño se le resbalaban por el brazo una y otra vez, pero habían pasado cerca de varias viviendas, todas con ojos atentos, por lo que la elección había quedado justificada a pesar de sus quejas.

"¿Crees que aún nos persiguen?" Ella pellizcó el pan que sostenía, rodando en bolas la pesada miga y colocándolas dentro de la boca una por una.

Él se inclinaba hacia el fuego, removiendo cordero frío y colmenillas recogidas del suelo del bosque en una papilla gruesa de cebada y lentejas. Cuando la mezcla espesante burbujeó, se sentó para mirarla. La respuesta sencilla era no, pero no quiso decir eso. En cambio, respondió: "No pueden rastrearnos en las carreteras. Aunque nos siguieran hasta Bralz, no tienen forma de saber en qué dirección nos movimos. Si aún están siguiéndonos, están a ciegas ante la posibilidad de elegir la dirección correcta. Estaremos en casa al anochecer y nadie te va a encontrar allí."

"No." La respuesta no la animó y ella arrojó trozos de corteza a las llamas. Sus pensamientos corrían en ansiosos círculos, visibles en los tics y los ceños fruncidos que se formaban y huían mientras ella miraba el fuego. Pero él no podía leer su contenido.

No había nada que avivara la creciente agitación de Freya. Él

revolvió la papilla y le preparó una taza para que tomara una ración. "Hay dieciséis corderos este año," dijo él con calma mientras servía y luego sostenía la taza hacia ella. "Dos pares de gemelos."

Ella alzó la mirada bruscamente, ignorando la comida. "Yo no sé nada sobre corderos."

"Aún no, pero lo harás. Es primavera. Hay bebés por todas partes." Levantó la taza más alto, obligándola a reconocerla.

"No sé nada sobre bebés tampoco." Se puso en pie para agarrar la comida ofrecida y volvió a colocarse el corpiño suelto en su lugar. "No sé nada sobre esta casa tuya. Ni de primavera. Ni de corderos. Eso son cosas en las que nunca he tenido que pensar."

Dragan la observó. Ella se pasaba la mano libre por el cabello repetidamente, tirando hacia abajo hasta que se le soltaban los dedos con mechones de cabello atrapados alrededor de ellos. El terror que le brillaba en los ojos era el de un animal acorralado y eso no tenía sentido.

Ella estaba a salvo, él se había asegurado de ello. "Te acostumbrarás."

Freya se congeló, mirándolo como si la hubiera acusado o ridiculizado o, al menos, ignorado su opinión. Si su enfado tenía un origen, no era uno que él pudiera ver.

"¿Qué te preocupa?" preguntó él, pero la pregunta tenía un trasfondo retórico y él removió su propia comida, aliviando un poco el calor antes de seleccionar un trozo de cordero y comer. La respuesta fue silencio, y ella se dirigió hacia la ribera cercana, tropezando y agarrándose las faldas mientras avanzaba.

Suspirando por la inevitabilidad de su mal humor, él buscó en su comida oscuros restos de hongos. Había tiempo para que ella aceptara todo lo que había cambiado en su vida.

La casa de la granja se encontraba en una hondonada protegida, su

cresta de persianas humeaba suavemente y la suave luz de la lámpara se filtraba a través de la puerta abierta. Mientras se acercaban, Dragan estaba complacido con la escena que esta presentaba. La casa que siempre había conocido era sólida y estaba bien construida. Su pesado techo de paja estaba limpio y oscuro en las sombras del atardecer. El ahumadero y el establo estaban cerca, más altos en la pendiente, por lo que la cabaña en sí parecía cómodamente acurrucada entre los árboles frutales en ciernes.

Se parecía tanto a un hogar como cualquiera que él hubiera visto, y estaba orgulloso de lo que había hecho con la casa.

No había suficiente luz para medir las reacciones de Freya, pero él tiró del caballo y esperó a que ella cabalgara al frente. "Eso es," dijo él llanamente. "Casa."

Ella detuvo su caballo y quedó sentada para mirar la escena de abajo. Cuando su silencio se volvió frío, él estiró un brazo para apoyarle una mano en el hombro.

"Dime de nuevo que todo irá bien," susurró ella. "Dime que esta es mi mejor opción. Mi única opción."

"Será mejor que bien. Ya verás. Te pedí que confiaras en mí. No te defraudaré."

"Nunca lo has hecho."

"Pues bajemos ahí y salgamos de estas sillas. He montado lo suficiente en los últimos días para toda una vida."

"Curioso," dijo, "yo me estaba acostumbrando a eso de nuevo."

Él guió despacio pendiente abajo, mirando hacia adelante y sin perder de vista la puerta iluminada. Llegaba a casa un buen mes antes de lo esperado, y aunque Lenka hubiera obedecido su orden, lo cual era bastante improbable, ella se habría quedado con su madre al pensar que él se había marchado.

Desmontaron junto al cobertizo, llevaron a los caballos a la seguridad del patio de la casa, y ella lo siguió mientras caminaba por el estrecho sendero con las mochilas al hombro. Cuando

llegaron a la puerta, se oyó un grito y Lenka estalló desde adentro. "Es él, madre. Dragan ha vuelto a casa."

Lenka cayó de rodillas en la débil luz, sollozando en el camino frente a él. "Has llegado a casa," repitió, sollozando y agarrando la aspereza de los pantalones de Dragan.

"Levántate." Él no tenía paciencia para esta clase de tonterías. Ahora no. No esta noche. Más adelante, mientras agarraba a Lenka del brazo y trataba de ponerla de pie, el rostro de su madre apareció entre la jamba.

"Levántate, muchacha." Ella se hizo eco de su hijo con fuerza suficiente en la voz para una mujer demasiado frágil para manejar su propia vida. "Levántate ahora, te lo dije. Él no está solo."

21. Cargas

Freya había descubierto que sus miedos profundizaban a medida que avanzaba la noche. Las racionalizaciones que giraban en siempre menguantes círculos la mantenían vacilando entre un estado cercano al pánico y un entumecido abatimiento provocado por el agotamiento. En su mente, el final del viaje no había sido motivo de suspiro de alivio, sino la aproximación de un monumental pavor. Ahí estaba, esperando ahí, la certeza de que quedaría atrapada para siempre en un silencioso mundo de absoluto aburrimiento y oscuridad.

Aun así, en todo lo que había imaginado cuando había seguido a su compañero, la visión de una mujer joven, histérica y aferrada a su pierna mientras él luchaba con sus mochilas, no era una que hubiera considerado nunca. Cuanto más maldecía Dragan y trataba de liberarse, más decidida se volvía esta chica a mantener su nada despreciable peso sobre él. Y la anciana era rival para su hijo con maldición por maldición.

Justo cuando su propia situación parecía haber alcanzado el punto de una frustración insoportable, aquí había un espectáculo secundario que rivalizaba con los mejores y Freya se encontró comenzando a reír, a pesar de sí misma.

Dragan no se divertía tanto y su temperamento claramente estaba aumentando, lo cual solo hacía que todo pareciera más gracioso. Para cuando él arrojó las mochilas al suelo y usó ambas manos para despegar a la mujer, Freya había retrocedido de la débil luz y observaba todo ello deleitada.

"Tú no te rías." De la nada, la ira de la anciana buscó a Freya. "No tienes nada que hacer aquí. Todo esto es culpa tuya."

Era difícil tomarse en serio a la pequeña y encorvada figura, dadas las circunstancias, pero Dragan claramente lo hacía. Él había logrado ahuyentar a la joven, quien había huido al interior mientras él llevaba la discusión a la cara de la matrona. "Te lo advertí, madre."

“¿Me advertiste qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Enviar a una anciana a los pastos para que se congele?” Ella también regresó a la casa con su hijo pisándole los talones, y Freya se acercó a las mochilas, sacudiendo la cabeza con asombro mientras las llevaba hasta la puerta. Era relucante a pasar cuando claramente no era bienvenida, pero espió dentro para observar.

"Lenka, vuelve a casa de tu padre. Mi madre no te necesita aquí y yo no te quiero. Prepárate. Te ensillaré un caballo." El tono de Dragan era equilibrado, pero Freya podía oír la furia en las cortantes sílabas.

"Te lo dije, hijo, ella se queda aquí conmigo. Cuando recuperes el sentido, ella se quedará aquí contigo y esa que está ahí fuera volverá por donde ha venido." Nadie le dedicaba a Freya un vistazo, pero ella dejó que la diversión se le escapara de la boca al comenzar a percatarse de cuánta animosidad había heredado con su anillo.

"No puedes echarme. No lo hagas, por favor Dragan. Déjame quedarme con tu madre para ayudarla. No te estorbaré." Los labios de Lenka estaban pálidos y los ojos enrojecidos por su actuación anterior, pero había algo de desafío en las arrugas de su rostro, incluso mientras suplicaba. "No puedes sacarme en mitad de la noche, no con lobos sueltos y sin luna para cabalgar."

Freya podía ver en la chica la determinación de quedarse donde estaba, y se preguntó qué haría él si ambas mujeres rehusaban obedecerlo.

"No te echará fuera, muchacha. Ponte a ti firme y a ese fuego ardiendo. Querrá una comida y un poco de cerveza. Ve ahora y tráele lo que le corresponde." Consoló la madre a su compañera y luego se volvió para señalar con el dedo a Freya. "¿Para qué quieres a esa? ¿Qué puede darte ella que sea la mitad de lo que tienes aquí? Envíala de vuelta con los de su propia calaña y deja de actuar como un idiota."

¿Su propia calaña? Incluso aquí ella no era libre. El paraíso, le había prometido Dragan. Paz. Pero aquí también había odio e intolerancia. Ahí en las sombras, el aullido de su grito interior comenzó a elevarse mientras la humillación y la ira se convertían

en vergüenza al rojo vivo.

"Esta," Dragan tomó a Freya de la mano y la arrastró dentro de la habitación, exponiéndola a la luz, "es mi esposa." Le levantó la mano, arrastrándola detrás de él como si Freya fuese una serpentina saliendo del premio de su regalo de bodas. Él giró con ella, mostrando el anillo de plata en la cara de Lenka.

La chica se tapó la boca con ambas manos, comenzando a sollozar de nuevo al reconocer lo que él sostenía. "No," sollozó Lenka. "No. No puedes haberte casado con ella. No con ella."

"Puedo. Como dije que haría."

Freya trató de recuperar la mano para arrancar luchando un poco de dignidad a la espantosa situación, pero el agarre de Dragan era firme y su determinación de dejar un mensaje demasiado fuerte.

Lenka corrió con la madre, aún llorando ruidosamente dentro de las manos, como si la anciana pudiera deshacer de alguna manera los votos que él había hecho. Y Freya se sintió inclinada a darle a la joven su consentimiento. Observó a Dragan, furioso y discutiendo con su madre sobre las decisiones que había tomado, decisiones que se habían convertido en la vida de Freya, y él hablaba como si ella ni siquiera estuviera en la habitación.

"Yo ya estoy ligada a él," gritó Lenka por encima del jaleo, alzando hacia Freya un rostro surcado de lágrimas y sosteniendo sus manos ahuecadas alrededor de su amplio vientre. "Me encamé con él. Podría tener su bebé aquí mismo."

Su sincera confesión provocó una impactada carcajada. "¡Bien!" Freya tiró de la mano con fuerza y logró arrancarla del agarre de Dragan. "Eso me ahorrará el inconveniente de tener que darle uno."

El furor se detuvo. En un instante, cada palabra se detuvo y el vasto vacío del mundo exterior irrumpió sobre el silencio. Todos los ojos estaban puestos en ella. Toda la fría ira que Dragan había dirigido contra su madre y su histérica invitada, se volvió hacia ella. Lentamente, Freya vio cómo la emoción en él se reformaba y la luz de sus ojos se convertía en dolor y confusión.

Ella sintió un perverso placer al ver reflejado su propio dolor. Él la había llevado a esto. Nada de esto había sido elección suya, pero ella había confiado en él.

Todo el ruido de Lenka quedó quieto, pero las lágrimas le corrían por el rostro mientras se volvía para mirar a Dragan, esperando oír su reacción ante este ultraje. Su madre fue más rápida. "Toma. Ahí tienes. Como te dije. No son naturales, los de su calaña. Ella no es para ti, hijo." Habló con tanta solemnidad que parecía estar sellando un voto más vinculante que aquellos que Freya había hecho nunca.

Y Dragan respondió con una voz no mucho más fuerte, pero tan afilada como sus dos mejores espadas. "Ella es mi esposa." Con los puños atrapados en una silenciosa tensión, pasó junto a Freya hacia la puerta. Por encima del hombro, cuando salió, dijo: "Te ensillaré el caballo, Lenka. Te marchas."

El lloriqueo de Lenka comenzó de nuevo y la joven se quedó de pie con su terrible dolor mirando brevemente a Freya, luego se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta detrás de él, exclamando y suplicando mientras corría.

"Bueno, entonces. Ahí va mi único consuelo, gracias a ti." La madre de Dragan se inclinó sobre la mesa para asegurarse de que sus palabras y significados no se perdían. "Tú no eres nada bueno, nada. Y nada bueno vendrá de que estés aquí. ¿Estás contenta contigo misma? Esa pobre niña está ahí afuera ahora, sola en la noche."

Freya se apoyó en la misma superficie con el rostro pegado al de la anciana. "Sí, ella se ha ido. Eso es una menos, queda otra."

"Te estás engañando a ti misma, estúpida muchacha. Tú no perteneces aquí y nunca pertenecerás." Dio una carcajada, "Tú ni siquiera quieres estar aquí, ¿verdad? Pues no me verás fuera de mi casa. Ni ahora ni nunca. Y mi hijo se dará cuenta de su error muy pronto. Él nunca prosperará, no mientras tú estés aquí. Todos los vecinos del distrito te conocerán. No necesitamos más mujeres aquí ahora, y menos de tu calaña. Mientras él te tenga a su lado, no ganará con ellos más que desprecio. Y esta vida es demasiado dura para sobrevivir solo."

Había un terrible poder en su certeza. Freya habría elegido reírse en su cara, pero no había podido encontrar humor en las palabras. Si hubiera estado frente a un hombre, podría haber aprovechado la oportunidad para liberar en golpes algo de su rabia reprimida. Incluso podría haber sacado un arma. Pero tal como estaban las cosas, solo deseaba la cobertura de la profunda oscuridad para poder lamentar dolores demasiado profundos como para sacarlos a la luz.

Podría haber salido corriendo a la oscuridad de la noche, pero Dragan estaba ahí fuera con su amante histérica y su ira. Lejos de él no había nada en veinte leguas en todas direcciones. Lo más parecido a un santuario familiar era la ciudad de Talsiga al sur, con su riqueza, sus gremios y su crueldad.

Pero su adversario se afanó hacia la puerta. "No te preocupes, querida mía," exclamó la anciana hacia fuera mientras se apoyaba en la jamba. "Tú tienes un hogar aquí, dile eso a tu padre. Tan pronto como podamos, te tendremos de nuevo bajo nuestro techo. No te preocupes." Con cuidado, salió a la noche sin dejar de animar a Lenka a medida que avanzaba.

El coste de las decisiones de Dragan no había sido todo de ella, entonces. Él había aceptado su parte de la carga sin hacer que ella fuese consciente siquiera, como siempre había hecho. El calor de algunas de las vergüenzas que ella conocía le cruzó las mejillas. Necesitaba disculparse con él por sus palabras. Pero no había forma de retirarlas, no importaba cuánto deseara ella poder hacerlo. O cuánto deseara que fueran falsas.

Pero había más que sí podía hacer. Podía esforzarse por ser feliz aquí, por el bien de él, al menos.

Se le había torcido el vestido, el corpiño se le giraba fácilmente cada vez que se le resbalaba el lazo por el hombro, y ella lo enderezó tímidamente. Ella odiaba este vestido. Odiaba la ropa tosca y las faldas gruesas. Había llevado pantalones de gamuza durante tantos años de su vida como había llevado vestidos, y sentía que se iba a ahogar con las masas de tela que no le quedaban bien.

Pero podía llevarlas sin quejarse si tenía que hacerlo.

Caminando silenciosamente hacia la puerta, recogió sus pocas pertenencias, las llevó dentro y las puso a la luz. No había ningún lugar donde poner riquezas aunque tuvieran alguna, de modo que nadie las echaría de menos. Había, junto a la pared cercana, una cama con sábanas limpias y gruesas mantas y pieles. También había, junto a la mesa y los taburetes, una pequeña chimenea abierta que humeaba hasta el respiradero del techo. Más allá de eso, otra cama más pequeña, una sola silla de respaldo alto y un cofre. En el cofre estaba la caja de Dragan, Freya se acercó a esta y la abrió.

Todos los pequeños recuerdos estaban ahí tal como habían estado, y ella se deslizó la pluma por los labios, tratando de recordar tiempos mejores. Por el bien de ambos.

22. Peso

Dragan pasó la mano por la cebada del invierno, sonriendo ante el peso de las espigas, aún de color verde plateado, pero cargadas de grano. La cosecha estaba casi encima y su prado rendiría bien. Había alegría aquí, mientras el verano se colaba en la granja. Durante demasiados años habían convocado a Dragan fuera de allí antes de poder ver los frutos de sus labores invernales.

Ahora, las espigas de cebada estaban llenas, las vides exuberantes con el montón de estiércol del invierno y el fruto estaba madurando. Sus animales estaban gordos y sanos. A lo largo de los pastos, flores silvestres y polillas, abejas y libélulas levantaban una bruma de vibrantes colores. Todo lo sentía como debería. Sí, estaba contento.

Chillidos o maldiciones, quebrados por la distancia, se elevaron en el aire y él buscó su origen. Por el riachuelo, donde el pasto trepaba hacia los bosques de hayas, Freya corría tras asustadas ovejas en estampida. Su frustración era clara, ya que los animales se reunían y se detenían para verla acercarse y luego volvían a hundir las pezuñas, separándose, dando vueltas y escapando a través de los árboles.

Él se rió mientras la miraba. Cómo se las había arreglado ella para llevarlas a esa parte del prado era una incógnita. Habían estado cercadas junto a la casa y su única tarea con ellas hoy era abrir la puerta del patio de la casa y darles acceso al cobertizo. Debían esquilarlas y él las quería a mano. Sin embargo, ahí estaban; corriendo a través de las hayas, en un prado a dos puertas de distancia de donde deberían estar.

Dragan reía entre dientes mientras comenzaba a caminar, dirigiéndose sin gran velocidad hacia la pasarela sobre el riachuelo que los separaba.

Cada mañana, ahora, Freya tenía una serie de tareas que la liberaban de la casa y del despacho de su madre. Alimentaba a las gallinas, sacaba a la cerda y a los lechones al patio, ordeñaba a la

lechera y la llevaba al pasto con su cría durante el día. Luego, podría desnatar la leche y dejar la crema a un lado para batirla. No había nada difícil en todo lo que él le había dado, pensaba Dragan.

Y no cabía duda de que ella ponía su mejor empeño en cada esfuerzo que hacía. Él no había oído una sola palabra de queja desde su llegada. La paz del campo calmaba la inquietud de su espíritu. Era tal y como él esperaba que fuese.

Solo una preocupación pesaba en su mente.

En todos los años que la había conocido, Freya nunca había estado disponible libremente para él como amante. En todos los sentidos, había elegido momentos y lugares de acuerdo con sus propias excéntricas explosiones de pasión. Y, en cualquier momento de esos años, era tan probable que ella eligiera a otro hombre como a él. Él se había tomado un tiempo para aceptarlo, pero había adquirido un sentido de orgullo, sabiendo que ella vendría a él sin coacción, sin ataduras ni obligaciones.

Siempre valía la pena el riesgo cuando ella acudía con la pasión temblando en la carne, con la piel y la boca ardiendo y los ojos encendidos. Ella era elemental. Eso era todo lo que él amaba en ella desde el principio; la sangre caliente y la pasión, la valentía y el rechazo a ser intimidada y acosada. En ella había encontrado una amante como ninguna otra que hubiera conocido.

Pero en algún lugar de su viaje, esa luz se había apagado y se había llevado todo su calor centelleante. Desde la noche de su llegada, ella se había acostado en su cama como una marioneta hecha de carne cálida y blanda carente de varillas que la animaran. Ella devolvía el beso y poco más.

Eso era una gran vergüenza, aunque fuera una actitud más adecuada para una esposa. Él la había amado lo suficiente como era, y extrañaba esa chispa vital.

“¿Qué hombre trabaja todo el día y luego viene a cocinar su propia comida, hijo? Ningún hombre.”

"No," coincidió él mientras removía los huesos de la sopa, levantándolos para evitar que se engancharan. Eso ahorra la discusión.

"Tenemos demasiada mantequilla. Mira cómo se posa allí poniéndose rancia. Está demasiado lejos para llevarla fresca al mercado y podríamos haberla trocado por buenas cerezas negras, si aún tuviéramos vecinos que quisieran comerciar con nosotros."

"Sí," dijo él mientras echaba cebollas y nabos en la olla. Ya no escuchaba las palabras que ella usaba, solo el ruido de ella hablando.

Freya se sentó con la frente y los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas en la nuca, tratando de ignorar el constante parloteo. A su lado estaban la piedra de afilar y las tijeras, con hojas tan afiladas como cuchillas, brillando como una amenaza a la suave luz de la lámpara. Si hubiera tenido algo de interés en él que compartir con ella, podría haber tratado de distraerla de las constantes críticas de su madre, pero el pasado había demostrado solo darle munición a la anciana para su crueldad.

Cuando Freya habló, fue inesperado. Se volvió hacia donde yacía Goda y preguntó: "¿Tu esposo se cayó del árbol o saltó?"

La tentación que sintió de carcajearse de la amarga verdad de esa observación desapareció cuando su madre mordió el anzuelo.

"Mi esposo murió porque mi hijo lo dejó con demasiado trabajo. Debería haber estado aquí ayudando con las tareas del invierno como esperábamos. Pero él estaba demasiado ocupado persiguiéndote."

Aquello era un asalto interminable y él se apartó del fuego y la olla, tomó la mano de Freya y la puso de pie. "Ven a dar un paseo," dijo en voz baja.

Afuera, en la noche de verano, la luna estaba casi llena y una brisa esparcía solo una pizca de frío en el aire. Era hora, él sabía, de consuelo y afecto, pero no eran gestos que le resultaran fáciles. En cambio, dijo: "Lo siento. Aparte de echarla al patio, no hay nada

que yo pueda hacer para detenerla y ella lo sabe."

Freya no le mostró más que una sonrisa cansada que podría haber significado que lo entendía. En el pasado, ella habría tenido más de una voceada obscenidad que ofrecer a su madre, y probablemente también a él. Ella no había hecho ningún intento de defenderse, ni físicamente, ni siquiera verbalmente. La mayoría de los días dejaba que los insultos y la intolerancia le resbalaran por la piel como si no lo oyera. Pero ella lo oía. Él sabía que ella lo oía y conocía la feroz ira que ardía en ella cuando la insultaban. Pero ella no mostraba nada de eso. Él confiaba que ese fuera solo el efecto calmante de la vida en la granja.

Antaño ella se habría reído y habría sugerido soluciones que involucraran acero y sangre. En lugar de eso, ahora estaba de pie en silencio frente a él, mirándose los pies y tirando de la parte inferior de su corpiño.

"Quizá estaba equivocado." Tan pronto como él lo dijo, supo que ella había saltado a conclusiones falsas. Sus ojos brillaron con la repentina luz de la esperanza mientras se aferraba a las posibilidades, pero él le tomó la mano y se apresuró a explicar. "Expulsé a Lenka porque no la quiero aquí, pero puede que eso haya sido un error. Mientras ella esté aquí, mi madre tiene a alguien que la atiende de pies y manos y le hace creer que está al mando. Mientras ella no está, tú tienes que enfrentarte a ella todos los días. Tal vez si traemos a Lenka de vuelta para que la cuide, algunas de las disputas se detendrán."

Tan pronto como las luces de la esperanza habían llenado el rostro de Freya, las sombras de la decepción ocuparon su lugar. Un pequeño ceño frunció y ella asintió, dejando la cabeza gacha a la sombra de luz de la luna.

"Sí," consintió ella en voz baja. "Al menos no tendré que quedarme con ella todo el día. Solo por eso podría valer la pena." Una cansada sonrisa le tocó los labios de nuevo cuando añadió: "Pero ella nunca te dejará olvidar que ganó. Ni a mí." Recuperó la mano, cruzando los brazos con fuerza sobre el vientre, observándose los dedos de los pies mientras estos cavaban una hendidura en el polvo.

"¿No te importaría que ella estuviera aquí?"

"No."

Eso dolía. Él quería que a ella le importara o que al menos mostrara algún tipo de preocupación, pero ella se encogía de hombros ante cualquier sugerencia de celos o resentimiento.

"Ella nunca fue una amante," ofreció él.

"¿No? Bueno, ella parecía creer que lo era."

"Ella quiere un esposo. Cree que ella debería haber sido la primera de la lista."

"Tú eres un recurso limitado." Freya asintió, sonriendo. "¿Que más puedo hacer yo? Nunca voy a saber administrar la casa. Ni siquiera se trata de aprender a hacer las cosas. No sé qué se supone que se debe hacer."

"Esa es una de las virtudes de Lenka, pero si la llevaras a un campo de batalla, ella nunca lo habría hecho tan bien como tú lo has hecho aquí. Una esposa es lo único que ella siempre quiso ser. Ella lo hará todo y estará encantada de tener la oportunidad de hacerlo." Él quería que ella escuchara los elogios en esas palabras.

"Chica con suerte."

"Y tú puedes salir al campo conmigo."

"Que suerte la mía."

"Es un trabajo duro, pero está afuera. Puede que haya algo en ello que te haga más feliz." Había tanto que él debía decir. Al lado de los muslos, los dedos se cerraban y se abrían, pero no había forma de que él cruzara el silencio para llenar la distancia entre ellos. Deseó que eso fuera más fácil, que ella estuviera más cerca o que no se hubiera envuelto con tanta fuerza en su propio abrazo. "Desearía pudiera hacerte más feliz, Freya."

Ella miró con más atención al suelo y lo que quedaba de la sonrisa se desvaneció. "Y yo."

23. Una Buena Esposa

La paja estaba apilada en lo alto del cobertizo, brillante y dorada y con un olor tan limpio como un día de verano, mientras que dentro de la casa, el olor a descomposición había presionado a Freya a superar su determinación de estar contenta.

Se habían colocado capas de paja y juncos, y cada año se nivelaba un nuevo techo de paja sobre el suelo. Lo viejo era dejado debajo de lo nuevo, año tras año, con el desperdicio de la vida enredado en sus profundidades y dejado para supurar. La piedra de Orlik era muy dura y fría bajo los pies como la vida que esta ciudad sostenía, pero el cálido hedor de vivir en un montón de abono era mucho peor.

La decisión había llegado fácilmente, inspirada por la prisa de salir de los claustrofóbicos confines de la casa y lejos de la exasperación de los puños apretados en una frustración sin fin. Feliz de moverse de nuevo al aire libre, Freya tiraba brazadas de paja limpia para liberarlas, las llevaba hasta la puerta y la amontonaba allí, preparada. Cuando pareció que tenía suficiente, se puso a trabajar con una horca y un rastrillo, arrastrando todo el suelo podrido que cubría al sol.

Mientras trabajaba, Goda lloriqueaba incesantemente y Freya la ignoraba, redoblando sus esfuerzos cada vez que se sentía tentada a silenciar a la anciana. Era un trabajo duro y el suelo de tierra compactada estaba húmedo y mohoso cuando se quitaba la cubierta. Aun así, valía la pena el esfuerzo cuando extendía la paja nueva por el suelo y la casa empezaba a oler a fresco.

Dragan estaba en las laderas con las viñas y ella sabía que la mejora le complacería cuando regresara. Esto era algo que podía hacer, algo en lo que usar sus fuerzas y un esfuerzo que aliviaría los espinosos recuerdos de la suciedad y la miseria. Pero el suelo viejo estaba amontonado junto a la puerta donde ella lo había empujado y arruinaba el efecto. Encogiéndose de hombros, soplando un fuerte suspiro lleno de fatiga, miró el húmedo montón gris. Tendría que

rastrillarlos, poco a poco, hasta el patio de las gallinas.

O podría quemarlo.

La inspiración la impulsó a la acción una vez más, tomó del fuego un palo encendido y lo metió bien hondo en la parte más seca de la pila de desechos. Tardó un momento en atrapar, pero la brisa provocó la llama y la alentó. En unos momentos, las llamas crepitaban y lamían la superficie, descendiendo hacia las profundidades mohosas y humeantes. La hierba podrida desprendía un espeso humo gris que se elevaba y se precipitaba hacia la casa con el viento.

La rejilla de arriba solo podía liberar una pequeña cantidad de humo y, aunque la ventana fluía, Freya tosió y se atragantó mientras la casa se llenaba. El humo olía a vegetación podrida, tomó el balde que contenía el agua del día y lo arrojó sobre las llamas. Eso sofocó un poco el fuego, pero solo empeoró el humo. Tosiendo, trató de evitar la peor de las olas mientras arrojaba un pesado vellón a las llamas y caminaba hacia este, golpeando con los pies. Su peso y la gruesa capa comprimían la masa que mataba de hambre las partes más profundas del aire, y las llamas mismas se estaban apagando, pero sus vapores ahora llevaban el hedor de lana chamuscada y el pútrido olor a humedad.

Estaba manchada de sudor, hollín y moho húmedo cuando finalmente se resolvió la emergencia. El montón de paja y cenizas aún hervía con brisas ligeras y aún bloqueaba la entrada con suciedad. Lejos de oler dulce y limpia, la casa apestaba a humo sucio y a pelo quemado. Era un desastre. Entre ataques de tos, Goda gimió desde dentro, exigiendo ayuda para salir de su casa, y Freya se apresuró a regresar para ayudar a la anciana a salir al aire limpio.

Mientras cruzaban la puerta y salían a la luz del sol, Freya levantó la vista de su miseria para encontrar a Lenka de pie con su caballo, mirando horrorizada el fuego. Parecía congelada mientras Freya y Goda estaban dobladas una contra la otra, amordazando el humo de sus pulmones. La joven soltó las riendas y corrió hacia ellas, agarrando a Goda entre brazos amorosos. "Madre, ¿qué pasó? ¿Estás bien?"

No hubo preguntas sobre Freya, pero fue un alivio solo entregar el peso de la anciana. Goda había comenzado a llorar, alabando en voz alta a la niña de su corazón, abrazando a Lenka con fuerza contra su pecho y acariciando el cabello y las mejillas como si fuera un precioso ícono dorado.

Lenka se quitó la capa, entró en la casa y salió con la silla de respaldo alto y la dejó firme para que Goda se sentara. "Tenía que volver, madre. Mi padre me envió y dijo que no debía irme de aquí." Miró por encima del hombro a Freya y a la anciana, arrodillándose a los pies de Goda y juntando las manos. "¿Crees que estará enojado? Tengo miedo de lo que dirá."

Freya respondió por Goda, esperando poder evitar otra diatriba. "No se enojará. ha hablado de enviarte a buscarte de todos modos."

La conmoción dejó a Lenka con la boca abierta. "¿Cuándo? ¿Debería haber venido antes? ¿Por qué no vino en mi busca?" Ella había girado y parecía lista para saltar y correr por los pastos.

"Goda necesita a alguien que la ayude y yo no quiero hacerlo. Dijo que podía mantenerte aquí para que lo hicieras tú."

"¿Me quiere mantener?" Ella sonrió, habiendo seleccionado lo suficiente de la declaración para satisfacer su propio propósito y se volvió hacia Goda para compartir su alegría.

"Necesita a alguien que se ocupe de sus necesidades, más bien," espetó Goda. "Que trabaje todo el día y luego haga las tareas del hogar de una mujer cuando viene. Hay algunas aquí que no tienen habilidades útiles en el hogar. Esas serían más adecuados para el establo."

Esto iba a comenzar sin importar lo que ella hiciera, así que Freya tomó el rastrillo de donde estaba apoyado en la pared y comenzó a rastrillar la masa fétida hacia la puerta del patio y hacia las gallinas.

La sonrisa de Lenka se ensanchó. "Debería traerle comida. ¿Dónde está ahora?"

"Fuera con las vides. Vete, rápido. Hay panza de cerdo y pan de

maíz allí. Se alegrará de tener una comida adecuada con la que trabajar."

"Debería ayudarte a limpiar el humo, primero. No puedes quedarte aquí sola." Lenka estaba de pie con las manos en las caderas, los tobillos gruesos bien separados y confiables.

"Eres una buena chica. Mi propia dulce hija. Estaré mejor ahora que estás en casa, ¿no? Y él pronto recordará lo bueno que era tenerte aquí antes de que esa llegara." Goda bajó la voz, pero Freya no se movió más de cuatro pasos de ellas para que sus palabras se oyeran fácilmente. Goda apoyó la mano en el estómago de Lenka y preguntó: "¿Ha habido alguna muestra? ¿Sabes ya si estás redondeando?"

"No, no se presenta. Por eso me envió mi padre. Llevo un mes en casa y no he visto ningún ciclo. Está decidido a que Dragan me mantenga. Dice que debe hacerlo." Caminó rápidamente hacia las alforjas y las bajó, sosteniéndolas mientras caminaba de regreso. "Él envió esto para ti. Dijo que no tendrías una buena elección de fruta con las cosas como están, así que las envió para ti y para Dragan. También estas."

Una de las bolsas estaba llena de cerezas y ciruelas, y atadas al asa de la cesta había cuatro jarras gruesas. Alcohol, supuso Freya, y observó cómo se movía la cesta que los contenía. Esperaba que estuvieran bien elaborados. Un bienn merecido ciego le haría bien, especialmente después de que haber terminado de rastrillar este desastre.

Cuando cayó la noche, vio a Dragan cruzar la cima de la cresta con Lenka caminando un poco atrás. El clima rural había echado el humo del edificio lo mejor que podía y ella puso la mesa con cuencos de cerezas rojas maduras y una gran rodaja de queso. Había grasa de panceta de cerdo fría y cebollas listas para freír. Una buena comida, de hecho.

Y había puesto una olla de vinagre a hervir sobre el fuego, su fuerte vapor alejaba los vapores de humo de las paredes y la paja de arriba. Había sacado las pieles y los vellones, todas las mantas y la ropa de cama, y las había drapeado sobre el murete de piedra y las

zarzas para que se airearan al sol. Luego, cuando hubo hecho todo lo que una buena esposa debía hacer, se había puesto en camino por el campo con su cesta llena de comida y bebida para Dragan.

Freya estaba junto a la puerta, esperando. Había pasado la tarde limpiando el desorden y luego bajado al río para tratar de quitarse algo del hedor de su propia piel y cabello.

Quería abrir la primera jarra de vino fuerte y empezar con ella, pero se obligó a esperar, como debía. Con impaciencia, contó los pasos que les faltaban para llegar a la casa, tratando de obligarlos a ambos a correr.

Mientras comía, Lenka estaba sentada detrás de él, sosteniendo la jarra de vino brandi en el regazo y esperando a que él bebiera de su taza antes de relenarla. El plato estaba lleno de carne de cerdo asado y cebollas. Los fruteros se colocaron al alcance de la mano. Debajo del muslo había un espeto, haciendo rodar un trozo de queso sobre las brasas para ablandarlo y derretirlo para el pan.

Ella era la esposa perfecta. Freya lo sabía con la misma certeza que insistía en que ella misma era una incompetente. Era una irritación verla tan serena. Lenka sabía cómo hacer cosas que Freya nunca había imaginado que alguien necesitaba hacer. La respuesta de Freya era tomar una de las jarras de brandy para ella y un montón de pan y algo de fruta, y tomar asiento en el extremo opuesto de la mesa. Mordisqueaba los sólidos, pero se vertía el licor tibio en la garganta con absoluto deleite.

Goda yacía en la cama, contenta, un cuenco de queso ablandado, pan y fruta descansando en el suelo al alcance de la mano.

Todo estaba tranquilo y ordenado. Tranquilo. No había necesidad de que Goda señalara ningún defecto esta noche, cuando la simple perfección brillaba para ella desde el taburete detrás de su hijo.

Dragan estaba tenso y silencioso. No hablaba en absoluto cuando Lenka le servía ni cuando le rozaba los abundantes pechos en el hombro y brazo mientras servía. Aunque Freya observaba cada movimiento suyo de manera constante, Lenka nunca le devolvía la mirada. Siempre tenía cuidado de mantener la mirada apartada,

pero eso no impedía que una presumida sonrisa de satisfacción pasara por esos labios de vez en cuando.

Freya también sonrió y se sirvió otro trago.

Había calor en el aire y en el vino. Y ver la molestia tensar la frente de Dragan mientras Lenka o bien la ignoraba o no se daba cuenta, la calentó a Freya también con la expectativa de la competición. Durante demasiado tiempo, aquí, había dejado que los latidos de su corazón marcaran las horas. Era divertido estar en esta lúgubre situación, y sonrió un poco mientras consideraba las posibilidades.

Cuando terminó la comida y Lenka se movió a las sombras junto a la cama de Goda, Dragan apoyó los codos en la mesa y se pasó los dedos por el pelo. "Las uvas se ven bien," le dijo a Freya. "Tuvieron suficiente lluvia durante el invierno. Si aguantan ahora, estarán dulces y llenas en la cosecha."

Podría haber algo que ella pudiera decir a eso, pero no le interesaba. Las uvas crecían. Las ovejas engordaban, como los corderos. Cada mañana había huevos para recoger bajo las gallinas y leche para drenar de una vaca. La agricultura no era un trabajo que necesitara ningún ingenio, que ella viera, al menos.

"Bien," dijo Freya.

"La cebada también es pesada. Será una buena cepa, pero la cosecha será un trabajo duro."

"¿Por qué?" Tal vez yo no sea un genio, pensó ella, pero los músculos y los tendones nunca se extraviaban. Había atrapado y arrastrado ovejas para esquilar, y su pequeño tamaño contrastaba con su fuerza bruta en una lucha. Todo lo relacionado con el trabajo de la tierra le parecía un trabajo duro.

Lenka saltó de su lugar elegido y se apresuró a pararse a su lado. "Padre va a enviar trabajadores para nosotros," dijo sonriendo con esa media sonrisa engreída suya. A Freya directamente, le dijo: "Desde que viniste, ninguno de los vecinos que venían a ayudar con la cosecha quiere hacer el viaje. Es un trabajo muy duro para un hombre, pero si yo se lo pido, mi padre enviará trabajadores

contratados." La muchacha sonrió ampliamente, "E incluso los vecinos vendrán si hay dinero para ganar."

"Problema resuelto." Freya se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa. "Qué muñequita útil es esta granjera tuya, Dragan. Puede ayudar en la casa de muchas maneras."

"Déjalo," advirtió él en voz baja, aún apoyando la frente en las manos.

"Habilidosa. Yo diría que era ampliamente hábil. Tenemos suerte de tenerla aquí. ¿Dónde crees que debería dormir?"

"Lenka, vuelve con mi madre. Esto no es de tu incumbencia."

Sus labios carnosos hicieron un puchero y dejó caer el rostro como una niña malcriada, pero arrastró los pies obedientemente hacia el rincón más alejado de la casa.

"Sí, Lenka, vuelve allí atrás." Freya bostezó con un estiramiento exagerado. "Necesito hablar con mi esposo sobre las uvas."

Dragan levantó la vista de debajo de sus cejas y negó con la cabeza, sonriendo con sospecha. "¿Uvas?"

"Sí. Este brandy que Lenka tuvo la amabilidad de traernos estaba hecho con uvas. Pero puedo saborear otra fruta." Se puso de pie y se acercó más. "Dime qué es." Inclinandose a lo largo de la parte superior de la mesa, giró la cara debajo de la de él y lo besó suavemente en los labios. "¿A qué sabe ese sabor?"

Sintiendo las frías miradas de Lenka a lo ancho de la habitación, Freya no tuvo necesidad de volverse. Quiso reír, y una sonrisa apareció en sus labios y brilló en sus ojos, pero se puso de pie y se quitó los lazos del lazo de su corpiño. Dragan volvió a negar con la cabeza, pero no había ninguna convicción en su reprimenda. La sonrisa en él se había ensanchado y había una luz extraña en sus ojos que pasaba de la tristeza o el arrepentimiento a la nostálgica diversión. Ella apenas tuvo tiempo de levantarse las faldas y moverse para sentarse a horcajadas sobre él, cuando él alcanzó rápidamente la lámpara y apagó la llama.

El taburete era demasiado pequeño para sostenerlos a ambos de manera segura, y él soltó unas risitas desde lo profundo del pecho mientras se tambaleaban las piernas inestablemente. Su corpiño quedó descartado fácilmente, sus cordones servían para mantenerlo cerrado y nada más. Ella lo liberó y le envolvió el cuello con los brazos, respirando ruidosamente entre besos y gimiendo en la oscuridad mientras deslizaba sus labios por su mejilla. "Háblame de la cosecha," le susurró él al oído.

Le rozó con los dientes el duro músculo del cuello y el embriagador aroma de su piel le provocó una oleada de calor en la garganta. Él no respondió, pasándole las manos por los muslos, bajo las franjas de tela que le cubrían las caderas. Las manos de Dragab le cubrieron las nalgas, apretándola contra él y ella dejó caer la boca sobre ese hombro. No había ninguna pretensión en la aceleración del pulso cuando él se levantó, la levantó con él y se movió para yacer en la cama. En la oscuridad, Freya se deslizó al suelo entre las rodillas de él, deslizando su túnica hacia arriba para que esos labios le encontraran la piel caliente del vientre. Por encima de ella, él exhaló un suave jadeo y, cuando ella le aflojó los cordones de los pantalones, un quedo sollozo empezó en el rincón más alejado de la habitación.

24. Caballos

Los lechones a los pies de Freya eran gordos, redondeados y perfectamente satisfechos con sus vidas. Dragan miró entre los árboles y el arroyo hacia donde se encontraba la cabaña, buscándose en el vientre ese mismo cálido resplandor de satisfacción. Como los lechones, él tenía más que suficiente para comer. Tenía una cama caliente y la seguridad que siempre había soñado que encontraría. Había creado este hogar. Había derramado suficiente sangre y sudor para pagar cada manzano y cada tallo de grano. Se lo había ganado y le había dado esta libertad en igual medida a Freya.

Pero en lugar de calma y satisfacción, Dragan se encontraba irritable y luchando con una creciente ola de frustración. El regalo que le había dado a su esposa, le parecía, yacía intacto y sin ser apreciado. Ella no se alegraba de la vida que él le había construido. La única vez que sonreía era cuando pulía las espadas en la piedra de afilar o cuando les quitó el pesado abrigo de invierno a los caballos.

Él lo había estado considerando durante algún tiempo, pero fue solo una semana después de que Lenka hubiera regresado con la segunda bestia que él había tomado una decisión. Acicalar animales que no hacían más que ponerse de pie y pastar hierba era una completa pérdida de tiempo. "Podemos vender los caballos," dijo en voz baja. Mantenerlos no tenía sentido. Cuando viajaban al mercado, usaban el carro de bueyes para transportar el exceso de lana, los productos y el grano para moler. No necesitaban caballos de silla.

Hacía mucho tiempo que no había visto una verdadera ira en su esposa, pero esta ardió en sus ojos en respuesta a esta simple practicidad. "No. Yo los cuido y no te están costando nada en alimentación."

Ella, al menos, había estado tranquila y complaciente, sin hacer ninguna demanda en el manejo de la granja ni quejarse de las tareas que tenía que hacer. Con Lenka instalada en la casa, Freya lo

había seguido a los campos todos los días, trabajando a su lado en cualquier cosa y en todo lo que necesitaba hacer. Se había mostrado competente en todas las cosas. Hasta ahora.

"Solo son un buen dinero de pie en el patio." Él enfrentó esa ira con el destello de su propio temperamento. "Son sólida carne de caballo. Alguien pagará bien por ellos."

"¿Dinero para qué? ¿Para comprar hebillas doradas? ¿Ropa elegante? Creo que Lenka tiene todas sus costuras planeadas para los próximos años. Ya ha hilado lana nueva para tejer, así que no necesitamos dinero para la ropa." Ella tenía las manos en las caderas y los pies firmemente plantados en el suelo. Él conocía esa mirada y esa postura. En los últimos días, también había estado enojada y discutiendo, las tensiones se habían ido acumulando y hoy, obviamente, ella no planeaba dar marcha atrás.

Su determinación en este punto lo volvió igualmente terco. "¿Por qué crees que necesitas un caballo?" No había ningún lugar en la granja a más de distancia de un paseo y si ella decidía viajar al mercado con él, sería en el carro. Había demasiados recuerdos vinculados a la custodia de esos caballos y él reconocía ese hecho; no había otra razón para que ella los quisiera aquí. Ellos se quedaban en las cercanías con la promesa de escapar sobre sus anchos lomos y ella no tenía necesidad de escapar. Ya no.

"¿Por qué estás tan decidido a deshacerte de ellos? Nada ha cambiado para que de repente decidas vender."

Ignorando la pregunta, él se puso de pie. La cerda que estaban observando se había perdido de vista con sus lechones, y él la siguió a través de los árboles hasta que vio a la familia buscando alimento. La ira de Freya ante la perspectiva de perder los caballos envió una fría oleada de preocupación a su espalda. Más que preocupación, era genuina molestia.

Cuando ella lo siguió, avanzaba pisando fuerte, levantándose las faldas para evitar tropezar y resbalar por la hojarasca de la pendiente.

Eligiendo un tronco cubierto de musgo, él lo golpeó con el bastón y

luego se sentó. "Necesitas ropa nueva, o al menos algo de lino para que Lenka cosa algo nuevo." Eso era cierto, ella luchaba constantemente con el vestido suelto, bajando el corpiño y levantando las faldas. Bajo el sol de verano, la lana gruesa le enrojecía las mejillas y ella sudaba hasta la línea del cabello. Cuando trabajaba en el campo, se metía el dobladillo en el cinturón para dejar las piernas al descubierto hasta los muslos. "Debes de querer algo que te quede bien."

"¡Esto me queda bien! No quiero esto en absoluto." Ella le tendió el faldón agitándole el dobladillo manchado de barro en la cara. "No me cuesta nada trabajar en el campo como un hombre, pero no puedo vestirme tan cómodamente como un hombre. ¿Tengo que llevar esto? No hay idea más estúpida en todo el mundo que esa. Míralo."

Ella había dejado a un lado con cuidado la gastada gamuza de su uniforme, él lo sabía. Estaba doblada y amorosamente colocada en el fondo de su cofre, y más de una vez él había considerado quemarla. Probablemente era algo que debería hacer. "Así es como se hacen las cosas aquí, ya te lo dije." Como los caballos, el uniforme representaba un vínculo con una época diferente y una vida diferente.

"Me dijiste que los vecinos esperaban que me vistiera con faldas. Dijiste que no confiaban en una mujer de uniforme." Sus manos volvieron a agarrarse las caderas y se cuadró frente a él. "Podría atarme ramas en la cabeza y retozar desnuda a la luz de la luna todas las noches y nadie lo sabría. Nadie viene aquí. ¡A nadie le importa!"

"Aún son los primeros días. Vendrán." La imagen de ella danzando desnuda por los pastos le provocó una sonrisa, y esa sonrisa hizo que los labios de Freya se volvieran blancos. "Y algunos de ellos comenzarán a ablandarse con solo saber que Lenka está aquí ahora." Hubo momentos en una vida pasada en los que a él le había divertido agitar la ira de Freya solo para ver cómo florecía su temperamento. Había otras veces, generalmente cuando ella tenía acceso a algún tipo de espada, que él sabía lo suficiente como para tener cuidado de no incitarla ni una pizca.

"¿Lo harán ahora? Dijiste que me juzgarían por lo que vestía, pero eso no era cierto, ¿verdad? Su juicio ya estaba hecho. Sin embargo, no importa lo que digan de mí, vendrán de visita por el bien de Lenka. Trabajarán contigo si ella está en la mezcla. Y eso es lo que queremos, ¿no es así?"

Él se encogió de hombros con una pequeña disculpa, "Eso hace que todo sea mucho más fácil." Seguía sonriendo, a pesar de saber que eso era un error, a pesar de que la queja estaba sacando a la luz problemas que creía resueltos.

"Todos estarán encantados de ver a Lenka aquí. Dijiste que no había una gorda granjera culona. Pues esa tiene fácilmente tres pomos en la grupa. Así que eso tampoco era cierto, ¿verdad?"

Él le había explicado estas cosas; ella no podía acusarlo de mentir. "No como tú lo dices. Pero esto ha ido mejor desde que ella vino," La sonrisa se le escapaba de la boca. "Mucho más pacífico."

"Si las cosas se ponen más pacíficas aquí, Dragan, te juro que me convertiré en ese tronco." Ella pateó el tronco en el que estaba sentado con tal fuerza repentina que se partió, y él se tambaleó hacia adelante mientras se ponía de pie, casi cayendo entre los pedazos. "Tal como están las cosas, me acuesto en la cama por la noche y cuento mis propios latidos solo para estar segura de que sigo viva."

Maldito temperamento que tenía la mujer. "Sí, lo he notado." Había cosas que debería empezar a contar a su favor. Si bien esto no era perfecto, esta granja estaba a salvo. Era el único lugar que ella tenía. No había ningún otro lugar para ella, ella misma lo había dicho. Nadie más. "Tuve que comprobar que estabas respirando yo mismo."

"¿Sabes?" dijo ella en voz demasiado baja, "mataría a cualquier otro hombre que dijera eso."

"Dejarías un rastro de cadáveres, ¿verdad?"

"Debería. Siempre podría empezar hoy."

Él asintió, lamentando sus propias palabras desde que habían salido de su lengua. Había demasiado dolor en la oscuridad de los ojos de Freya y en la apretada línea de esa boca, demasiadas lágrimas ocultas. Había demasiado de su vida dejado atrás y ella no se había quejado. Los remordimientos tiñeron los pensamientos de Dragan. Él podía darse el lujo de darle más tiempo si lo necesitaba para comenzar a pertenecer aquí. Después de todo, él tenía todo lo que siempre había querido en este momento, y ella no tenía nada propio. Y nunca la había visto hacer una amenaza vana.

Dejando caer la cara, él preguntó: "¿Se trataba esto de los caballos?"

Ella no respondió y no apartó la mirada. La frialdad de esa mirada lo conmovía sin necesidad de verla, y el arrepentimiento que él sintió por sus burlas se deslizó sobre su piel como una sombra.

"Quédatelos, no me importa. Como dijiste, alimentarlos no cuesta nada." Él se volvió para seguir a los lechones que resoplaban y oír los pasos.

La cerda se había adentrado más en los árboles hasta donde la hojarasca era espesa y húmeda. El susurro de sus raíces y los silenciosos gruñidos de la madre llamando a sus crías eran el único sonido. La fresca oscuridad de la sombra del bosque y el aire tranquilo y terroso le daban escalofríos en la nuca. Cuando finalmente se volvió para ver a dónde había ido, dio un paso atrás sorprendido. Freya estaba parada detrás de él, en silencio.

"¿Por qué quieres vender los caballos?" preguntó ella, las palabras tan silenciosamente desafiantes como su franca mirada.

"Te lo he dicho, están desperdiciados aquí. Son dinero sobre cascos, dinero que me podría venir bien."

"Tú no necesitas el dinero."

"Bien, pues quédatelos."

"¿Por qué quieres vender los caballos?"

"De acuerdo, entonces." Si ella era inflexible, debería decírselo; si ella quería la verdad. Su voz se elevó, "Porque no los necesitas." Ella

bajó la vista y frunció el ceño, pero él había comenzado y las palabras continuaron, las acusaciones continuaron. “Los quieres porque esperas tener la oportunidad de irte de aquí algún día. Para volver a hacer lo que amas.”

"Y no lo haré."

"No."

"Y tú quieres estar seguro de que no haya forma de que yo pueda escapar."

"¿Escapar de qué?" Se rió burlescamente, “Esta es la vida que elegimos. Es esto. Esto es todo lo que hay. Fuera de esta granja están las ciudades que odias y un frente en el que no sobrevivirás.”

"Eso lo dices tú."

"Acéptalo. Por el amor de todas las cosas santas, Freya, ya no eres la soldado que eras. No has entrenado durante cuatro meses y te estás ablandando. Te inclinas del lado derecho todo el tiempo, en todo lo que haces. ¡Debes verlo ahora! Aunque siguieras siendo buena, ya no eres lo bastante buena para seguir con vida."

No había expresión alguna en el rostro de Freya. Los ojos estaban vacíos, miraban más allá de él hacia algo que Dragan no podía ver. La estridente tensión en su espalda y brazos se había vuelto encorvada, ella se encogió de hombros y asintió.

Freya le dio la espalda y comenzó a caminar de regreso a la orilla del río.

"Freya." No hubo respuesta mientras ella seguía caminando lentamente entre los árboles. Él corrió tras ella, los latidos de su corazón subiendo hacia el pánico. Agarrándola del brazo, le dio la vuelta para que ella le mirara. "Lo siento. Tú sabes eso. Ojalá no hubiera tenido motivos para decirlo." Pero se había dicho y él buscó con urgencia alguna forma de retribuir lo que había tomado. No había nada más que pudiera darle, nada que compensara lo que se había ido.

"Y olvídate de los caballos. No importan. Quédatelos. Quédatelos

todos. Te di todo lo que tengo cuando nos casamos."

Ella sonrió, un dibujo pálido de sus labios sobre dientes que no iluminaba sus ojos. "¿Qué te hizo pensar que yo quería todo lo que tienes?" Ella se liberó el brazo y siguió alejándose lentamente.

Freya lo dejó y caminó de regreso por la orilla del río, buscando la pequeña hondonada que había hecho su propio espacio privado. No acudía allí a menudo, pero cuando quería estar segura de que no había ojos sobre ella, era a este lugar al que iba.

Durante dos días había sentido los calambres rítmicos molestos en la pelvis, empeorando lentamente, y ahora el dolor se hacía más agudo con cada paso. Ella conocía el dolor; había perdido la cuenta a lo largo de los años de cuántas veces su cuerpo había escupido su desprecio por la naturaleza.

Al principio, cuando era niña, las mujeres que se encontraban en la sala de cerveza le habían sacado las diminutas vidas utilizando un hueso largo y en forma de gancho. O se las habían ampollado y quemado con fajos de pesario de negro eléboro y ruda. Aunque de adulta nunca había tenido la necesidad de una intervención. Su cuerpo sabía que ella no era terreno fértil ni en forma. La semilla nunca se instalaba en su cuerpo durante más de unos meses.

Un hilo de sangre caliente le chorreó por el muslo y manchaba mientras ella caminaba, y Freya se levantó la falda, con cuidado de que la mancha no tocara nada de la tela. Gmió con un espasmo agudo y se apoyó contra el árbol más cercano, conteniendo la respiración para no gritar hasta que se le pasó. Luego caminó hasta su pequeño lugar privado y se acostó sobre el musgo para esperar a que pasara el dolor y la mancha sangrienta.

Era fácil creer que las lágrimas que corrían silenciosamente por las comisuras de sus ojos mientras yacía allí eran lágrimas por el dolor. Cuando empezó a sollozar, se dijo a sí misma que era porque estaba sola con su pérdida, de nuevo, y no porque le importara en absoluto lo que él había dicho. Pero incluso cuando se convirtió en una bola y lloró desde lo más profundo de su alma, supo que esta vez, como

cualquier otra, era una simple bendición y una de las pocas que había conocido.

25. Guerra

El sol estaba bajo cuando Freya se echó la tela húmeda sobre el hombro y su espalda, limpiando la suciedad de un parto difícil. Dragan se frotaba el brazo con un grueso bloque de jabón ceniciento y textura áspera que le raspaba la sangre seca.

"Freya," siseó su nombre, y ella se volvió hacia la llamada urgente. "Mira."

En la pendiente sobre el cobertizo, siguiendo con cautela el camino hacia la casa, había tres jinetes. Con poca luz, había poco que ver para identificarlos. Iban armados. Uno cabalgaba con la espada desenvainada. Un largo carcaj de flechas colgaba de otra silla.

Estaban vestidos en tonos tierra oscuros y al menos uno mostraba el destello del metal que sugería cota de malla. Eso era todo lo que ambos podían discernir, pero pronto sabrían más. Los jinetes se acercaban lentamente hacia ellos, escudriñando con cautela los pastos y edificios en busca de movimiento o amenaza.

Freya se agachó y se arrastró hasta la pared donde colgaban la guadaña y los ganchos de cosechar. Los bajó con cuidado y los llevó de regreso a donde estaba Dragan.

El jinete líder había notado el movimiento y extendió una mano para detener a sus compañeros mientras avanzaba lentamente con su caballo. "¿Dragan?"

La luz era demasiado baja para estar a salvo, pero Dragan dio un paso adelante y se secó la humedad de la piel.

"Nos dijeron que estabas aquí, pero no estábamos seguros de en qué granja."

Desde donde Dragan se escondía detrás de la cubierta de paja, era difícil escuchar la conversación con claridad. Una vez que Dragan se acercó lo suficiente para hablar con ellos sin gritar, se volvió imposible, pero Freya observó cómo se tomaban las manos como

camaradas. Los otros jinetes se acercaron, desmontando, con las armas enfundadas. Dragan les dio la bienvenida a todos y se volvieron para acompañar a los caballos hasta el patio de la casa.

Estas eran tierras de cultivo; no había hombres armados ni jinetes en estas partes. A menos que estuvieran buscando a alguien. Mientras los jinetes seguían a Dragan al interior de la casa, el miedo y la emoción se gestaron en igual medida, temblando en las rodillas de Freya y burbujeando frío en su estómago. Hombres armados, aquí. Metiendo el gancho de cosecha más pequeño a la espalda en su cinturón, caminó a lo largo de la pared oscura hacia la entrada.

La conversación fluía claramente en el aire cálido, y las primeras palabras que escuchó golpearon su corazón como una puñalada.

"Oímos que Freya también estaba aquí."

La estaban buscando. No había una buena razón para las lágrimas que se levantaron o la urgente necesidad de reír o sollozar, pero ella apoyó la cabeza en la pared y se puso de cuclillas. Habían enviado hombres tras ella. Eran tontos al entrar en su casa y presentarse sin defensa, pero su desertión importaba lo suficiente para la jerarquía como para enviar hombres tras ella. Se tapó la boca con la mano para ahogar la confusión de los sollozos.

Estaba demasiado oscuro en la ladera ahora para que Freya estuviera segura de que no había más jinetes, así que esperó en las sombras, escuchando. Dragan no se comprometía, buscaba información de ellos en lugar de compartir la suya, y sus respuestas, a medida que llegaban, detuvieron su respiración y sus lágrimas.

"Ha habido una revuelta en el frente. No todo el mundo aún, pero se corre la voz, e innumerables hombres ya han abandonado la lucha y regresado a sus hogares."

¿Una revuelta? En los siglos de guerra nunca se había hablado de insurrección o revuelta. Insubordinación, sí, por supuesto. Los hombres se habían roto en la rueda de la tensión constante. Se habían alzado en armas contra sus compañeros o contra sus superiores. Pero nunca una revolución.

La única vez que ella había oído a alguien cuestionar la autoridad y la dirección del imperio, había sido a Dragan. Antes de dejar la montaña.

Dentro de la casa, los extraños continuaron, pero Dragan rompió el torrente de detalles y le hizo su pregunta candente: "Espera. ¿Una revuelta? ¿Qué tipo de revuelta?"

"Todo ha sido una mentira, Dragan, y ahora sabemos la verdad. Lo oímos de un oficial. Directamente de sus labios."

Freya escuchó con enfermiza aprensión. Ella conocía la historia, la había oído de primera mano. El oficial era Tobias Paske, tenía que serlo, y sintió la certeza dura como una roca en sus huesos. No estaba muerto.

Dragan continuó con sus preguntas, aclarando los detalles con unas pocas palabras sencillas que parecían cargadas de desgana. Pero las respuestas llegaron en una oleada de amargura y pasión por la venganza. Hacía unos meses, se habían reunido en un campamento de marcha detrás de las líneas del frente, obteniendo provisiones y ayuda médica, cuando habían traído a un oficial.

"Estaba casi muerto y los muchachos que lo trajeron eran todos de la ciudadela. Los habían enviado a buscarlo. Y a Freya."

Paske había sido llevado a través de los picos hasta los cirujanos más cercanos, y él había estado hablando. Los hombres que lo habían llevado adentro ya estaban indignados por sus desvaríos cuando llegaron al campamento. Y cuando los cirujanos lo mantuvieron lo bastante estable como para ser interrogado, no hubo ningún protocolo que pudiera evitar que los guerreros que lo rodeaban exigieran respuestas. Les había dicho todo. Todo de lo que él se había reído y le había contado a Freya. Era todo cierto.

Ahora esa misma verdad había vuelto a la boca de los hombres que Freya había abandonado.

"Él lo explicó cómo es, Dragan. Hay muchos que no le creyeron, como era de esperar. Pero yo lo oí. Estuve allí y me alejé de todo. Podría haber vivido con dudas todos mis días, pero cuando

llegamos a casa descubrimos que estaba diciendo la verdad sobre esto. Los jóvenes nobles se están mudando de las ciudades a las tierras de cultivo y adquiriendo las tierras que desean. No tenemos suficientes hombres trabajando la tierra y no tienen suficiente espacio para vivir. Nos están enviando a morir y ahora le están quitando las casas a nuestras esposas e hijas."

Todo el miedo y la alegría habían desaparecido del rostro de Freya con el calor de su sangre.

Dragan estaba equivocado. Paske estaba vivo. Todo era cierto. Todo lo que había dicho era verdad. Y peor.

Los latidos de su corazón eran ensordecedores, latiendo con fuerza contra sus oídos, pero no había forma de ahogar el implacable monólogo. Los extraños estaban impacientes, incluso entusiasmados en su prisa por traer su verdad, y mientras ella los escuchaba, todo lo que Freya había creído comenzó a desmoronarse en polvo.

"Se hablaba por todo el valle de que estabas aquí, y nos ofrecimos como voluntarios para venir a buscarte. Otros han regresado al frente para tratar de convencer a los hombres de allí de que tienen que volver, que es mejor gastar nuestra sangre en mantener nuestros hogares. Se están apoderando de nuestra tierra, Dragan. Nuestras casas han sido reclamadas y se están moviendo río abajo, en esta dirección."

Dragan había estado en silencio mientras seguían llegando historias. Historias de hombres que conocían y rumores que se extendían por las filas de la guerra cansados de todo el imperio. Pero Freya ya no necesitaba que él hiciera preguntas. Ya no necesitaba escuchar las historias contadas.

Ella se empujó hacia la superficie dura, usando su estabilidad para impulsarse y levantarse. Él estaba en silencio y ella quería verle el rostro. Necesitaba ver cómo se tomaba la noticia de que Paske no estaba muerto. Necesitaba oírle explicar su error. Él no necesitaba hacer más preguntas. Necesitaba responderlas.

Rodando contra la pared, ella giró el hombro hacia el marco de la puerta y salió al haz de luz. "Está vivo," dijo ella sin rodeos. Los

rostros a la mesa podrían haberle sido familiares si se hubiera molestado en mirarlos. Pero ella solo miraba a Dragan.

Dos taburetes se deslizaron hacia atrás cuando sus ocupantes se levantaron de repente. "Eres tú." Un jinete inclinó la cabeza en un pequeño gesto de respeto y sonrió. "Mathias. Luchamos juntos la temporada pasada. ¿Te acuerdas de mí?"

Freya les dedicó una rígida sonrisa. "Sí," mintió. Su atención volvió a su esposo. "Está vivo. Paske aún está vivo."

El segundo soldado de pie también inclinó la cabeza hacia ella. "Lukas," dijo, y señalando a su compañero sentado, "Onni."

De nuevo, ella dirigió una sonrisa a los hombres y se acercó con paso firme.

"No puede haber estado demasiado vivo. Yo lo tiré por la pendiente." Dragan se observaba las manos y los hombres que estaban de pie regresaron lentamente a sus asientos, conscientes de la tensión.

"Estaba lo bastante vivo para hablar, Dragan."

Mathias no había terminado con su apelación, y rompió el sólido silencio entre ellos. "La cosa es, Freya, que las granjas a lo largo de este valle están siendo tomadas. Apenas hay una legua entre aquí y la propiedad robada más cercana. Mataron al anciano y echaron a la esposa del gran huerto."

Desde donde se había escondido en el rincón oscuro de Goda, Lenka dejó escapar un gemido de dolor y horror. Todos los ojos se volvieron hacia ella y hacia la anciana que tiró de esta hacia abajo para consolarla, pero Mathias continuó: "Tienen una pequeña guardia, tal vez una docena. No más. Todos jóvenes. Pero solo se quedarán allí unos días. Para entonces tendrán provisiones y más jinetes habrán bajado del norte, y se mudarán al siguiente lugar que les apetezca tomar."

Mathias apretó el puño de una mano, aplastando su ira y frustración contra la palma de la otra. "Así es como han estado operando hasta

ahora, y necesitamos a todos los hombres que puedan empuñar una espada. Tenemos que detenerlos ahora, antes de que profundicen más. Una vez que sean demasiado numerosos, no tendremos más esperanza que huir." Volvió su súplica a Dragan.

"¿Vas a unirte a nosotros?"

Nada había cambiado en la habitación. Ni la luz, ni el aire y, sin embargo, parecía más oscura y fría de lo que había sido un momento antes. Para Dragan, parecía que incluso el olor se había alterado sutilmente. En un instante había tenido todo lo que había planeado en su vida y al siguiente se había ido.

Los nobles que se acercaban podían venir o no, pero el núcleo de su corazón y su hogar iban a cambiar para siempre. La guerra había venido a buscarlo. Y muy pronto.

"¿Cuántos de vosotros hay?" Su voz ya era áspera por el roce del presagio.

"Aquí tenemos treinta y cuatro. Eso es todo. La mayoría de nosotros somos veteranos, pero solo tenemos las armas que llevamos encima. Necesitamos cada mano, cada espada."

"¿Cuánto tiempo esperas hasta que los hombres regresen del frente?"

"No hay suficientes caballos. Los jinetes que enviamos habrán estado en primera línea durante días, pero no puedo decir cuánto tiempo les tomará provocar la disidencia, cuántos vendrán y en qué dirección se moverán. Cualquiera que venga por aquí viajará a pie."

Freya lo estaba mirando, él podía sentir el desprecio sin tener que alzar los ojos.

"Tenéis suficientes hombres. Si dices que solo hay una docena de jóvenes, todos muchachos de ciudad, podéis encargarnos sin nosotros. Quedaos con sus caballos y sus armas."

"Están entrenados." Lukas retomó la súplica. "Lo que sea que estuvieran planeando en las ciudades, lo han estado planeando durante mucho tiempo. Estos hombres están entrenados. No son un objetivo fácil, pero podemos detenerlos si los detenemos aquí."

"No."

Freya empezó a hablar pero él la detuvo con un movimiento de la mano. "¿De donde sois? ¿Aún tenéis un hogar al que ir?"

"Me han quitado la granja," respondió Mathias.

"Gersamian," respondieron los demás al unísono, nombrando una ciudad más al oeste.

"Esta es mi casa." Dragan habló en voz baja hacia sus propias manos entrelazadas. "Si vienen nobles y están tan cerca como dices, entonces me quedaré aquí para mantener a salvo mi propio techo. En cuanto a los que ya están en el huerto, tenéis a los hombres para lidiar con ellos, no nos necesitáis. Llevaos mis caballos."

"¡No hables por mí!" Freya había esperado tanto tiempo como estaba contenta de esperar, y él se volvió para mirarla por primera vez. Su rostro era una máscara de dolor e ira, pero sus ojos brillaban con nueva vida. "Y nadie se va a llevar mis caballos."

Ella tomó asiento a su lado con los brazos cruzados sobre la mesa. "Esa granja no está ni a una hora de viaje de aquí. Si no nos ponemos de pie y luchamos esta vez, no tenemos ninguna esperanza de detener a los jóvenes señores cuando lleguen aquí." Ella se volvió hacia él. "Sabes que tengo razón."

Ella la tenía. Todos los pesos que él había equilibrado con tanto cuidado se habían movido, y el desmoronamiento de las mentiras no dejaba terreno sólido bajo los pies. En las duras arrugas instaladas alrededor de la boca de Freya, él podía leer las palabras que dejaba sin decir. Eran palabras de acusación y él no tenía defensa. Eran reproches y él no tenía respuesta. Y ella iría.

Los sollozos de Lenka argumentaban a favor de Freya con irritante claridad, mientras su madre hacía suaves arrullos y le acariciaba el

cabello en la oscuridad. Él sabía que Freya tenía razón, incluso cuando los latidos de su corazón eran demasiado lentos y pesados para admitir el frío terror que le subía al pecho. Aun cuando sabía que le costaría todo lo que tenía. Freya iría con ellos y, sin ella, quedaría muy poco aquí que valiera la pena defender.

"¿Cuándo vais a enfrentarnos a ellos?" Las palabras escaparon de Dragan como un suspiro de resignación y él quiso llamarlas para que regresaran.

"Esta noche si vienes. Atacaremos al amanecer." El rostro de Mathias se iluminó con la esperanza que había tenido miedo de admitir. "Los demás están reunidos entre aquí y el huerto."

"Bien." Freya asintió en voz baja y cargada de censura. "Nos apuntamos."

Más adelante, los exploradores se movían silenciosamente por los pastos estivales y la sangre de Freya corría con ellos. Ella estaba temblando, cada latido parecía resonar desde las rodillas hasta la punta de los dedos. Se habría reído bien alto por la pura alegría de ir de uniforme, pero este no era el momento para celebrarlo.

Esperó en los árboles sobre la casa, donde el sol saldría detrás de ella. Los hombres agachados alrededor de ella observaban en silencio la señal de que los guardias habían sido enviados. En todos sus años de guerra ella nunca se había enfrentado a un asedio, y tampoco ninguno de sus compañeros. Pero la novedad no le preocupaba, una batalla era una batalla. Cuando se trataba de vivir y morir, solo existía la subida y la caída de espadas. Si los edificios eran inconvenientes, la solución simple era deshacerse de los edificios.

Llamas teñían de naranja el cielo del preamanecer cuando la paja se encendió. La casa de la familia de Lenka era hermosa y amplia, con un anexo de piedra y un cazo de chimenea sobre el respiradero, pero su magnificencia no la iba a salvar del fuego. Los hombres que dormían dentro no tendrían más remedio que luchar en campo abierto. Sus caballos no les servían de nada y su habilidad con la

espada tendría buen rival.

Ya la mañana sentaba como una victoria.

Mientras las llamas prendían lentamente, sus compañeros se levantaron, preparados. Ella no buscó a Dragan, sabía que él estaría detrás de ella.

En un aullante carrera cubrieron la corta distancia para encontrarse con sus enemigos, mientras los hombres salían disparados por la puerta entre bocanadas de humo. Algunos iban desarmados en su prisa por escapar. Aquellos se aferraban a las paredes de barro, cubriéndose entre sus hermanos blandiendo espadas y el calor y las brasas que caían del techo.

26. El Final

Los jóvenes luchaban con valentía, todos espadachines. Sus acciones parecían afeminadas y artificiales ante el brutal ataque de los veteranos, pero los mantenía con vida por un corto tiempo. Desde el momento en que salieron de la casa en llamas, Dragan pudo ver que salían hacia una derrota.

Eataban superados en número de dos a uno por hombres que habían sobrevivido matando nueve meses de cada año, y la línea de veteranos se movían como uno, atacando a los defensores acorralados.

A su izquierda, Lukas balanceaba un hacha de guerra, las hojas gemelas eran tan anchas como el pecho de un hombre y su mango duplicaba su alcance. Los muchachos que lo enfrentaban se agacharon y fintaron, pero cayeron.

La propia espada de Dragan se clavó en la carne, como siempre había hecho, y él avanzó sin mirar rostros en su camino. Luchó porque no tenía otra opción. Aquella sería la última vez, se prometió a sí mismo. No había más razón que hombres en su propia puerta para hacerle volver a portar armas.

A su derecha, Freya se movía con la línea. Su paso era tan rápido y seguro como siempre, como si no hubiera pasado por estos meses de infierno y tormento. Su expresión era todo rabia concentrada, dirigiéndose hacia un enemigo condenado. Blandió su espada en alto, convirtiendo su peso en el golpe mientras dejaba caer la espada sobre la hoja más ligera de su oponente. Las hojas se bloquearon, la de ella se deslizó hacia abajo sobre su quillón y su guardia protectora dorada, uniéndose empuñadura con empuñadura.

La posición de ella era superior, y Dragan se dio la vuelta, levantando su propia espada en ataque, lanzándola hacia el joven que tenía delante, cortando primero su hombro desprotegido y luego, cuando su víctima se acercó instintivamente a su herida, Dragan cambió de dirección, hundiéndole la espada en el estómago

y pecho expuestos.

Se paró sobre el muchacho caído, usando ambas manos para levantar la hoja que se había atorado firmemente en el hueso. A su lado, el oponente de Freya apoyó su peso sobre los muslos, cambiando el equilibrio y usando la fuerza principal de su espalda y piernas para empujar hacia arriba contra el agarre de ella. El hombre duplicaba en peso a Freya fácilmente, con músculos duros y juveniles. Mientras Dragan rugía alarmado, el joven levantó la espada en alto, esta giró en el cenit e invirtió su estocada. La liviana hoja con su elegante empuñadura y brillante dorado destelló.

Freya dio un salto hacia atrás, la velocidad y la agilidad seguían siendo su mejor defensa, pero la punta de la hoja atrapó el exceso de su túnica, rasgándola, agarrando y arrastrando su peso torpemente hacia un lado. En una lenta agonía de horror, Dragan la vio girar. Se le había torcido la rodilla izquierda y se dobló cuando ella se apartó del ataque. Ella levantó el brazo con la espada y lo estiró hacia fuera instintivamente para prepararse para la caída, pero la herida en el hombro era una debilidad que ninguna habilidad podía compensar. Se le enderezó y se le sacudió el brazo, los ojos estaban fuertemente cerrados, y el dolor rugió de la boca abierta mientras su pecho y hombro se hundían. Ella golpeó el suelo con fuerza.

A Freya se le escapó la espada, dejando un rastro de sangre en un arco donde ella yacía.

Su atacante había recuperado el equilibrio y mantenía la espada vertical para causar una puñalada descendente a dos manos. Dragan giró para dar un espadazo del revés, la punta afilada y la hoja de la espada se elevaron para alcanzar al joven noble justo debajo de las costillas. Mientras su impulso lo llevó tropezando hasta donde ella yacía, Dragan apartó a un lado la amenaza de la espada más ligera y cortó hacia atrás, quitándole limpiamente al joven la cabeza de los hombros.

Caer aquí fuera era morir. Delante, el chasquido del hacha de Lukas llenaba el hueco en su línea, su ataque hacía un buen uso del espacio. Dragan estaba sobre Freya, a horcajadas donde ella yacía, con el puño y el antebrazo envueltos en la túnica de su decapitado

enemigo. Sostuvo el goteante cadáver como un escudo mientras bajaba la vista hacia la forma manchada de sangre de Freya. Nada de esa sangre era de ella, pero la empapaba como un presagio, deslizándose en oscuros y gelatinosos charcos y escurriéndose en la sedienta tierra.

Ella tenía los ojos muy abiertos por el dolor y se le llenaban de lágrimas de sorpresa. La espada que una vez se había girado como una extensión de su propia carne, yacía fuera de su alcance mientras sus dedos curvados se retorcían y temblaban entre el barro. Dragan bajó el brazo de la espada, inclinándose para ofrecer el apoyo de su muñeca, y ella volvió su rostro hacia él, mirando desde su propio Infierno hacia el suyo.

Durante un largo momento ella permaneció inmóvil, mientras revelaciones que no necesitaban palabras pasaban entre ambos. Apartando la mirada, buscando su espada, ella escupió y se secó la ensangrentada saliva de los labios. Luego, acunando el brazo derecho con fuerza sobre el vientre, tomó la fuerza del antebrazo de Dragan y él la puso de pie.

Los luchadores de la guerrilla se reunían, entrando con deleite en la familiar formación de un campamento de marcha mientras el sol se elevaba sobre las ruinas en llamas de la casa de Lenka. Habían aumentado el número de caballos en diez y el número de armas se había duplicado. Era el comienzo de una guerra que terminaría cuando no hubiera más caballos para montar ni hombres para blandir las espadas.

Dragan los dejó con su bendición y Freya lo siguió, maldiciendo en silencio mientras recorrían la senda de regreso a casa. El silencio en Freya que le aferraba la ira estaba lleno de demasiadas palabras. Si ella comenzaba, tal vez nunca terminarían y ella quería gritar su frustración, argumentar algún tipo de defensa. Y si las palabras fallaban, borrar la mirada de alivio que suavizaba las arrugas del rostro de Dragan.

La tácita calma en él le hablaba a ella de justificación. Él no necesita responder por las mentiras, su juicio había demostrado ser

el correcto. La había llamado incompetente y había visto reivindicada esa nominación. Él estaba equivocado. Él estaba equivocado.

La sangre se le había secado en costras que le picaban en los brazos y en el interior de la túnica, y ella se mordió la irritación, rascando y descascarando de la piel las acusadoras marcas. La sangre no era de ella; ¿Con qué frecuencia había vestido ella la sangre de otros hombres? ¿Con qué frecuencia había bloqueado ella una espada destinada a él? Aquello había sido solo un momento. La mañana era un entrenamiento después de demasiado tiempo en una fría y rígida hibernación, pero su sangre se calentaría de nuevo.

Había sido solo un momento. Él estaba equivocado. Pero ella no podía encontrar la confianza para decir las palabras en voz alta.

En la oscuridad, Freya lloraba en silencio. A su lado, su esposo dormía, su respiración era lenta y uniforme. Su brazo era la almohada de Freya, y mientras la tristeza se le acurrucaba a ella en la espalda y hombros, Freya giró el rostro hacia el costado de Dragan para respirar profundamente el cálido olor familiar de él. Si bien todos los demás sueños que él había acariciado habían sido una mentira, al menos él la había hecho sentir segura durmiendo a su lado. Él había hecho esa imposibilidad real.

Sollozos más fuertes se elevaron al pensarlo y ella se sentó erguida, conteniendo su respiración por miedo a despertarlo. El aire era frío, le subía por la espalda con un suspiro de burla, y ella se tapó los hombros con una manta de lana. Bajo la colcha, el calor de él se extendía por la cama, rodeando las caderas de Freya con su cómoda marea. Quizá sintiendo su movimiento, él rodó en su sueño, girándose para alcanzarla, descansando la mano sobre su muslo. Esta también estaba caliente sobre su piel.

Gruesas lágrimas brotaron de debajo de sus párpados entornados y ella sollozó tan fuerte como un grito en el silencio de la noche. Le levantó a Dragan la mano y sostuvo la cálida palma sobre su propio rostro, dejando que sus lágrimas corrieran hacia las profundas líneas del destino de la palma. Había fuerza en esas manos, en esos

largos dedos, y ella los cubrió con los suyos y los apretó contra su mejilla. Giró los labios y besó cada dedo, forzando una mordaza de silencio sobre su respiración. La niña perdida que ella había sido mucho tiempo se aferraba a él, aprovechando la comodidad y la seguridad que el mundo nunca le había ofrecido.

Dejando caer el rostro con desesperada vergüenza, entrelazó los dedos con los de él y apretó las manos entrelazadas contra su vientre. Freya comenzó a mecerse y las lágrimas cayeron sobre la sábana que la envolvía. El anillo de plata que seguía apretado alrededor de su dedo índice ahora se mostraba como una sombra oscura en su dedo medio.

La mano estaba más gruesa. Estaba más gorda y más blanda.

Ella nunca había comido tan bien en su vida, y por la oportunidad de estar llena, de haber comido hasta que el hambre no la royera, solo tenía que agradecerle a Dragan. La pequeña niña dentro de ella nunca podría haber soñado con un día en el que hubiera demasiada comida. Frotándose la mejilla con lágrimas y secándose la nariz con el dorso de la mano, se inclinó y le besó en el hombro.

Una esquina de la sábana colgaba libre, la levantó y la usó para limpiar la humedad de sus manos y su cara. La envolvió con fuerza y la apretó con fuerza contra su nariz. Funcionó tan bien como cualquier otra cosa para amortiguar el sonido mientras trataba de inhalar el espesor que palpitaba en sus fosas nasales. Dos respiraciones profundas por la boca ayudaron a calmar los sollozos que aún le salían de la garganta y la hacían toser.

El llanto tenía que cesar, pero no era una intención fácil de poner en práctica. Durante unos momentos trató de no pensar, solo respirar, con una sensación de control en su cuerpo.

Junto a ella él roncaba suavemente. Ella movió la mano libre y le dibujó suavemente la línea de la mandíbula. Despierto o dormido, sus rasgos no cambiaban. Eran tan familiares. Él no sonreía lo suficiente, nunca lo hacía, pero esta era una cara que ella había llegado a amar. El calor de las lágrimas frescas le quemaba los ojos y ella se maldijo en silencio, sacudiendo la cabeza ante la inutilidad de todo esto y se las secó.

Él la amaba, y el ardor que ese conocimiento le provocaba era profundo en su pecho. Se apoderaba de su corazón, detenía su rápido latido con una presión que le impedía respirar. Todo en su interior se endureció y solo los gritos que nunca cesaban gemían en su cabeza. Ella nunca había merecido ese amor. Eso estaba más allá de ella, por encima de ella.

Levantó las rodillas con fuerza contra el pecho y se tapó los oídos con ambos puños, como si el ruido interior pudiera silenciarse de esa manera. Nada lo detenía excepto la violencia. Nada más que la acción. Se obligó a enderezarse, luego a enroscarse y ponerse de rodillas, y trepó por encima de él hasta el suelo.

Por el rabillo del ojo, un movimiento llamó su atención y se volvió para mirar. Lenka había levantado la cabeza y los hombros, y estaba apoyada sobre un codo, mirando en silencio a Freya sobre la ceniza de la chimenea. No hubo palabras que intercambiar entre ellas. Freya no sentía nada por la chica que yacía en aquellas sombras profundas, ni amistad ni animosidad. En general, supuso, ambas eran lo mismo, ambas buscando la manera de obtener lo que necesitaban de un mundo con poco de sobra para nadie.

En su sueño, Dragan frunció el ceño profundamente, murmurando, y una débil sonrisa tembló en sus labios por su confusión. "Este mundo tampoco tiene sentido para mí," susurró ella. Lo besó suavemente en la mejilla. "Te amo."

Dragan despertó con pesados latidos del corazón. Le latía un pulso fuerte en el pecho y la garganta, y resonaba en su cabeza. Antes de que se despertara lo suficiente como para despejar sus pensamientos de los sueños, su cuerpo golpeó su advertencia desde lo más profundo de su interior. Primero fue consciente del aire frío y luego del vacío que lo causaba.

Sin abrir los ojos, deslizó su mano para cruzar la cama a su lado. Freya nunca se había despertado temprano, nunca en todos los años que la había conocido. Su cama estaba vacía y había una amarga inevitabilidad en ese hecho. Incluso el pequeño hueco donde había estado era frío al tacto. Todo el calor de su carne se había

desvanecido en la noche.

Si se levantaba, podría seguirla.

A su alrededor, el aire apenas comenzaba a aclararse. La casa estaba a oscuras, con solo un beso de plata en el alféizar. Era poco probable que se hubiera ido antes de más de una hora, y él sabía en qué dirección iría. Se uniría a las fuerzas de concentración del norte. Y ella sabía que él sabría dónde estaba, pero esta vez no importaría que la siguiera. No habría más mentiras, por muy necesarias que fueran.

El gallo lo llamó para comenzar el día, pero él se quedó. Las lágrimas ardían y un nudo que no quería moverse se elevó en su garganta. Con los ojos cerrados, pudo creer, solo por unos momentos más, que ella aún estaba a su lado. Que él se levantaba y ella gemía, se acurrucaba más en la almohada y trataba de permanecer dormida.

La oportunidad había pasado. Habían pasado demasiadas oportunidades. Y él se acostó en la cama y contó cada uno. Solo por esta vez él la habría abrazado y dicho: "Te amo. Te necesito conmigo."

Pero era demasiado tarde. Ella se había ido.

FIN